



LITRERIA PORRUA
1900-1984
JUSTO SIERRA, Y ARGENTINA
CIUDAD DE MEXICO

EMILIO O DE LA EDUCACION

JUAN JACOBO ROUSSEAU

EMILIO O DE LA EDUCACIÓN

ESTUDIO PRELIMINAR
DE
DANIEL MORENO

EDITORIAL PORRÚA, S. A.
AV. REPUBLICA DE ARGENTINA, 15. MEXICO, 1984

"SEPAN CUANTOS..."

Núm. 159

LIBRO PRIMERO

● Todo sale perfecto de manos del autor de la Naturaleza; en las del hombre todo degenera. A esta tierra la fuerza a que dé las producciones de otra; a un árbol a que sustente frutos de tronco ajeno; los climas, los elementos, las estaciones los mezcla y los confunde; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la disformidad, los monstruos le agradan; nada le place como lo formó la Naturaleza; nada, ni aun el hombre, que necesita amañarle para su uso como a caballo de picadero, y configurarle a su antojo como a los árboles de su vergel. Peor fuera si lo contrario sucediese, porque el género humano no consiente que- darse a medio modelar. En el actual estado de cosas, el más desfigurado de todos los mortales sería el que desde su cuna a sí propio le dejaran abandonado; en éste el natural le sofocarían las preocupaciones, la autoridad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que vivimos sumidos, y sin sustituir otra cosa; semejante al arbolillo nacido en mitad de una vereda, que muere en breve sacudido por los caminantes, que tiran en todas direcciones de su rama.

A ti dirijo estos renglones, madre amorosa y prudente que has sabido apartarte del camino trillado, y preservar el naciente arbolillo del choque de las humanas opiniones.¹ Cui-

¹ La educación primera es la que más importa, y ésta sin disputa compete a las mujeres; y si el autor de la Naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar es-

tiva y riega el tierno renuevo antes que muera: así serán un día sus sazonados frutos las delicias tuyas. Levanta al punto un coto en torno del alma de tu hijo; señale otro en

pecialmente con las mujeres, porque además de que pueden celarla más de cerca que los hombres, y de que tienen más influjo en ella, el logro las interesa mucho más, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan a merced de sus hijos, que entonces les hacen experimentar los buenos o malos frutos de la educación que les han dado. Las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad a las madres, aunque sea su estado más cierto que el de los padres, más penosas sus obligaciones, más importantes sus afanes para el buen orden de las familias, y en general, mayor el cariño que a sus hijos tienen. Casos hay en que un hijo que falta al respeto a su padre, puede merecer alguna disculpa: pero si en un lance, sea cual fuese, se hallare un hijo de tan mal natural que falte al respeto a su madre, a la que le trajo en su vientre, le crió a sus pechos, y por espacio de muchos años se olvidó de sí propia para no pensar más que en él, bueno fuera sofocar a este desventurado, como un monstruo que no merece ver la luz del día. Dicen que las madres miman a sus hijos; en eso hacen mal; pero no tanto como vosotros, que los depraváis. Una madre quiere que su hijo sea feliz, y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razón; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces más perjudiciales son para los hijos la ambición, la avaricia, la tiranía, y la falaz prevision de los padres, que el cariño ciego de las madres. En cuanto a lo demás, es preciso explicar el sentido que doy yo al nombre de madre, y esto lo haré más adelante.

buen hora el circuito, pero tú sola debes alzar la valla.

A las plantas las endereza el cultivo, y a los hombres la educación. Si naciera el hombre ya grande y robusto, de nada le servirían sus fuerzas y estatura hasta que aprendiera a valerse de ellas, y le serían perniciosas porque retraerían a los demás de asistirle: abandonado entonces a sí propio, se moriría de necesidad, antes de que conocieran los otros su miseria. Nos quejamos del estado de la infancia, y no miramos que hubiera perecido el linaje humano si hubiera principiado el hombre por ser adulto.

Débiles nacemos, y necesitamos de fuerzas; desprovistos nacemos de todo y necesitamos de asistencia; nacemos estúpidos, y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, eso lo debemos a la educación.

La educación es efecto de la Naturaleza, de los hombres, o de las cosas. La de la Naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educación de los hombres es el uso que nos enseñan éstos a hacer de este desarrollo; y lo que nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión recibimos, es la educación de las cosas.

Así, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonía consigo mismo, el discípulo que tome de ellos lecciones contradictorias: solo ha dado en el blanco y vivirá una vida consiguiente, aquel que vea conspirar todas a un mismo fin y versarse en los mismos puntos; este solo merecerá el título de bien educado. De

Parécido a ellos en lo exterior, y carciendo del habla y de las ideas que con ella se expresan, no estaría en estado de darlos a conocer la necesidad que tendría de su auxilio, y en nada echarían de ver esta necesidad.

estas tres educaciones distintas, la de la Naturaleza siempre no pende de nosotros, y la de las cosas solo en parte está en nuestra mano. La única de que somos de verdad los árbitros, es la de los hombres, y esto mismo es todavía una suposición; porque ¿quién puede esperar que ha de dirigir enteramente los razonamientos y las acciones de los dos cuantos a un niño se acerquen?

Por lo mismo que es la educación un arte, casi es imposible su logro, puesto que de nadie pende el curso de causas indispensables para él. Todo cuanto puede a fuerza de diligencia conseguirse, es acercarse más o menos al blanco; pero es ventura dar en él.

¿Qué blanco es éste? El mismo de la Naturaleza: esto lo hemos probado ya. Una vez que para su reciproca perfección es necesario que concurren las tres educaciones, hemos de dirigir las otras dos, a aquella en que ningún poder tenemos. Pero, como acaso tiene la voz de Naturaleza una significación sobradamente vaga, conviene que procuremos fijarla.

Nos dicen que la naturaleza no es otra cosa que el hábito. ¿Qué quiere decir esto? ¿No hay hábitos contrarios por fuerza y que nunca sofocan la naturaleza, como, por ejemplo, el de las plantas, en que se ha impedido la dirección vertical? Así que dejan la planta libre, si bien conserva la inclinación que la han precisado a que tome, no por eso ha variado la primitiva dirección de la savia, y si continúa la vegetación, otra vez se torna en vertical su prolongación. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Mientras que permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre y menos naturales son; pero luego que varía la situación, se gasta la costumbre y vuelve el natural. La educación, cierto, no es otra cosa que un hábito. ¿Pues no hay personas que se olvidan de su edu-

cación y la pierden, mientras que otras la conservan? ¿De dónde le proviene esta diferencia? Si ceñimos el nombre de Naturaleza a los hábitos conformes a ella, podemos excusar esta jergonza.

Nacemos sensibles, y desde que nacemos, excitan en nosotros diversas impresiones los objetos que nos rodean. Luego que tenemos, por decirlo así, la conciencia de nuestras sensaciones, aspiramos a poseer o evitar los objetos que las producen, primero, según que son aquellas gustos o desagradables; luego, según la conformidad o discrepancia que entre nosotros y dichos objetos hallamos; y finalmente, según el juicio que acerca de la idea de felicidad o perfección que nos ofrece la razón formamos por dichas sensaciones. Estas disposiciones de simpatía o antipatía, crecen y se fortifican a medida que aumenta nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia; pero tendidas a raya por nuestros hábitos las alteran más o menos nuestras opiniones. Antes de que se alteren, constituyen lo que llamo yo en nosotros naturaleza.

Deberíamos por tanto referirlo todo a estas disposiciones primitivas, y así podría ser en efecto, si fueras tres educaciones sólo fueran distintas; pero ¿qué hemos de hacer cuando son opuestas, y cuando en vez de educar a uno para sí propio, le quieren educar para los demás? La concordancia es entonces imposible; y precisados a oponernos a la Naturaleza o a las inclinaciones sociales, es forzoso escoger entre formar a un hombre o a un ciudadano, no pudiendo ser uno mismo una cosa y otra.

Toda sociedad parcial, si es íntima y bien unida, se enajena de la grande. Todo patrio es duro con los extranjeros, los cuales, no siendo más que hombres, son nada ante sus ojos. ¡Inconveniente inevitable.

Por eso las guerras de las repúblicas, son más crueles que las de las monarquías. Pero si es moderada la

pero de poca monta! Lo esencial es ser bueno con las gentes con quien se vive. En país ajeno, eran los espártanos ambiciosos, avaros, inhumanos; pero reinaban dentro de sus muros el desinterés, la equidad y la concordia. Descorremos de aquellos cosmopolitas, que en sus libros van a buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan desempeñar en torno de ellos. Filósofo hay que se aficiona a los tártaros, por no tener que querer bien a sus vecinos.

Su individuo es el todo para el hombre de la Naturaleza; es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo tiene relación consigo mismo, mientras que el hombre de la ciudad es la unidad fraccionaria que determina el denominador, y cuyo valor expresa su relación con el entero, que es el cuerpo social. Las instituciones sociales buenas, son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladando el yo, la personalidad, a la común unidad; por manera, que cada particular ya no se crea uno, sino parte de la unidad, y solamente en el todo sea sensible. No era un ciudadano de Roma Cayo ni Lucio, que era un romano, y era el amor de su patria exclusivo en él, hasta del suyo propio. Por cartagineses se reputaba Régulo, como peculio que era de sus amos, y en calidad de extranjero se resistía a tomar asiento en el senado romano; fue preciso que se lo mandara un cartaginés. Indignado con ellos que le querían librar la vida, los venció, y se tornó triunfante a morir en horribles tormentos. Creo que éste no se parecía mucho a los hombres que conocemos. Presentóse el lacedemonio Pedarces para ser admitido al Consejo de los trescientos, y desechado, se vuelve a su casa, rebozando en ira. Ruetra de los reyes, su paz es terrible; más vale ser enemigos que vasallos suyos.

bilo de que se hallaran en Esparta trescientos hombres de más mérito que él. Supongo que esta demostración fuese sincera, y no hay motivo para no creerla tal: éste es el ciudadano. —Tenía una espartana cinco hijos en el ejército, y aguardaba noticias de la batalla. Llegó un flota, y se las pregunta asustada. —Tus cinco hijos han muerto. —Vil esclavo, ¿le pregunto yo eso? —Hemos alcanzado la victoria. —Corre al templo la madre a dar gracias a los dioses. Esta es la ciudadana.

El que en el orden civil quiera conservar la primacía a los afectos naturales, no sabe lo que se quiere. Siempre en contradicción consigo propio, fluctuando siempre entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil, ni para sí ni para los demás; será uno de los hombres del día, un francés, un inglés, un paisano, en una palabra, nada. Para ser algo, para ser uno propio y siempre el mismo, es necesario estar siempre determinado acerca del partido que se ha de tomar, tomarle resueltamente, y seguirle con tesón. En mostrándome este portento, sabré si es hombre o ciudadano, o cómo hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos, por necesidad opuestos, proceden dos formas contrarias de institución; una pública y común: otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la pública educación, lea *La República* de Platón, que no es una obra de política, como piensan los que sólo por los títulos fallan de los libros, sino el más excelente tratado de educación que se haya escrito.

—Cuando quieren hablar de un país fantástico, citan por lo común la institución de Platón. Mucho más fantástica me parecería la de Licurgo, si nos la hubiera éste dejado sólo en un escrito. Platón se ciñó a apurar el corazón humano; Licurgo ha sojuzgado la Naturaleza.

Hoy no existe la institución pú-

blica, ni puede existir, porque donde no hay patria, no puede haber ciudadanos. Ambas palabras, *patria* y *ciudadanos*, se deben borrar de los idiomas modernos. Muy bien se cuál es la razón: pero no quiero decirlo, y no tiene conexión con mi asunto.

No contemplo instituciones públicas, esos risibles establecimientos que llaman colegios. Tampoco haré mención de la educación del mundo, porque como ésta se propone dos fines contrarios, ninguno consiguere, y sólo es buena para hacer daños a los hombres, que con apariencia de referirlo siempre todo a los demás, nada refieren que no sea a sí propios. Empero como estas muestras son generales para todo el mundo, a nadie engañan, y son trabajo perdido.

Nace de estas contradicciones la que en nosotros mismos experimentamos sin cesar. Arrastrados por la Naturaleza y los hombres en sendas contrarias, forzados a seguir en parte estas impulsiones distintas, tomamos una dirección compuesta que ni a una ni a otra me la nos lleva. De esta suerte combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos, y sin ser de provecho ni para nosotros, ni para los demás.

Quédanos, pues, la educación doméstica, o la de la Naturaleza. Pero ¿qué aprovechará a los demás, un hombre educado únicamente para él? Si por ventura los dos objetos que nos proponemos, pudieran ambos reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre, re-

1 En muchas escuelas, y con especialidad en la Universidad de París, hay profesores que quiero yo y aprecio mucho, y que tengo por muy idóneos para dar buena enseñanza a la juventud, si no los precisaran a seguir el método establecido. Exhorto a unos de ellos a que publiquen la reforma que ha proyectado. Pensarán acaso entonces en curar la enfermedad, cuando vean que aún tiene remedio.

moveríamos un grande estorbo para su felicidad. Para decidir el punto, fuera preciso ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus adelantamientos, seguido su camino: en una palabra, fuera preciso conocer al hombre natural. Creo que algunos pasos dará en esta investigación, el que este escrito leyere.

¿Qué tenemos que hacer para la formación de este raro mortal? Mucho sin duda: estorbar que hagan nada. Cuando sólo se trata de navegar contra el viento, se bordea; pero si está alborotada la mar y quieren que no se mueva el navío, es preciso alzar el áncora. Mira, inexperto piloto, no arries el cable, no garré el ancla, y derive el navío antes que puedas estorbarlo.

En el orden social en que están todos los puestos señalados, debe ser cada uno educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no vale para nada. Sólo es útil la educación en cuanto se conforma la fortuna con la vocación de los padres: en cualquier otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea más que por las preocupaciones que le infunde.

En Egipto, donde estaban los hijos obligados a seguir la profesión de sus padres, tenía a lo menos la educación un blanco determinado: pero en nuestros países donde sólo las jerarquías subsisten, y pasan los hombres sin cesar de una a otra, nadie sabe si cuando educa a su hijo para su estado, se afana en detrimento de él.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su común vocación es el estado de hombre; y aquel que para este hubiere sido bien criado, no puede desempeñar mal los que con él tengan conexión. Poco me importa que destinen a mi alumno para la tropa, para la iglesia, o para el foro; que antes de la vocación de sus padres, le llamó la Naturaleza a la vida humana. El

oficio que enseñarle quiero, es vivir. Conengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni clérigo; será, si, primero hombre, todo cuanto debe ser un hombre, y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el más aventajado; en balde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrará en el suyo. *Occupavi te, fortuna, atque cepi: omnesque aditus tuos interclisi, ut ad me aspirare non posses.*

El verdadero estudio nuestro es el de la humana condición. Aquel de nosotros que más bien sabe sobrellevar los bienes y males de esta vida, es en mi entender el más bien educado; de donde se colige que no tanto en preceptos como en ejercicios, consiste la verdadera educación. Desde que empezamos a vivir, empieza nuestra instrucción; nuestra educación empieza cuando empezamos nosotros; nuestras nodrizas son nuestros preceptores primeros. Por eso la palabra *educación* tenía antiguamente otra significación que ya se ha perdido, y quería decir alimento. *Educiit obstetrix*, dice Varón: *educat nutrix, instituit pædagogus, docet magister.* Educación, instrucción e instrucción, son por tanto tres cosas tan distintas en su objeto, como nodriza, ayo y maestro. Pero se confunden estas distinciones; y para que el niño vaya bien encaminado, no debe tener más que un conductor.

Convenga, pues, generalizar nuestras ideas, considerando en nuestro alumno el hombre expuesto a todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres clavados al suelo de un país, si durase todo el año una misma estación, si estuviera cada uno tan pegado con su fortuna que no pudiese esta variar, se-

Te tengo, y te aprendi, joh fortuna! y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí. Sacá a luz la partera educa la nodriza, instituyé el ayo, enseña el maestro. *Nam, Mæwell.*

ría buena bajo ciertos respetos la práctica establecida: educado un niño para su estado, y no habiendo nunca de salir de él, no podría verse expuesto a los inconvenientes de otro distinto. Empero atendida la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y malcontentadizo de este siglo, que a cada generación todo lo trastorna, ¿es posible imaginar método más desatinado que el de educar a un niño como si nunca hubiese de salir de su aposento, y hubiese de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desventurado un solo paso en la tierra, si baja un escalón solo, es perdido. No es eso enseñarle a aguantar el dolor, sino ejercitarle a que lo sienta con más viveza.

Los padres sólo piensan en conservar a su niño; eso no basta: debieran enseñarle a conservarse cuando sea grande, y aguantar los embates de la mala fortuna, a arrastrar la necesidad y la miseria, a vivir, si es necesario, en los hielos de Irlanda, o en la abrasada roca de Malta. Vano es tomar precauciones para que no muera; al cabo tiene que morir: y aun cuando no sea su muerte fruto de vuestros afanes, todavía serían necios éstos. No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto de hacer que viva. Vivir no es alentar, que es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan la infima conciencia de nuestra existencia propia. No es aquel que más ha vivido el que más años cuenta, sino el que más ha disfrutado de la vida. Tal llevaron a la sepultura de cien años, que fue cada vez desde la cuna. Más le hubiera valido morir mozo, que a lo menos hubiera vivido hasta entonces.

En serviles preocupaciones se cifra toda nuestra sabiduría, y todos nuestros estilos no son otra cosa que sujeción, incomodidades y apremio. En esclavitud nace, vive y muere el hombre civil: cuando nace, le cosen

en una envoltura: cuando muere, le clavan dentro de un ataúd. Y mientras que tiene figura humana, le encadenan nuestras instituciones.

Dicen que algunas parteras pretenden dar mejor configuración a la cabeza de los niños recién nacidos, apretándosela, y se lo permiten! Están tan mal nuestras cabezas, como las formó el autor de la Naturaleza que nos las modela por fuera las parteras y los filósofos: por dentro. La mitad menos de desdicha tienen los caribes.

Apenas ha salido el niño del vientre de su madre, y apenas disfruta de la facultad de mover y entender sus miembros, cuando le ponen nuevas ataduras. Le fajan le acuestan con la cabeza fija, estradas las piernas y colgando los brazos; le envuelven con vendas y fajas de todo género, que no le dejan mudar de situación; y no es poca dicha si no le han apretado de manera que le estorben la respiración, y si han tenido la precaución de acostarle de lado para que pueda el agua que por la boca echarse, salir por sí propia, porque no le queda facultad para volver la cabeza de lado, a fin de facilitarle salida.

El niño recién nacido necesita dilatar y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Verdad es que los estriman, pero les impiden el movimiento; sujetan hasta la cabeza con capillos; parece que tienen miedo de que den señales de vida. De esta suerte el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca incremento, encuentra un obstáculo insuperable a los movimientos que requiere. Continuamente se afana el niño en esfuerzos vanos, que apuran sus fuerzas o retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus fajas: no veo lo que ha ganado con nacer.

Historia del hombre de Buffon

(P. Aristóteles)

La inacción y el apremio en que retienen los miembros de un niño, no pueden menos de perjudicar a la circulación de la sangre y los humores, de estorbar que se fortalezca y crezca la criatura y de alterar su constitución. En los países donde no toman tan extravagantes precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados. Los países en que se fajan los niños, abundan en corcovados, raquíticos, patizambos, gafos y listados de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movimientos, se dan prisa a desfigurarlos, poniéndolos en prensa, y de buena gana los harían tullidos, para impedir que se estropearan.

¿Puede acaso tan cruel apremio tener menos influjo en su indolencia que en su temperamento? Su afección primera es afección de dolor y tormento: sólo estorbos encuentran para todos los movimientos que necesitan; más desventurados que delincuente con grillos y espaldas, hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Decís que son llantos sus voces primeras. Yo lo creo: desde que nacen los atormentáis: las primeras dádivas que de vosotros reciben son cadenas y torturas: el primer trato que experimentan. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿cómo no se han de valer de ella para quejarse? Gritan por el daño que les hacéis, más gritaríais que ellos si así os encadenarais.

¿De dónde proviene tan desatinado estilo? De otro estilo inhumano. Desde que desdichando las madres su primera obligación no han querido criar a sus hijos, ha sido indispensable fiárselos a mujeres mercenarias, que viéndose madres de hijos ajetos, en cuyo favor no les hablaba la Naturaleza, sólo han pensado en ahorrarse trabajo. Hubiera sido forzoso estar en continua vela si el niño hubiera estado libre: pero bien atado le echan en un rincón

sin curarse de sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera, o que contraiga achaques para mientras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y en cualquier suceso no se le echa la culpa a la nodriza.

Estas amantes madres que desprendiéndose de sus hijos se entregan con júbilo a las diversiones y pasatiempos de los pueblos grandes, ¿saben acaso cómo tratan en la aldea a su hijo, envuelto en fajas y pañales? Al menor ruido le cuecligan de un clavo, como un lio de ropa vieja; y así crucificado, permanece el infeliz mientras que hace la nodriza sus haciendas. Todos cuantos se han hallado en esta situación temían amoralado el rostro; oprimido con violencia el pecho, no dejaba circular la sangre que se arrebataba a la cabeza; y creían que estaba el paciente muy sosegado porque no tenía fuerza para gritar. No sé cuántas horas puede permanecer en este estado un niño sin perder la vida; pero dudo que puedan ser muchas. Esta piense que sea una de las mayores utilidades que del fajado se sacan.

Alegan que dejando a los niños libres pudieran contraer malas posturas, y hacer movimientos que redundasen en detrimento de la buena conformación de sus miembros. Éste es uno de tantos vanos raciocinios de nuestra falaz sabiduría, que nunca ha confirmado experimento ninguno. De los muchísimos niños que en pueblos más racionales que nosotros se crían con toda la libertad de sus miembros, no vemos uno solo que se hiera ni se estropee, porque no pueden imprimir a sus movimientos la fuerza suficiente para que sean peligrosos; y cuando toman una postura violenta, en breve les advierte el dolor que la muden en otra. Todavía no hemos pensado en fajar a los perros y gatos recién naci-

(P. Bowen)

dos: ¿vemos que les redunde algún inconveniente de esta negligencia? Los niños son más pesados... con veneno en ellos; pero también son a proporción más débiles. Apenas se pueden mecar. ¿cómo se han de estropear? Si los tendiesen de espaldas, se morirían en esta postura, como el galápagos, sin poder volver.

No contentas con haber dejado de dar el pecho a sus hijos, dejan las mujeres de querer concebirlos: concuencencia muy natural. Como es tan gravoso el estado de madre, luego se halla modo para sacudirse de él totalmente; quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar a ella, y convierten en perjuicio de la especie, el atractivo mismo destinado a su multiplicación. Añadida esta costumbre a las demás causas de desobediencia, nos indica la inmediatez de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que engendra ésta, la convertirán presto en un páramo; la población fictas, y no será mucha la diferencia en cuanto a la especie de sus moradores.

Algunas veces he presenciado yo la arteria de mujeres mozas que suelen fingir que quieren criar ellas a sus hijos, y que saben hacer que las ruguen encarecidamente que se dedican de ese antojo, haciendo que me den los maridos, los médicos, y especialmente las madres. Si un marido se atreve a consentir que críe su mujer a sus pechos a su hijo, es un hombre perdido, y le tildarán como a un asesino que quiere dar fin de ella. ¡Maridos prudentes, preciso es que sacrificuéis en holocausto de la paz el amor paternal! Gracias a que se hallan en los lugares mujeres más continentales que las vuestras: mayores tencis que darlas, si el tiempo que éstas así ganan, no le emplean con hombres ajenos.

Indubitable es la obligación de las mujeres; pero como tan poco aprecio hacen de ella, preguntan si es cosa indiferente para los niños,

mamar la leche de su madre u otra cualquiera. Esta cuestión de que son jueces los médicos, la tengo yo por resuelta a satisfacción de las mujeres: y yo por mí, pienso también que vale más que mane el niño la leche de una nodriza sana, que la de una madre achacosa, si hubiese nuevos males que temer de la misma sangre que le ha formado. ¿Debe, empero, mirarse esta cuestión meramente bajo el aspecto físico? Necesita menos el niño del cuidado de una madre que de su pecho? Otras mujeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que le falta ésta; pero la solicitud maternal nada la suple. La que cria el hijo ajeno en vez del suyo, es mala madre: ¿cómo ha de ser buena nodriza? Podrá hacerse tal, pero será poco a poco; será preciso que el hábito cortija la Naturaleza; y mientras, el niño, mal cuidado, tendrá lugar para morirse cien veces antes que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta última ventaja misma procede un inconveniente que bastaría por sí solo para quitar a toda mujer sensible el ánimo de dar a su hijo a que le críe otra, que es el de ceder parte del derecho de madre, o más bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere a otra mujer tanto como a ella, y más; el de contemplar que el cariño que a su propia madre conserva, es gracia, mientras que el que tiene a su madre adoptiva, es justicia; porque, ¿no debo yo el afecto de hijo a aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo como se renuncia este inconveniente, es inspirando a los niños el desprecio de sus nodrizas, y tratando a éstas como meras criadas. Cuando han concluido su servicio, les quitan la criatura o las despiden; y a fuerza de desaires, la privan de que venga a ver a su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni la ve ni la conoce. Engáñase la madre que piensa que puede ser sustituida, y que con su crueldad

resarce su negligencia: y en vez de crear un hijo tierno, forma un hijo de leche despiadado, le enseña a ser ingrato y le induce a que abandone un día a la que le dio la vida, como a la que le alimentó con la leche de sus pechos.

¿Cuánto insistiera yo en este punto, si me desalentara menos tener que repetir en balde útiles consejos! Esto tiene conexión con muchas más cosas de lo que se cree. ¿Queremos tornar a cada uno al cumplimiento de sus primeras obligaciones? Empecemos por las madres y nos pasaremos a la mudanza de cosas que produzcan. De esta primera depravación procede sucesivamente lo demás; se altera el orden moral; en todos los pechos se extingue el buen natural; pierde el aspecto de vida lo interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia, ya no inspira apego a los maridos, ni atenciones a los extranos; es menos respetada la madre cuyos hijos no se ven; no hay residencia en las familias; no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre; no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanas, ni hermanas; apenas se conocen todos, ¿cómo se han de querer? Sólo en sí piensa cada uno. Cuando la casa propia es un yermo triste, fuerza es irse a divertirse a otra parte.

Empero dígnense las madres criar a sus hijos, y las costumbres se reformarán por sí solas; los afectos naturales revivirán en todos los pechos; se repoplará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El más eficaz antidoto contra las malas costumbres, es el atractivo de la vida doméstica; se forma grata la bulla de los niños que creen importante, haciendo que el padre y la madre se necesitan más, se quieran más uno a otro, y estrechen entre ambos el lazo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, son las tareas domésticas la ocupación más cara para la mujer, y el desahogo más suave del marido. Así, enmendado este abuso, sólo resul-

taria en breve una general reforma. Y en breve recuperaría la Naturaleza sus derechos todos. Tornen una vez las mujeres a ser madres, y tornarán también los hombres a ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! Ni aun el hastío de los deleites mundanos atrae nunca a éstos. Dejaron las mujeres de ser madres, y nunca más lo serán, ni querrán serlo. Aun cuando quisieran, apenas si podrían; hoy que está establecido el estilo contrario, tendría cada una que pelear contra la oposición de todas sus conocidas, coaligadas contra un ejemplo que las unas no han dado, y que no quieren seguir las otras.

No obstante, todavía se encuentran algunas pocas mujeres jóvenes de buena índole, que siendo osadas a arrostrar en este punto el imperio de la moda y los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa valentía esta tan suave obligación que les impuso la Naturaleza. ¡Ojalá se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados a las que la cumplen! Fundándose en consecuencias que presenta el más obvio raciocinio, y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo a prometer a estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos; una verdadera ternura filial de sus hijos, la estimación y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas, una salud robusta y duradera, la satisfacción, en fin, de verse un día imitadas de sus hijas y citadas como ejemplo de las ajenas.

Sin madre no hay hijo; las obligaciones de entrambos son mutuas, y si se desempeñan mal por una parte, serán desatendidas por la otra. El niño debe amiar a su madre antes que sepa que debe amarla. Si no estuztan la costumbre y los cuidados la voz de la sangre, fallece esta en los años primeros, y muere el corazón, por decirlo así, antes que haya nacido. Desde los primeros pa-

tos, pues, ya nos apartamos de la Naturaleza.

Por una senda opuesta salen también de ellas las madres que en vez de desatender los cuidados maternos los toman con exceso, haciendo de sus hijos sus ídolos, acrecentando y prolongando su flaqueza por impedir que la sientan, y con la esperanza de zafarlos de las leyes de la Naturaleza, apartan de ellos todo choque penoso, sin hacerse cargo de cuantos desmanes y riesgos para lo futuro acumulan sobre su cabeza por algunas pocas incomodidades de que por un instante los preservan, y de cuan inhumana precaución es dilatar la flaqueza de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Para hacer Teis a su hijo invulnerable, dice la fábula que le suministró en las aguas de la laguna Estigia; alegoría tan hermosa como clara. Lo contrario hacen las crueles madres de que hablo: preparan a sus hijos a padecer, a fuerza de sufrimientos en la moliente, y abren sus poros a todo género de achaques, de que no podrán menos de adolecer cuando sean adultos.

Observemos la Naturaleza, y si ganamos la senda que nos señala. La Naturaleza ejercita sin cesar a los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas, y les enseña muy luego qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la pleura les punta la sangre; fermentan en ella varias levaduras, y ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la edad primera es dolencias y riesgos; la mitad de los niños que nacen, perecen antes de llegar al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño; y así que puede usar de la vida, tiene más vigor el principio de ella. Tal es la regla de la Naturaleza. ¿Qué vale el oponerse a ella? ¿Quién no ve que pensando que la emmiendan, destruyen su obra y co-

torban la eficacia de sus afanes? Hacer en lo exterior lo que ejecuta ella en lo interior, dicen que es redoblar el peligro, mientras que por el contrario es hacer burla de él y extenuarle. Enseña la experiencia que mueren todavía más niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal que no se exceda el alcance de sus fuerzas, menos se atreva con ejercitadas que con no probarlas.

Ejercitadlos por tanto a sufrir golpes que tendrán que aguantar un día; endurecer sus cuerpos a la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, a la sed, a la fatiga; bañadlos en las aguas estigias. Antes que el cuerpo haya contraído hábitos, se les dan sin riesgo los que se quieren; pero una vez que ha tomado consistencia, toda alteración se hace peligrosa. Sufrirá un niño variaciones que no aguantaría un hombre: blandas y flexibles las fibras del primero, tornan sin dificultad la forma que les dan; más endurecidas las del hombre, no sin violencia pierden el doblar que han recibido. Así que es posible hacer robusto a un niño, sin exponer su salud y su vida; y aun cuando corriese algún riesgo, no se debía vacilar. Una vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer, que arrosarlos en la época en que menos inconvenientes presentan?

Al paso que crece en edad, es más estimable un niño, que al principio de su vida junta el de las tareas que ha costado, y con la pérdida de su existencia une él la idea de la muerte. Por lo tanto, vigilando sobre su conservación, debe pensarse particularmente en el tiempo venidero, y armarle contra los males de la edad juvenil antes que a ella llegue; porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil, ¿no es desatinado resguardar de algunos males la infancia para aumentarlos en

la edad de la razón? ¿Son ésas las lecciones del maestro?

Padecer en todo tiempo es el destino del hombre, y hasta el cuidado de su conservación está unido con la pena. Por fortuna que en su infancia sólo conoce los males físicos; males mucho menos crudos, mucho menos dolorosos que los otros, y que con mucha menos frecuencia nos obligan a renunciar a la vida. Nadie se mata por dolores de gota; sólo los del ánimo engendran la desesperación. Compadecemos la suerte de la infancia, mientras que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros más graves males vienen de nosotros.

El niño grita así que nace, y su primera infancia se va toda en llantos. Para acallarle, unas veces le arrullan y le halagan; otras le imponen silencio con amenazas y golpes. O hacemos lo que él quiere, o exigimos de él lo que queremos; o nos sujetamos a sus antojos, o le sujetamos a los nuestros, no hay medio; o ha de dictar leyes o ha de obedecerlas. De esa suerte son sus primeras ideas las del imperio y servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; antes de poder obrar, ya obedece; y a veces le castigan antes que pueda conocer sus yerros, o por mejor decir, antes que los pueda cometer. Tan temprano infunden en este pecho novicio las pasiones que luego se imputan a la Naturaleza, y después de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de que lo sea.

Así pasa un niño seis o siete años en manos de mujeres, víctimas de los antojos de ellas y del suyo propio; y después que le han hecho que aprenda esto y lo otro, quiero decir, después de haber abrumado su memoria con palabras que no puede entender, o con cosas que para nada le sirven; después de haber sofocado su indole natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ente ficticio en manos de un preceptor que acaba de desenvolver el germen artificial que ya

encuentra sazonado, y le instruye en todo, menos en conocerse, menos en sacar frutos de sí propio, menos en saber vivir y labrar sus felicidades. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razón, tan flaco de cuerpo como de espíritu, es lanzado al mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia y sus vicios todos, hace que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una equivocación, porque ése es el hombre de nuestros desvarios; muy distinta forma tiene el de la Naturaleza.

Si queréis que conserve su forma original, conservadla desde el punto en que viene al mundo. Apodérais de él así que nazca, y no le soltéis hasta que sea hombre; sino eso nunca lograréis nada. Así como es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Pongánselos ambos de acuerdo tanto en el orden de las funciones como en su sistema, y pase el niño de las manos de la una a las del otro. Más bien le educará un padre juicioso y de cortos alcances, que el maestro más hábil del mundo, porque mejor suplir el celo al talento que el talento al celo.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones... ¡Ah, las obligaciones!, sin duda que la de padre es la postrera. No hay por qué ad-

* Cuando leamos en Plutarco que Catón el censo, que con tanta gloria gobernó a Roma, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es, la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio que Augusto, señor del mundo que habla con gusto, y que regía él propio, enseñaba él mismo a sus nietos a escribir, a nadar, y los elementos de las ciencias, y que los tenía siempre a su lado, no puede uno menos de reírse de las buenas gentes de aquellos tiempos, que se divertirían en semejantes bobadas, sin duda porque eran de muy corto ingenio para saberse ocupar en los graves asuntos de los grandes hombres de nuestro tiempo.

mirarse de que un hombre cuya madre no se ha dignado criar a sus pechos el fruto de su unión, se deduce de educarle. No hay pintura que mas embeliese que la de la familia: figura todos los demas. Si a la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán asuntos para ser preceptor. Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna. O por mejor decir, volverán a ella con el hábito de no tener apego a nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos de ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán como extraños. Así que no hay intimidad entre los parientes, así que la sociedad de la familia no es el consuelo de la vida, es fuerza recurrir a las malas costumbres para suplirle. ¿Dónde hay hombre tan estúpido que no vea los eslabones de la cadena?

Cuando un padre engendra y mantiene a sus hijos, no hace más que el tercio de sus funciones. Debe a su especie hombres; debe a la sociedad hombres sociables; y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace, es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. Ningún derecho tiene para ser padre quien no puede desempeñar las funciones de tal. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener a sus hijos y educarlos por sí mismo. Pueden creerme, lector: a cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro, y que nunca encontrará consuelo.

¿Pero qué hace ese rico, ese padre de familia, tan atarcado y precitado, según dice, a dejar abandonados a sus hijos? Paga a otro para que desempeñe afanes que le son

gravosos. ¡Pecho venal! ¿Crees que con dinero das a tu hijo otro padre? Pues te engañas, que ni siquiera le das un maestro; ése es un sirviente y presto formará otro como él.

Mucho hay escrito acerca de las dotes de un buen ayo: la primera que yo requeriría, y esta sola suppone otras muchas, es que no fuese un hombre vendible. Profesiones hay tan nobles que no es posible ejercitarlas por dinero, sin mostrarse indigno de su ejercicio; así es la del guerrero, así es la del institutor. ¿Pues quién ha de educar a mi hijo? — Ya te lo he dicho; tú propio. — Yo no puedo. — ¡No puedes!... Pues granjéate un amigo; no veo ningún otro medio.

¡Un ayo! ¡Qué sublime alma! Verdad es que para formar a un hombre es necesario o ser padre, o más que hombre. Ésta es la función que con sosiego fíats a un asarriado.

Cuanto más uno reflexiona, más dificultades nuevas se le presentan. Sería necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, los criados para el amo; que todos cuantos a él se acerquen hayan recibido las impresiones que le deben comunicar: y de educación en educación fuera necesario subir hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea bien educado por uno que lo fue mal?

¿No es dable hallar este raro mortal? Lo ignoro. ¿Quién sabe en estos tiempos de envilecimiento, hasta qué grado de virtud se puede todavía encumbrar el alma humana? Pero supongamos que hemos hallado este portentoso. Contemplando lo que debe hacer, veremos lo que debe ser. De antemano se me figura que un padre que que conoce todo cuanto vale un buen ayo, se resolvería a no buscarle, porque más trabajo le costaría encontrarle que llegar a serlo él propio. ¿Quiere adquirir un amigo? Eduque a su hijo para que lo sea, y se excusa de buscarle en otra

El. Sinceridad y otros ilustrados

parte; ya la Naturaleza ha hecho la mitad de la obra. Uno, de quien no sé más que su jerarquía, me propuso que educara a su hijo. Sin duda fue mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi negativa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado en mi método, la educación habría resultado mala; al acertar con él, sería peor; su hijo hubiera renegado del título de príncipe.

auto-limitaciones

Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quienquiera el que con él me brinde; y hasta el interés de la amistad fuera para mí nuevo motivo de negarme a él. Creo que después de leído este libro, pocos habrá que piensen en hacermelo tal oferta, y ruego a los que pudieran pensarlo, que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba de esta profesión, que me basta para estar cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me dispensaría de ella mi estado. He creído que debía esta declaración pública a los que al parecer no me estiman lo bastante para creer que soy sincero, y voy fundado en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la más útil tarea, me atreveré a lo menos a probar la más fácil; a ejemplo de otros muchos, no pondré manos a la obra, sino a la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me estorzaré a decirlo.

Bien sé que en las empresas de esta especie, el autor, a sus anchas siempre en sistemas que no se ven precisado a reducir a la práctica, da sin trabajo muchos excelentes preceptos de imposible ejecución, y que, por no descender a menudencias y a ejemplos, aun lo practicable que enseña no se puede poner en planta por no haber mostrado

Resolución y prácticas

la aplicación. Por eso me he decidido a tomar un alumno imaginario, y a suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educación, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, ya hombre formado, no necesite más guía que a sí propio. Páreceme útil este método para estorbar que un autor que de sí desconfía, se extravie en visiones porque en cuanto se desvía de la práctica ordinaria, no tiene más que probar la suya en su alumno, y en breve conocerá, o lo conocerá el lector, si no él, si sigue los progresos de la infancia y el camino natural del corazón humano.

Así he procurado hacer en cuantas dificultades se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he cenido a sentar los principios cuya verdad a todos debe parecer obvia; y en cuanto a las reglas que podían necesitar pruebas, las he aplicado todas a mi Emilio, o a otros ejemplos, haciendo ver muy circunstanciadamente, cómo se podía poner en práctica lo que yo había asentado; éste es a lo menos el plan que me he propuesto seguir: al lector compete decidir si le he dado clima.

De aquí ha resultado que en un principio he hablado poco de Emilio, porque mis máximas primeras de educación, aunque contrarias a las usadas, son de tan palpable evidencia, que no es fácil que un hombre de razón les niegue asenso. Pero al paso que adelanto, mi alumno, conducido de otra manera que los vuestros, no es ya un niño ordinario y necesita un régimen peculiar para él. Sale entonces con más frecuencia a la escena; y en los últimos tiempos casi ni un instante le pierdo de vista, hasta que, por más que él diga, no me necesite para la menor cosa.

No hablo aquí de las dotes de un buen ayo; las doy por supuestas, y supongo también que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará

ver cuán dádivo soy conmigo pro-
pio.

Solamente notaré, contra el dicta-
men general, que el ayo de un niño
debe ser joven, y aun tan joven
cuanto puede serlo un hombre de
juicio. Quisiera hasta que fuera
niño, si posible fuese: que pudiera
ser compañero de su alumno, y gran-
jearse su confianza, tomando parte
en sus diversiones. Hay tan pocas
cosas análogas entre la infancia y
la edad madura, que nunca se for-
mará apego sólido a tanta distan-
cia. Los niños halagan algunas ve-
ces a los viejos, pero nunca los que-
ren.

Quisiera que el ayo hubiese ya
educado a otro niño. Pero es de-
masiado; un mismo hombre no pue-
de educar más que a uno; si fuese
necesario educar a dos para el buen
logro, ¿qué derecho tuvo para en-
cargarse del primer alumno?

Con más experiencia sabría obrar
mejor; pero ya no podría. Aquel que
ha desempeñado una vez este cargo
con el suficiente acierto para cono-
cer todas sus penalidades, no queda
con ánimo para volver a acometer
la misma empresa; y si ha salido
mal la vez primera, no es buen
agüero para la segunda.

Convengo en que es muy distinto
acompañar a un joven por espacio
de cuatro años, que conducirle por
espacio de veinticinco. Vosotros dais
un ayo a vuestro hijo ya adulto, y
yo quiero que le tenga antes de na-
cer. Cada lustro puede el vuestro
mudar de alumno, y el mío nunca
tendrá más que uno. Distinguis vos-
otros el preceptor del ayo: otro des-
atino. ¿Distinguis acaso el alumno
del discípulo? Una sola ciencia hay
que enseñar a los niños, que es la
de las obligaciones del hombre.

Esta ciencia es única, y diga lo
que quisiere Jenofonte de la edu-
cación de los persas, no es divisible.
Yo más bien llamaré ayo que pre-
ceptor al maestro de esta ciencia,
porque no tanto es su oficio instruir
como conducir. No debe dar pre-

ceptos, debe hacer que los halle su
alumno.

Si con tanto esmero se ha de es-
coger el ayo, facultad tiene éste para
escoger a su alumno, particularmen-
te tratándose de un dechado que
proponer. No puede basarse esta
elección sobre el ingenio y carácter
del niño, que no se conoce hasta el
fin de la obra, y que adopto antes
que nazca. Si pudiera escoger, bus-
caría un entendimiento ordinario,
como el que a mí alumno supongo.
Solo los hombres vulgares necesitan
ser educados; y sola su educación
debe servir de ejemplo para sus se-
mejantes: los demás se educan a
despecho de las contrariedades.

No es indiferente el país para la
cultura de los hombres, que sólo en
los climas templados son todo cuan-
to pueden ser: en los climas extre-
mados es visible la desventaja. Un
hombre no es un árbol plantado en
un país para no moverse de él; y el
que sale de un extremo para ir al
otro, se ve precisado a andar doble
camino que quien sale del término
medio para llegar al término mismo.

Si viaja sucesivamente a ambos
extremos un morador del país tem-
plado, todavía saca evidentes ven-
tajas, porque, aunque reciba las mis-
mas impresiones que el que ha ve-
nido del otro extremo, se aparta no
obstante la mitad menos de su na-
tural constitución. En Laponia y en
Guinea vive un francés; pero no
vivirá igualmente ni un negro en
Yoruba, ni un samoyeda en Benin.
También parece que no es tan per-
fecta la organización del cerebro en
ambos extremos. La inteligencia de
los europeos no la tienen los negros
ni los lapones. Por eso, si quiero que
mi alumno pueda ser habitante de
la Tierra entera, le escogeré una
zona templada, por ejemplo, en
Francia.

En el Norte consumen mucho los
hombres en un terreno ingrato; en
el Mediodía poco en un terreno fe-
raz; de donde procede otra nueva
diferencia que hace laboriosos los

unos, y contemplativos los otros. En
un mismo país nos presenta la so-
ciedad la imagen de esta diferencia
entre pobres y ricos; los primeros
viven en el terreno ingrato, y los úl-
timos en el fecundo.

El pobre no necesita educación; la
de su estado es forzosa, y no puede
tener otra; por el contrario, la que
que menos le conviene para sí pro-
pio y para la sociedad. La educación
natural debe, por otra parte, hacer
al hombre apto para todas las con-
diciones humanas; menos racional es
educar a un rico para que sea po-
bre, que a un pobre para que sea
rico, porque a proporción del nú-
mero de ambos estados, más ricos
hay que empobrezcan, que pobres
que se enriquezcan. Así, escogamos
a un rico: estaremos ciertos de ha-
ber hecho un hombre más; mientras
un pobre puede hacerse hombre por
sí solo.

Por la misma razón, no sentiré
que Emilio sea de ilustre cuna; que
siempre será una víctima sacada de
las garras de la precupación.
Emilio es huérfano. Nada importa
que vivan su padre y su madre; en-
cargado yo de todas sus obligacio-
nes, adquiriré sus derechos todos.
Debe honrar a sus padres, pero sólo
a mi debe obedecer; ésta es mi pri-
mera, o más bien, mi única condi-
ción.

Tengo que añadir otra, consecuen-
cia forzosa de ella; y es que no nos
privarán a uno de otro sin nuestro
consentimiento. Esta es cláusula
esencial; y aun quisiera yo que el
alumno y el ayo en tal manera se
reputaran inseparables, que siempre
el destino de su vida fuera objeto
común entre ellos. Así que contem-
plan, aunque remota, su separación;
así que prevé el instante en que
han de ser los dos extraños uno para
otro, ya lo son, en efecto; cada uno
forma su sistema aparte, y pensa-
do ambos en la época en que no han
de vivir juntos, están ya unidos con-
tra su gusto.

Mira el discípulo al maestro como
el azote de la niñez; el maestro no
considera en el discípulo más que
una carga pesada, y sólo ansía verse
libre de ella; así de consuno aspi-
ran a zafarse uno de otro; y como
nunca hay entre ellos verdadero ca-
rino, el uno tendrá poca vigilancia
y menos docilidad el otro.

Pero si se miran como obligados
a pasar juntos la vida, les importa
hacerse amar uno de otro, y por lo
mismo se aman en efecto. No se
averigüenza el alumno de seguir en
su niñez al amigo que ha de tener
cuando sea hombre, y se interesa el
ayo en los afanes cuyos frutos ha
de coger, siendo todo el mérito que
da a su alumno un fondo que pone
a interés para su ancianidad.

Este tratado supone de antemano
un parto feliz, y un niño bien con-
formado, robusto, y sano. El padre
no puede escoger, ni debe preferir
a ninguno de la familia que le da
Dios; todos sus hijos son igualmente
sus hijos: a todos debe la misma soli-
citud, el mismo cariño. Sean o no
defectuosos, sean enfermos o robus-
tos, es cada uno de ellos un depó-
sito, de que debe dar cuenta a la
mano que se le ha dispensado; y el
matrimonio es un contrato que se
celebra con la Naturaleza no menos
que entre los conyuges.

Empero aquel que se impone una
obligación a que no le ha sujetado
la Naturaleza, primero ha de certifi-
carse de los medios de desempeñar-
la; de otro modo, habrá de dar cuen-
ta hasta de lo que no pudo hacer.
El que se encarga de un alumno
endeble y enfermizo, trueca su car-
go de ayo en el de practicante de
hospital; malgasta en cuidar de una
vida inútil el tiempo que había des-
tinado para aumentar su valor, y se
expone a ver a una madre descon-
solada, echándole en cara un día la
muerte de su hijo, que largo tiempo
ha retardado.

No me encargaría yo de un niño
enfermizo y achacoso aunque hu-
biese de vivir ochenta años; que no

v. Wotton p. 105

quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demás, ocupado únicamente en conservarse, y cuyo cuerpo, perjudique a la educación del alma. ¿Qué he de hacer yo con sagrándole en balde todos mis afanes, si no es doblar la pérdida de la sociedad, y privarla de dos hombres en vez de uno? Encárguese otro en buen hora de este enfermo; para bien sea: alabo su caridad, pero ése no es mi talento; yo no sé enseñar a vivir a quien sólo piensa en resguardarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma sea vigoroso el cuerpo; un buen sirviente ha de ser robusto. Bien sé que la destemplanza excita las pasiones y al fin extenua el cuerpo; muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razón contraria. Cuanto más débil es el cuerpo, más manda; cuanto más fuerte, más obedece. En cuerpos afeminados moran todas las pasiones sensuales; y tanto más se irritan aquéllas, cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí proviene el imperio de la medicina, arte más perjudicial a los hombres, que todas las dolencias que pretende sanar. Yo por mí no se cuál es la enfermedad que curan los médicos; pero sé que nos las acarrean funestísimas: la cobardía, la puslanimidad, la credulidad, el miedo de la muerte, si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Hombreres son los que necesitamos, y no vemos que salga ninguno de sus manos.

La medicina es de moda en nuestro país, y debe ser así: es la divisa de personas ociosas y desocupadas, que no sabiendo en qué emplear el tiempo, le gastan en conservar. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, fueran los más desventurados de los seres; y sana vida que nunca temieran perder, no tendrían para ellos valor ninguno. Esta gente necesita médicos

que los amenacen para adularlos, y que cada día les den el único gusto que son capaces de apreciar; el de no estar muertos.

No es mi ánimo explayarme aquí sobre la vanidad de la medicina; mi objeto es considerarla sólo por su aspecto moral. No obstante, no puedo menos de observar que acerca de su uso hacen los hombres los mismos sofismas que acerca de la investigación de la verdad. Siempre suponen que el que visita a un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la halla; y no ven que se ha de contrapesar la utilidad de la muerte de cien enfermos que mató; y las ventajas del descubrimiento de una verdad, con el daño que hacen los errores que al mismo tiempo se acreditaban. La ciencia que instruye y la medicina que sana, son, sin duda, muy aventajadas; pero funestísimas la ciencia que engaña y la medicina que mata. Enseñemos a distinguirlos: ésa es la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca nos seduciría la mentira; si supiéramos no queremos curar a despecho de la Naturaleza, nunca moriríamos a manos del médico; ambas abstinecias serían puestas en razón y evidentemente ganaríamos sujetándonos a ellas. Yo no disputo que la medicina sea útil a algunos hombres, pero sí afirmo que es perjudicial al linaje humano.

Me dirán, como siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma, la medicina es infalible. Enhorabuena: venga pues la medicina sin el médico; porque mientras vengán juntos, cien veces más riesgo hay que temer de los errores del artista, que socorro que esperar del arte.

Este arte falaz, más adaptable a los males del ánimo que a los del cuerpo, no es más útil para los unos que para los otros; no tanto nos sana de nuestras dolencias, cuanto nos infunde terror de ellas; no tanto aleja la muerte, cuanto hace que

anticipadamente la sintamos; en vez de prolongar la vida, la gasta; y aun cuando la prolongase, todavía sería en detrimento de la especie, puesto que nos desprende de la sociedad por los afanes que nos impone, y de nuestras obligaciones por los susos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que nos los hace temibles; quien se creyera invulnerable, de nada tendría miedo. A fuerza de armar contra el peligro a Aquiles, le quita el poeta el mérito del valor; al mismo precio, cualquiere en su lugar habría sido Aquiles.

¿Quiéren hallar hombres de ánimo esforzado? Busquenlos, en los países donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y donde se piensa poco en la muerte. El hombre naturalmente sabe padecer con constancia y muere en paz. Los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, los clérigos con sus exhortaciones, son los que amilanaban su ánimo y le desensenan a morir.

Denme, pues, un alumno que no necesite de todas estas gentes, o no le acepto. No quiero que otros echen a perder mis afanes; deseo educarlo yo solo o no comprometerme a ello. El sabio Locke, que pasó parte de su vida estudiando la medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios a los niños, ni por precaución, ni por incomodidades ligeras. Yo voy más adelante; y declaro que no llamando nunca al médico para mí, tampoco le llamaré para mi Emilio, a menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no le puede hacer más mal que matarle. Bien sé yo que el médico sacará fruto de esta tardanza; si muere el niño, será porque le han llamado muy tarde; si se restablece, él será quien le haya sanado. Corriente; alábase el médico, pero sobre todo no le llamemos hasta el lance extremo.

No sabiendo curarse, ha de saber el niño estar malo; arte que suple el otro y surte muchas veces mejor

efecto; arte de la Naturaleza. Cuando está malo el animal, padece sin quejarse y se está quieto; no se ven, empero, más animales achacosos que hombres. ¡A cuántas gentes que hubieran resistido la enfermedad y sanado el tiempo solo, ha quitado la zozobra y más que todo los remedios! Dirámme: que como viven los animales de un modo más conforme a la Naturaleza, deben estar menos sujetos que nosotros a dolencias. Enhorabuena; ese modo de vivir es el que yo quiero prescribir a mi alumno; y debe sacar de él las mismas ventajas.

La higiene es la única parte útil de la medicina, y aun la higiene menos es ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre, son la templanza y el trabajo; éste aguzza el hambre, y aquélla le impide los hartazgos.

Para saber cuál es el régimen que más conviene a la vida y a la salud, basta con saber cuál es el que siguen los pueblos que están más sanos, son más robustos y viven más tiempo. Si no hallamos, en virtud de las observaciones generales, que asegure a los hombres la práctica de la medicina salud más fuerte y vida más dilatada, por lo mismo que no es útil este arte, es perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres y las cosas sin ningún provecho. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario deducirle del útil, sino que cuando este tiempo se gasta en atormentarnos, es menos que nulo, es negativo; y para calcular bien, se ha de restar otro tanto del remanente. Más vive para sí mismo y para los demás el que vive diez años sin médico, que el que ha vivido treinta víctima suya. Habiendo hecho ambas pruebas, me creo con más derecho que nadie para, sacar esta consecuencia.

Estas son mis razones para quefer que mi alumno sea robusto y

sano, y mis principios para que se mantenga tal. No me pararé a probar con largas razones la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento; este punto nadie le disputa; los ejemplos de longevidad los ofrecen casi todos los hombres que más ejercicio han hecho, y que más fatigas y afanes han aguantado.¹⁰ Tampoco me extenderé a detallar la atención que merecerá esta materia sola; el lector verá que es tan indispensable en mi práctica, que basta penetrar el espíritu de ella para que no sean necesarias más explicaciones.

Con la vida empiezan las necesidades. El recién nacido necesita una nodriza. En buen hora sea; si se allana la madre a cumplir con esta obligación, se le darán por escrito sus instrucciones, utilidad que tiene en su contra, dejar al ayo más distante de su alumno. Empero es de creer que el interés de la criatura y la estimación de aquel a quien quieren fiar tan precioso depósito, harán que la madre sea dócil a los consejos del maestro; y de seguro

que cuanto quiera hacer, lo hará mejor que otra ninguna. Si necesitamos de una nodriza extraña, empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desventuras de las personas ricas, es que en todo las engañan. ¿Qué nos admiramos si forman tan errados juicios de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en justo castigo són las primeras que reconocen el defecto del único instrumento que saben manejar. En sus casas todo va mal hecho, menos lo que ellas propias hacen; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se la busque el comadrón. ¿Y qué resulta? Que la mejor es la que más le ha pagado. No consultaré yo a un comadrón para la de Emilio; tendré buen cuidado de escogerla por mi propio. Sobre este punto no disertaré acaso con tanta erudición como un cirujano; pero ciertamente caminaré con más buena fe, y menos me engañará mi buen celo que su avaricia.

No tiene mucho misterio esta elección; sabidas son las reglas; pero creo deberían poner algo más atención en el tiempo de la leche, como hacen en la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para purgar las reliquias del meconio que queda espesado en los intestinos del recién nacido. Poco a poco toma la leche consistencia, y ofrece un alimento más sólido al niño, ya más fuerte para digerirla. Ciertamente que no sin objeto hace variar la Naturaleza en las hembras de todas especies la consistencia de la leche según la edad del recién nacido.

Necesitaría, por tanto, un niño recién nacido, una nodriza recién parida. Bien sé que esto ofrece inconvenientes; pero así que salimos del orden natural, todo tiene sus dificultades para obrar bien. La única salida cómoda es obrar mal; por eso ésta es la que se escoge.

Sería necesario hallar una nodriza sana, no menos de corazón que

de cuerpo; la destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores; además de que atenderse meramente a lo físico es no ver más que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, que un buen carácter es tan esencial como un buen temperamento. Si se escoge una mujer viciosa, no digo que contraerá sus vicios el hijo de leche, digo sí, que se resentirá de ellos. ¿No le debe, además de la leche, solicitudes que exigen celo, paciencia, blandura y limpieza? Si es golosa y destemplada, en breve se estragará su leche; si es descuidada y colérica ¿cómo dejaremos a merced de ella a un pobre desventurado que no puede defenderse ni quejarse? Nunca, en ningún asunto, pueden ser buenos los malos para cosa buena.

Es, pues, muy importante la acertada elección de la nodriza, que no debe tener su hijo de leche otra ama que ella, como no ha de tener más preceptor que su ayo. Este era el estilo de los antiguos, menos argumentadores y más sabios que nosotros. Cuando habían dado el pecho a criaturas de su sexo, nunca las desamparaban, y por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte de las confidentas. Imposible es que un niño que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado. A cada variación hace secretas comparaciones que siempre paran en disminuir su estimación a los que le dirigen, y por consiguiente, la autoridad que sobre él tienen. Si llega una vez a persuadirse de que hay personas adultas que no tienen más razón que las criaturas, todo se ha perdido, y no queda esperanza de buena educación. No debe un niño conocer más superiores que su padre y su madre; y a falta de éstos su nodriza y su ayo, y todavía uno sobra; pero es inevitable esta partición; lo único que para remediarla puede hacerse, es que las personas de ambos sexos que le dirijan, estén de tan buen

acuerdo, que con respecto a él no sean más que uno.

Conviene que viva la nodriza con alguna más comodidad, coma manjares algo más sustanciosos, pero que no varíe enteramente de método de vida, porque una pronta y total mudanza, aun cuando sea de mal en bien, siempre es peligrosa para la salud; y puesto que su acostumbrado régimen la ha constituido o la ha mantenido sana y robusta, ¿a qué hacersele variar?

Las aldeanas comen más legumbres y menos carne que las vecinas de las ciudades; este régimen vegetal parece más propicio que contrario para ellas y las criaturas. Cuando tienen hijos de leche, de la ciudad, hacen que coman el cocido, persuadidas de que la sopa y el caldo de carne forman mejor kilo y dan más leche. No soy yo en manera alguna de este parecer, y tengo la experiencia en mi abono, la cual nos dice que los niños criados de este modo están más sujetos a cólicos y a lombrices que los demás. Esto no es extraño, puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos; lo que no sucede con la vegetal. La elaborada aunque en leche, en el cuerpo del animal, es sustancia vegetal; así lo demuestra el análisis de ella; se acceda con facilidad; y en vez de dar señas ningunas de álcali volátil, como las dan las sustancias animales, deja, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y sapa que la de las carnívoras; formándose con una sustancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza, y está menos sujeta a la putrefacción. Atten-

¹¹ Las mujeres comen pan, legumbres y lacticios, las perras y las gatas comen lo mismo, y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de las especies que no pueden alimentarse más que con carne, si hay alguna de éstas, cosa que dudo mucho.

el recién nacido

recién nacido

calidad de la leche

una nodriza

continuidad y adherencia

diendo a la cantidad, todos saben que los farináceos hacen más sangre que la carne, y también deben dar más leche. No puedo creer que un niño que no fuese destetado antes de tiempo, o que lo fuese con alimentos vegetales, y cuya nodriza sólo comiese vegetales, padeciese nunca de lombrices.

Posible es que los alimentos vegetales den una leche que más presto se avinagre, pero estoy muy lejos de mirar la leche avinagrada como alimento pernicioso; pueblos enteros que no usan otro, viven muy sanos, y todo ese aparato de absorbentes me parece mera charla. Temperamentos hay a que no conviene la leche, y en tal caso ningún absorbente. Temen algunos la leche cuajada o los requesones, y es un desatino, porque sabemos que siempre la leche se cuaja en el estómago, y así se convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar las criaturas, y a los hijuelos de los animales: si no se cuajara, no haría más que pasar, y no los alimentaría.¹² Vano es cortar la leche de mil modos, usar de mil absorbentes; todo aquel que come leche, digiere queso, y esto no tiene excepción. Tan apto es el estómago para cuajar la leche, que la cuajada se hace con estómago de recental.

Por tanto, creo que en vez de mudar el alimento común de las nodrizas, basta con que se les dé más abundante y más escogido en su género. La comida de vigilia no es cálida por la naturaleza de los alimentos; el modo de sazonalos es el que los hace perniciosos. Reforomad las reglas de nuestra cocina; no tengais fritos, ni manjares compuestos con manteca entrojicada al fuego; no arimeis a la lumbrer la sal, los lactinios ni la manteca; no

¹² Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben exprimir de manjares sólidos. Un trabajador que se alimentase sólo con caldo, muy en breve fallaría: mejor se sustentaría con leche, porque ésta se cuaja.

sazoneis vuestras legumbres cocidas en agua, hasta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de vigilia, lejos de encender la sangre de la nodriza, le dará leche abundante y de excelente calidad.¹³ ¿Sería posible que estando reconocido el régimen vegetal como mejor para la criatura, fuese para la nodriza mejor el animal? Esto es una contradicción.

En los primeros años de la vida es cuando ejerce el aire una acción particular en la constitución de los niños; penetrando por todos los poros de su blando y delicado cutis, influye poderosamente en sus nacientes cuerpos, y les deja impresiones que nunca se borran. Por eso no es mi dictamen que se saque a una nodriza de su lugar para encerrarla en un aposento de la ciudad, y hacerla criar al niño en casa de sus padres; mejor quiero que vaya a respirar el aire sano del campo que el corrompido de la ciudad, que tome el estado de su nueva madre, que viva en su pobre casa, y que le acompañe suayo. Acuérdese el lector de que no es éste un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Mas ¿si no se halla, me dirán, ese amigo, si no es fácil llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicable, qué se ha de hacer? Ya he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

No es la vocación de los hombres el vivir hacinados en hormigueros, sino desparrramados sobre las tierras que han de cultivar. Cuanto más se reúnen, más se estragan. Efecto infalible de la demasiada concurrencia, son tanto las dolencias del cuerpo, como los vicios del alma. Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada,

¹³ Los que quieran informarse más por menor de las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi y su antagonista Bianchi.

y hombres hacinados como carneros se morirán todos en poquísimo tiempo. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresión no menos exacta en sentido propio que en metafórico.

La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones percen o degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufraga a esta renovación. Enviad, pues, a vuestros hijos a que se renueven, por decirlo así, y a que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes. Se dan prisa las mujeres embarazadas que están en el campo a volver a la ciudad cuando se les acerca el parto, y deberían hacer todo lo contrario, particularmente a sus hijos; menos les costaría de lo que se piensan; en una mansión más natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las obligaciones naturales, les quitarían pronto la afición a los que se apartan de ellos.

Así que se ha acabado el parto, lavan al niño en agua tibia, por lo común mezclada con vino. La adición del vino no me parece necesaria: no produciendo la Naturaleza cosa ninguna fermentada, no es creible que para la vida de sus criaturas importe el uso de un líquido artificial. Por la misma causa tampoco me parece indispensable la precaución de calentar el agua; y efectivamente, muchos pueblos hay que sin más preparativos lavan en los ríos o en el mar a los niños recién nacidos; pero afeeminados los nuestros antes de nacer, por la mollicie de los padres, sacan ya al mundo un temperamento estragado, que al principio no conviene exponer a todas las pruebas que deben restablecerle. Solo gradualmente pueden ser restituidos a su primitivo vigor. Empecemos conformándonos al uso, y apartémonos de él a poco. Lavense con frecuencia los niños; su sucie-

dad demuestra esta precisión. Cuando no hacen más que enjugarlos, les rompen el cutis, pero al paso que tomen fuerza, disminúyase por grados el calor del agua, hasta que al fin los laven en todo tiempo con agua fría, aunque sea helada. Como para que no corran riesgo conviene que sea lenta, insensible y sucesiva esta disminución, podremos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Una vez establecido este uso del baño, no debe interrumpirse, e importa conservarle toda la vida. No sólo le considero como necesario para la limpieza y salud actual, sino también como precaución saludable para hacer más flexible el tejido de las fibras y que cedan sin riesgo ni esfuerzo a los diversos grados de calor y frío. Para esto quisiera yo que en siendo mayor el niño, se acostumbra poco a poco a bañarse en aguas calientes o frías a todos los grados tolerables; habituándose así a aguantar los varios temple del agua, que como fluido más denso nos toca por más puntos y nos impresiona más, se haría el hombre casi insensible a las variaciones del aire.

No se consienta, luego que respira el niño fuera de sus envoltorios, que le pongan otros donde se halle más comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas, que dejen todos sus miembros libres y que ni sean tan pesadas que le impidan sus movimientos, ni tan caliente que no le den sentir las impresiones del aire.¹⁴ Póngasele en una cuna espaciosa,¹⁵ bien rellena de lana, don-

¹⁴ En los pueblos grandes ahogan a los niños a puro tenerlos encerrados y abrigados. Aún no saben los que les cuidan, que lejos de hacerles mal los fortifica el aire frío, y que el caliente los debilita, les da calentura y los mata.
¹⁵ Digo una cuna, valiéndome de una voz usada, a falta de otra, porque estoy convencido de que nunca es necesario mecer a los niños, y de que esta costumbre les es perjudicial muchas veces.

de se pueda menear sin peligro y a su gusto. Cuando ya empiece a tomar fuerza, délesele que se arrastre por el aposento; desartrollando y extendiendo así sus miembros, veremos cómo se fortifican de día en día, y al compararle con un niño del mismo tiempo bien fajado, sombrará la diferencia que media entre los adelantados de ambos.¹⁶

Debemos esperar una fuerte oposición de parte de las nodrizas a quienes da menos quehacer el niño bien atado, que cuando es menester cuidar de él sin cesar. Como por otra parte la sujeción es más visible en un traje abierto, es necesario limpiarle con más frecuencia. Finalmente

¹⁶ "Por esta razón los antiguos habitadores del Perú, dejaban libres los brazos a sus hijos en una envoltura muy ancha, y cuando se la quitaban, los dejaban libres en un hoyo hecho en tierra, y guarnecido o entapizado de lienzo, en el cual los entraban hasta medio cuerpo; de este modo tenían libertad de mover los brazos y la cabeza, y de doblar el cuerpo a su antojo sin caer ni lastimarse; y cuando podían dar algún paso, les presentaban los pechos a cierta distancia, como estímulo para obligarlos a caminar. Los negritos suelen mamar en una situación mucho más incómoda, pues aprietan con sus pies y rodillas una de las caderas de la madre; se asen con sus manos al pecho, y maman constantemente sin descomponerse ni caer, no obstante los diferentes movimientos de la madre, que entre tanto no deja su trabajo ordinario. Estas criaturas, al ser fundos más empiezan a caminar, o por mejor decir, a andar a gatas, y este ejercicio les facilita después el correr en la misma postura, casi con la misma velocidad que si corriesen en dos pies." — *Historia natural del hombre*; Buffon.

A estos ejemplos hubiera podido añadir el señor conde de Buffon el de Inglaterra, donde van suprimiendo de día en día la extrayagante y bárbara costumbre de los panales y la faja.

— Véase también a La Loubere, *Voyage de Siam*; al señor Le Beau, *Voyage de la Canada*, etc. — Veinte páginas pudieran llenar de citas, si fuera necesario confirmar con hechos lo que dejo dicho.

mente, la costumbre es el argumento que en muchos países nunca se refuta a satisfacción de la plebe.

No debe disputarse con las nodrizas, que es trabajo perdido; mándeseles, véase que lo hacen, y no se omite nada para facilitar en la práctica las operaciones que se les hayan prescrito. ¿Y por qué no tomar parte en ellas? Comúnmente cuando se cria un niño, sólo a lo físico se atiende: con tal que viva y no enferme, poco importa todo lo demás; pero aquí que empieza con la vida la educación, desde que nace ya es discípula la criatura, no del ayo, si de la Naturaleza. El ayo no hace más que estudiar con este primer maestro, y estorbar que sean perdidos sus afanes. Vigila sobre la criatura, la observa, la sigue, acecha con diligencia el primer albor de su débil entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna acechan los musulmanes el momento en que nace.

Nacemos aptos para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. Ni siquiera la conciencia de su existencia propia tiene el alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos. Son los gritos del niño recién nacido, efectos puramente mecánicos, privados de inteligencia y voluntad.

Supongamos que tuviera ya el niño, cuando nace, la fuerza y la estatura de un adulto, que saliera por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Pallas del cerebro de Júpiter; sería este hombre-niño un imbecil completo, y casi insensible; nada ve, nada oye, nada sabe; nada le importa, nada le interesa, nada le preocupa, no sabría volver los ojos a lo que necesitase ver; no sólo no distinguiría objeto ninguno fuera de él, sino que tampoco referiría ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarían los colores en sus ojos; ni estarían sobre su cuerpo los oídos; no estarían sobre su cuerpo los cuervos que focase, ni sabría

siquiera que tenía uno; estaría en su cerebro el contacto de sus manos; se reunirían en un solo punto todas sus sensaciones; sólo en el sensorio común existirían; no tendría más que una idea, la del yo; a ésta referiría todas sus sensaciones; y esta idea, o mejor dicho, este modo de sentir, sería lo único en que se diferenciase de cualquier otro niño. Este hombre hormado a deshora no sabría tenerse en pie; necesitaría de mucho tiempo para aprender a guardar el equilibrio, acaso no probaría a ello, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una pena, o arrastrarse por el suelo como los perrillos ca chorros. Sentiría la desazón de las necesidades sin conocerlas ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. Aunque estuviere rodeado de alimentos, no hay comunicación ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas, que le hiciera dar un paso para arrojarse a ellos, o alargar la mano para cogernos; y como habría su cuerpo tomado ya todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendría por consiguiente la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, y pudiera muy bien morir de hambre, antes de menearse para buscar qué comer. Por poco que uno haya reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que, con corta diferencia, sea éste el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de tomar instrucción ninguna de la experiencia o de sus semejantes.

Conocemos, por tanto, o podemos conocer, el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para llegar al común grado de inteligencia humana: ¿pero quién es el que conoce el otro extremo? Según su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su celo, y las ocasiones que de abandonarse a él se presentan, se adelanta más o menos cada uno:

pero no sé que haya habido hasta ahora tan osado filósofo que dijese: "Éste es el término a donde puede llegar el hombre, y del que no puede pasar." Ignoramos lo que nos permite la Naturaleza que seamos, ninguno de nosotros ha medido la distancia que entre un hombre y otro puede mediar. ¿Dónde está el ánimo villano: que nunca inflamó esta idea, y que no ha tenido la altivez de decir alguna vez dentro de sí propio: ¡Cuántos he dejado ya atrás! ¡A cuántos puedo pasar aun! ¿Por qué ha de adelantarse a mí un igual mío?

Repito que empieza la educación del hombre desde que nace; antes de hablar y antes de oír. Ya se instruye. Precede la experiencia a las lecciones; y cuando conoce a su nodriza, ya tiene mucho adquirido. Los conocimientos del hombre más rústico nos admirarían, si siguiéramos sus progresos desde el punto que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una común de todos los hombres, y otra peculiar de los sabios, sería la última muy pequeña, comparada con la primera. Empero no atendamos a las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, antes de la edad de razón; y porque por otra parte sólo por las diferencias se nota el saber, y como en las ecuaciones algebraicas no se cuentan las cantidades comunes.

Los mismos animales adquieren mucho. Tienen sentidos y es necesario que aprendan a hacer uso de ellos; tienen necesidades y es necesario que aprendan a satisfacerlas; es necesario que aprendan a comer, a andar, a volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos que desde que nacen se tienen en pie; en sus primeros pasos se echa de ver que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Con todo se instruyen los seres animados y sensibles; y si tu-

vieran las plantas movimiento pro-
gresivo, sería necesario que tuviesen
sentidos y adquiriesen conocimientos,
sin lo cual en breve perecerían
las especies.

Las primeras sensaciones de los
niños son meramente pasivas, y sólo
distinguen en ellas placer o dolor.
No pudiendo andar ni agarrar, ne-
cesitan de mucho tiempo para for-
marse poco a poco las sensaciones
representativas que le muestran los
objetos fuera de ellos propios; pero
antes que se extiendan estos ob-
jetos, que se desvían, por decirlo así,
de sus ojos, y adquieren para ellos
figuras y dimensiones, empieza el
regreso de sensaciones pasivas a su-
jetarlos al imperio de la costumbre;
se les ve volver sin cesar los ojos
hacia la luz, y si les viene de lado,
tomar insensiblemente esta direc-
ción; por manera que es menester
tener cuidado de ponerles la cara
enfrente de la luz, para que no se
tornen bizcos, ni se acostumbren a
mirar de reojo. También es preciso
habituarlos cuanto antes a la oscu-
ridad; si no, lloran y gritan así que
no ven luz. El alimento y el sueño
viene a ser necesarios al cabo de
los mismos intervalos, y en breve
no proviene el deseo de la necesi-
dad sino del hábito, o más bien éste
añade otra necesidad a la natural;
cosa que es preciso evitar.

El único hábito que se debe dejar
que tome el niño, es el de no con-
traer ninguno, no llevarle más en
un brazo que en otro; no acostum-
brarle a presentar una mano más
que otra, a servirse más de ella, a
comer, dormir y hacer tal o tal cosa
a la misma hora, a no poder estar
solo de día ni de noche. Preparad
de antemano el reinado de su liber-
tad y el uso de sus fuerzas, dejando
el hábito natural a su cuerpo, y po-
niéndole en el estado de ser siem-
pre dueño de sí propio, y hacer en
todo su voluntad así que la tenga.
En cuanto empieza a distinguir
el niño los objetos, es importante es-

coger bien los que se le enseñen,
todo lo nuevo interesa naturalmente
al hombre. Tan débil se siente que
tiene miedo de todo cuanto no co-
noce; este miedo le disipa el hábito
de ver objetos nuevos sin recibir
daño. Los niños criados en casas
limpias donde no se consienten te-
larañas tienen miedo de las arañas,
y muchas veces le conservan cuando
mayores. Nunca he visto aldeano,
sea hombre, mujer o niño, que ten-
ga miedo de las arañas.

¿Y por qué no ha de empezar la
educación antes, que hablé y oiga,
puesto que la elección sola de los
objetos que se le presentan es capaz
de hacerle medroso o valiente?
Quiero que se habitúe a mirar nue-
vos seres, animales feo, repugnantes,
extraños, pero poco a poco y a al-
guna distancia, hasta que se acos-
tumbre a ellos, y a fuerza de ver
que otros los manejan, los maneje al
fin él también. Si ha visto sin susto
en su infancia sapos, culebras y
cangrejos, verá sin horror, cuando
sea mayor, cualquier otro animal,
porque no hay objetos horrosos
para el que los ve todos los días.

La mayoría de los niños se asus-
tan de las máscaras. Empezó en-
señando a Emilio una careta de for-
ma bonita; después uno se la pone
delante de la cara; me echo a reír,
todo el mundo se ríe, y el niño se
ríe como los demás. Poco a poco
le acostumbro con caretas más feas,
y al fin con figuras espantosas. Si
he seguido bien la graduación, le-
jos de que le asuste la última; se
reirá como de la primera; luego no
temo que le metan miedo con má-
scaras.

En el baile de Andrómaca y Hé-
ctor, cuando, asustado el niño Asti-
nacie con el penacho que tremola
en el yelmo de su padre, no le cono-
ce y se arroja dando gritos al cuello
de su nodriza, causando a su madre
una sonrisa mezclada en llanto, ¿qué
se debe hacer para quitarle el mied-
do? Justamente lo que Héctor hace;
poner el yelmo en el suelo y acarir-

ciar luego al niño. En un momento
de más sosiego no se hubiera con-
tentado con esto; le habría acerca-
do al yelmo, jugado con las plumas
y hécholas tocar al niño; hubiera
tomado, en fin, la nodriza el yelmo,
y colocándosele riendo en la cabeza,
si una mujer se hubiese atrevido a
tocar las armas de Héctor.

¿Se trata de acostumbrar a Emi-
lio al ruido de un arma de fuego?
Enciendo primero pólvora en la ca-
zoleta de una pistola, y le divierte
esta llamada instantánea y brillan-
te, esta especie de relámpago; la rei-
tero con más pólvora; poco a poco
cargo la pistola con poca pólvora y
sin taco. Luego con otra mayor car-
ga; al fin le acostumbro a oír los
escopetazos, los cohetes, los cañona-
zos y las más terribles detonaciones.

He notado que los niños rara vez
tienen miedo de las tronadas; a me-
nos que sean tremendos; los truenos
y realmente incomoden el órgano del
oído; de otra manera no temen has-
ta que saben que el rayo algunas
veces hiere o mata. Cuando empie-
za a asustarlos la razón, haced que
les dé ánimo el hábito. Con una
lenta y bien dirigida graduación, el
hombre y el niño se hacen intrépi-
dos en todo.

Al principio de la vida, que son
inactivas la imaginación y la memo-
ria, sólo está atento el niño a lo que
hace impresión en sus sentidos; y
como estas sensaciones son los pri-
meros materiales de sus conoci-
mientos, preséntárselas en orden conve-
niente; es disponer su memoria a
que un día se las exhiba en el mis-
mo orden a su entendimiento; pero
como sólo atiende a sus sensaciones,
basta primero mostrarle con distin-
ción la conexión de estas mismas
sensaciones con los objetos que las
causan. Quite el niño tocado todo,
mancharlo todo; no nos opongamos
a su inquietud, que a ella ha de
deber el más indispensable apren-
dizaje; por ella aprende a sentir el
calor, el frío, la dureza, la blandura,
el peso, la ligereza de los cuerpos;

a juzgar de su tamaño, su figura, y
todas sus cualidades sensibles, mi-
rando, palpando, escuchando, es-
pecialmente comparando la vista
con el tacto, y valuando con los ojos
la sensación que en sus dedos se
excita.

Sólo por el movimiento sabemos
que hay cosas que no son nosotros,
y sólo por nuestro propio movimien-
to adquirimos la idea de la exten-
sión. Porque no tiene el niño esta
idea, tiende indistintamente la mano
para coger el objeto pegado a él, o
el que tiene a cien pasos. El esfuer-
zo que hace nos parece señal de
imperio, orden que da al objeto de
que se acerque a él, o a nosotros de
que se lo traigamos; y nada de esto
es, sino que los mismos objetos que
al principio veía en su cerebro, y
luego pegados a sus ojos, los ve
ahora al cabo de su brazo, y no se
figura otra extensión que hasta don-
de puede alcanzar. Téngase cuidado
de pasarle con frecuencia, de lle-
varle de un sitio a otro, de hacerle
conocer la mudanza de lugar, a fin
de enseñarle a juzgar de las distan-
cias. Cuando empieza a conocerlas,
entonces es necesario mudar de mé-
todo, y llevarle como se quiera y
no como quiera él, porque así que
no le engaña el sentido, procede de
otra causa su esfuerzo; esta mudan-
za es notable y requiere explicación.

Con signos se expresa la desazón
de las necesidades, cuando es nec-
sario socorro ajeno para satisfacer-
las. De aquí los gritos de los niños:
lloran mucho, y debe ser así. Puesto
que son pasivos todas sus sensacio-
nes, cuando son agradables las dis-
frutan callados; cuando son peno-
sas, lo dicen en su lengua, y piden
alivio. Mientras que están desper-
tos, no pueden permanecer en un

El ofrtao es el sentido que más
tarde se desenvuelve en los niños; has-
ta que tienen dos o tres años, parece
que no les mueven los olores, buenos
ni malos; y en esta parte tienen la di-
ferencia o más bien la insensibilidad
que se nota en muchos animales.

Handwritten notes:
El niño se asusta de las máscaras.
El niño se asusta de las caretas.
El niño se asusta de las figuras espantosas.

estado de indiferencia: duermen o sienten dolor o gusto.

Todas nuestras lenguas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si había algún idioma natural y común de todos los hombres; sin duda que le hay, y es el que hablan los niños antes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible; la práctica de las nuestras nos la ha hecho abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos a los niños y con ellos presto la volveremos a aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy segundas; y aunque pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles, por lo que no es la significación de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Con el lenguaje de la voz se junta el de los ademanes, que no es menos energético; éstos no están en las débiles manos de los niños, sino en sus semblantes. Asombra la expresión que ya tienen estas mal formadas fisonomías; de un instante a otro varían sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como relámpagos; cada vez parece distinta cara. Tienen los másculos del rostro más movibles que los nuestros; en cambio sus ojos opacos casi nada expresan. Este debe ser el género de los signos en una edad en que sólo se sienten las necesidades corporales: en muecas consiste la expresión de las sensaciones; la de los afectos reside en las miradas.

Como la miseria y la flaqueza son el primer estado del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente sus necesidades y no las puede satisfacer; implora con gritos el socorro ajeno; si tiene mucho frío o mucho calor, llora; si tiene hambre o sed, llora; si necesita

moveirse y le dejan quieto, llora; si quiere dormir y le quitan el sueño, llora. Cuanto menos está a disposición suya su modo de ser, con más frecuencia pide que le muden. No tiene más que un idioma, porque, digámoslo así, una sola especie de incomodidad conoce; la imperfección de sus órganos no le permite distinguir la diversidad de impresiones; y todos sus males forman con respecto a él una sola impresión dolorosa.

De estos llantos que pudieran creerse tan poco dignos de nuestra atención, nace la relación primera del hombre con todo cuanto le rodea; y aquí se constituye el primer eslabón de la dilatada cadena que forma el orden social.

Cuando llora el niño padece alguna incomodidad, experimenta alguna necesidad que no puede satisfacer; examinamos, averiguamos qué necesidad es esta, damos con ella y la remediamos. Cuando no atinamos a descubrirla, o no podemos satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna; halagamos al niño para que calle; le mecemos, le arrullamos para que se duerma; si no calla, nos enojamos; le amenazamos, y algunas veces le pegamos; ¡Extrañas lecciones para los umbrales de la vida!

Nunca olvidaré haber visto a uno de estos incómodos llorones a quien pegó su nodriza; cállase al punto, y yo creí que se había intimidado. Será acaso un alma servil, decía yo entre mí, que nada sin el rigor se alcanza de ella. Me equivocaba; al desventurado le ahogaba la rabia, había perdido la respiración le vi ponerse amoratado. De allí a un instante empezaron los gritos agudos; todas las señales del resentimiento, la descepuración y el furor de esta edad, las daban sus acunios; temí que expirara en esta agitación. Aunque hubiera dudado si la comencia de la justicia y la injusticia era imatala en el pecho humano, sólo este ejemplo me lo hubiera demos-

trado. Cierta estoy de que una ascua que por acaso hubiera caído sobre una mano del niño, la hubiera sentido menos que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifiesto de hacerle daño.

Esta disposición de los niños a enfadarse, despecharse y encolerizarse, pide excesiva atención. Piensa Boerhaave que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque siendo su cabeza en proporción más abultada, y más extensa, que en los adultos el sistema nervioso, éste es más propenso a irritación. Desvíense de ellos que la mayor atención los criados que los provocan, los enfadán, los impacientan, y que son cien veces más peligrosos y más funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras las voluntades, hallen resistencia los niños, no serán iracundos ni coléricos, y se conservarán más sanos. Esta es una de las causas porque los niños de la gente pobre, más libres, más independientes, son en general menos achacosos, menos debilitados, más robustos que los que se pretende educar mejor sujetándoles sin cesar; pero siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia de obedecerlos a quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son juegos; pero si nos descuidamos, luego se convierten en órdenes; empiezan haciéndose asistir, acababan haciendo que los sirvan. De esta suerte, de su flaqueza propia, donde nace primero la conciencia de su dependencia, se origina luego la idea de imperio y dominación; pero como esta idea menos la excitan sus necesidades que nuestros servicios, ya empiezan aquí a hacerse distinguir los electos morales, cuya inmediata causa no se halla en la Naturaleza; y por tanto se ve que desde esta edad primera importa reconocer la secreta intención que ha dictado el ademan o el grito.

Cuando sin decir nada alarga con esfuerzo la mano el niño, creyendo alcanzar al objeto, porque no valía la distancia a que está, es un error suyo; pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia, pues manda al objeto que se acerque a él, o a nosotros que se lo llevemos. En el primer caso, llévesele despacio y a pasos lentos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera muestras de haberle entendido; cuanto más grite, menos debe escuchársele. Conviene acostumbrarle desde muy temprano a no mandar ni a los hombres, porque no es su amo, ni a las cosas, porque no le oyen. Por eso, cuando desea algo que ve y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca una consecuencia propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

El abate de San Pedro llamaba a los hombres, niños grandes, y recíprocamente pudieramos llamar a los niños hombres chicos. Como sentencias, tienen parte de verdad estas proposiciones; como principios, necesitan ilustrarse. Pero cuando Hobbes, calificaba al perverso de niño robusto, decía una cosa totalmente contradictoria. Toda perversidad procede de debilidad; el niño si es malo, es porque es débil; déntele fuerza, y será bueno; el que lo pudiese todo nunca haría mal. Entre todos los atributos de la divinidad omnipotente, el de la bondad es sin el que más imposible es concebirla. Todos cuantos pueblos han admitido dos principios, siempre han tenido al malo por inferior al bueno; de otro modo habrían hecho una suposición absurda. Véase más adelante la profesión de fe del presbítero saboyano.

La razón nos enseña por sí sola a conocer lo bueno y lo malo; la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro, aunque independiente de la razón, no se puede desenvolver sin ella. Antes de

La edad de razón, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno o malo; y no hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces la haya en la impresión que en nosotros hacen las acciones de otro relativas a nosotros. Un niño quiere descomponer todo cuanto ve; quiebra, hace pedazos lo que puede coger; agarra un pájaro como agarraría una piedra, y le ahoga sin saber lo que hace. ¿Por qué así? Al instante viene la filosofía a señalar como causa nuestros vicios naturales, la soberbia, el espíritu de dominación, el amor propio, la perversidad humana. La conciencia de su flaqueza, añadirá acaso, incita al niño a que haga actos de fuerza, y a que se dé a sí propio pruebas de su potencia. Pero contemplemos a aquel viejo quebrantado y achacosos, toronado por el círculo de la vida humana a la flaqueza de la infancia: no sólo permanece inmóvil y tranquilo, sino que también quiere que nada se mueva en torno suyo; le turba y desasosiega la menor mudanza, y descarta que renara una calma universal. ¿Cómo ha de producir tan distintos efectos en las dos edades una impotencia misma unida con las mismas pasiones, si no hubiera variado la causa primitiva? ¿Y dónde hallaremos esta diversidad de causas, sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo común de los dos se desenvuelve en el uno, y se extingue en el otro: uno se forma, otro se destruye; uno camina a la vida, otro a la muerte. La actividad fallaciosa se encuentra en el corazón del anciano; en el del niño es superabundante y rebosa fuera, sintiéndose, por decirlo así, con bastante vida para animar todo cuanto le rodea. No importa que haya o no haga: bástale con mudar el estado de las cosas, que toda mudanza es acción. Y si parece que tiene más inclinación a destruir, no es por malicia, es porque la acción que forma siempre es lenta, y como la que

destruye es más rápida, se aviene mejor con su viveza.

Al mismo tiempo que el autor de la Naturaleza da este principio activo a los niños, cuida de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza, para que se abandonen a él. Empero, así que miran a las personas que tienen cerca como instrumentos que pueden poner en acción, se sirven de ellos para seguir su inclinación y suplir su propia flaqueza. De este modo se toman incomedidos, tiranos, impetuosos, malos, indómitos; progresos que no proceden de un natural espíritu de dominación sino que se les infunden; pues poca experiencia hace falta para conocer cuán agradable es obrar por manos de otro. Con la edad se cobran fuerzas, y se hace uno menos inquisito, más parado, se contiene más dentro de sí propio; se pone, por decirlo así, en equilibrio el cuerpo y el alma, y ya la Naturaleza nos pide sólo el movimiento necesario para nuestra conservación. Empero no se extingue el deseo de mandar con la necesidad que le dio origen: el amor propio le excita, y le halaga el imperio que el hábito fortifica; así el antojo sucede a la necesidad, y empiezan a echar raíces las preocupaciones y la opinión.

Conocido una vez el principio, vemos con claridad el punto en que se abandona la senda de la Naturaleza: sepamos lo que se ha de hacer para no salir de ella.

Lejos de tener los niños fuerzas sobranles, ni aun tienen las suficientes para todo lo que pide la Naturaleza; por tanto hay que dejarles el uso de todas cuantas les da, y de que no pueden abusar. Primera máxima.

Es preciso ayudarlos, y suplir lo que les falta, ya sea inteligencia, ya fuerza, en todo cuanto fuere de necesidad física. Segunda máxima.

En la ayuda que se les diere, es necesario evitarse meramente a la utilidad real, sin ceder nada al antojo o deseo infundado porque los

antojos no los atormentarán cuando no se les hayan dejado adquirir, atendido que no son naturales. Tercera máxima.

Hay que estudiar con atención su lengua y signos pues como en esta edad no saben disimular, distinguiremos en sus descos lo que se debe inmediatamente a la Naturaleza, y lo que procede de la opinión. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es de dar a los niños más verdadera libertad y menos imperio, permitiéndoles que hagan más por sí propios. Y extingan menos de los demás. Acostumbrenlos así desde muy niños a regular sus descos con sus fuerzas, poco sentirán la privación de lo que no está en su mano conseguir.

Otra nueva e importantísima razón es dejar los cuerpos y los miembros de los niños enteramente libres, con sola la precaución de preservarlos del riesgo de que se caigan, y apartar de sus manos todo cuanto puede herirlos.

Indudablemente una criatura que tiene los brazos y el cuerpo sueltos, llorará menos que otra fajada y refajada en sus pañales. Como no conoce otras necesidades que las físicas, sólo llora cuando padece; esto es muy útil, porque se sabe, de fijo cuándo necesita socorro, y no debe dilatarse un instante el dársele, si es posible. Pero si no le podéis aliviar, estos queijos, sin halagarle para que calle, que vuestrós cariños no le han de sanar de su dolor; no obstante, se acordará muy bien de lo que ha de hacer para que le acarien y si sabe ocuparos una vez a su capricho, ya es vuestro amo, y todo se ha perdido.

Más libres en sus movimientos llorarán menos los niños; menos importunados con sus llantos nos afligiremos menos en hacer que callen; con menos frecuencia amenazados o mimados serán menos medrosos, menos tercos, y permanecerán mejor en su estado natural. No tanto se quiebran los niños porque los dejen

llorar, cuanto por el ansia de hacerlos callar; la prueba es que los niños más abandonados están menos expuestos a quebrarse que los otros. Muy lejos estoy de pretender que se descuiden; al contrario, conviene prevenir sus necesidades y no dejar que sus gritos nos adviertan de ellas; pero tampoco quiero que los cuidados que se tomen con ellos sean mal combinados. ¿Por qué han de dejar de llorar, así que ven que con su llanto logran tantas cosas? Insultados del aprecio que se hace de su silencio, buen cuidado tienen de no prodigarle al fin, tanto valor le dan, que no es dable pagárselo; y entoncez, al llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran, y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está atado ni achacosos, y a quien nada le falta, son llantos de hábito y obstinación; no son efecto de la Naturaleza, sino de la necesidad, que por no saber tolerar su impotencia la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño calle hoy, le excita a que mañana llorc hoy. El único medio de sanar o prevenir este hábito, es no hacer caso del llanto. Nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun las criaturas, que son, sí, tenaces en sus tentativas; pero si tenemos más constancia nosotros que terquedad ellas, se cansan y no vuelven a empezar. Así se les ahorran lágrimas y se acostumbra a no verterlas, cuando el dolor no se las causa.

En cuanto a lo demás, cuando lloran por manía o por obstinación, el mejor medio de acallarlas es distraerlas con algún objeto vistoso y agradable que haga, se olviden de que querían llorar. En esto son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado a tiempo es utilísimo; pero importa sobremancia que no penetre el niño la intención de distraerle, y que se divierta sin creer que piensan en él; sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas.

Se desistían antes de tiempo los

Más fáciles

destro

niños. La época en que deben ser destetados la indica la salida de los dientes, y ésta por lo común es lenta y dolorosa. Por un instinto maternal meite entonces el niño en la boca cuanto agarra para mascarlos, y creen que se facilita esta operación, dándole por juguete un cuerpo duro, como marfil o un diente de lobo. Lo creo una equivocación. Los cuerpos duros aplicados a las encías, lejos de ablandarlas las tornan callosas, las endurecen y preparan una ruptura más dolorosa y difícil. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los pertrillos no ejercitan sus dientes nacientes en pedernales, en hierro o en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden, y donde hace impresión el diente.

No sabemos gastar sencillez en nada, ni aun para los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todas clases: ¡cuánto atavío inútil y pernicioso! Nada de eso. Fuera los cascabeles, fuera los juguetes: unos ramitos de árbol con sus hojas y su fruta; una cabeza de adormidera en donde se oigan sonar los granos: un palo de regaliz que pueda el niño chupar y mascar, le divertirán tanto como todos esos dijes magníficos, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Es sabido que las gachas no son alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y conviene mal a nuestro estómago. La harina está menos cocida en las gachas que en el pan, y además no ha fermentado. Si absolutamente se quieren dar gachas al niño, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra hacen así una sopa muy sana y agradable, pero la nata de arroz y la panícula me parecen mejores. También el caldo de carne y la sopa son alimentos que valen poco, y han de usarse lo menos posible. Conviene que

los niños se acostumbren cuanto antes a mascar, que es el verdadero modo de facilitar la dentición y cuando empiezan a tragar, los jugos salivales, mezclados con los alimentos, favorecen la digestión. Yo les haría que mascasen primero frutas secas con cáscaras, y les daría, en vez de juguetes, mendrugos delgados y largos de pan duro, o de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A puro ablandarle en la boca se tragarían un poco; insensiblemente les nacerían los dientes, y se encontrarían destetados sin pensar en ello. Comúnmente los hijos de los labradores tienen muy robusto el estómago, y no los destetan de otra manera.

Desde que nacen los niños oyen hablar y no sólo les hablan antes que entiendan lo que les dicen, sino antes que puedan repetir las palabras que oyen. Inculco todavía su órgano se adapta con lentitud a la imitación de los sonidos que les dicen y tampoco está probado que estos sonidos hagan en su oído tan distinta impresión como en el nuestro. No me parece mal que divierta la nodriza al niño con coplas y cuentos alegres y muy variados, pero reprobó que sin cesar le atorolndre con una multitud de palabras inútiles, de las cuales sólo entienda el tono que las acompaña. Querria que las articulaciones primeras que llegaran a su oído fueran raras, fáciles, y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que expresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar en el acto al niño. La malhadada facilidad que adquirimos de contentarnos con palabras que no entendemos, empieza antes de lo que se cree: y el estudiante en el aula escucha la verbosidad de su catedrático, como en mantillas escuchaba la charla de su nodriza. Me parece que sería utilísima instrucción educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Agópanse las reflexiones en tro-

pel, si uno quiere tratar de la formación de los idiomas, y de los primeros razonamientos de los niños. Sea como quisiere, siempre aprenderán a hablar del mismo modo, y en esto todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

Primero poseen, por decirlo así, una gramática peculiar a su edad, cuya sintaxis tiene reglas más generales que la nuestra; y si la examináramos atentamente, nos asombraría la exactitud con que siguen ciertas analogías, defectuosísimas si se quiere, empero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía, o porque las rechaza el uso. Cierta día oí a un padre repetir asperamente a un hijo suyo, por que decía: *no caberemos en la sala*. Es claro que el chico seguía mejor la analogía, que nuestras gramáticas, porque si se dice *cabemos*, ¿por qué no se ha de decir *cabereamos*? Es pedantería inaguantable y trabajo superfluo ocuparse de enmendar a los niños todas estas faltas: contra el uso, de que ellos mismos se entienda con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se hallen más a gusto que con nosotros, y estemos seguros de que insensiblemente nuestro lenguaje será el dechado del suyo, sin que nunca se lo corrigamos.

Pero es un abuso mucho más importante y no menos fácil de precaver, el darse sobrada prisa a hacerlos que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí propios. Tan imprudente premura produce un efecto completamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan más tarde y con más confusión; la mucha atención que se pone en todo cuanto dicen, los dispensa de articular bien; y como apenas se dignan abrir la boca, muchos conservan toda su vida un vicio de pronunciación y un confuso hablar, que los hace casi ininteligibles.

He vivido mucho tiempo con aldeanos, y nunca he oído ceccear a

ninguno. ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso sus órganos contruidos de otro modo que los nuestros? No, pero están más bien ejercitados. Enfrente de mí ventana hay un terrado donde se reúnen a jugar los muchachos del pueblo. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuanto dicen, y apunto a veces excelentes memorias que me sirven para esta obra. Con frecuencia se engaña mi oído acerca de su edad; oigo voces de muchachos de diez años, miro y veo la estatura y el semblante de niños de tres o cuatro. No he sido yo sólo quien he hecho esta experiencia; los de la ciudad que vienen a verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error. Lo que a él da motivo es que hasta que tienen cinco o seis años los niños de las grandes poblaciones, criados en casa y en el regazo del ama, no necesitan más que gruñir entre dientes para que los entiendan. En cuanto mueven los labios, los escuchan con sumo estudio, les dictan palabras que repiten muy mal, y a fuerza de atención, estando siempre a su lado las mismas personas, adivinan más bien lo que han querido decir, que lo que han dicho.

En el campo es muy diferente. Una aldeana no está sin cesar al lado de su hijo, y éste se ve forzado a decir con mucha claridad, y en voz muy alta, lo que necesita que le entiendan. En los campos, despartramados los niños, desviados del padre, de la madre y de las demás criaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan a mucha distancia, y a medir la fuerza de la voz por el intervalo que los sépara de aquellos de quienes quieren ser oídos. De este modo aprende verdaderamente a pronunciar; no tartamudeando algunas vocales al oído de una ama atenta. Así cuando preguntan algo al hijo de un aldeano, puede que la vergüenza le quite respeto; pero lo que diga lo dirá con claridad, mientras que es necesario que el ama sirva de intérprete al

niño de la ciudad, sin lo cual no se entienda una palabra de lo que grüne entre dientes.¹⁵

Los niños cuando mayores deberían corregirse de este defecto en los colegios, y las niñas en los conventos, y efectivamente: unos y otros hablan en general con más claridad que los que se han criado en casa de sus padres. Empero lo que les impide que adquieran nunca una pronunciación tan clara como la de los aldeanos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas y recitar en alta voz lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan a pronunciar mal y con negligencia. Por eso todavía cuando recitan; buscan con esfuerzo las palabras, prolongan y arrastran las sílabas; ni es posible que cuando vacila la memoria, deje de tropezar también la lengua. Así se contraen o se conservan los vicios de pronunciación. Después veremos que Emilio no los contraherá, o a lo menos no se los deberá a las mismas causas.

Convengo en que la plebe y los lugareños incurrir en el extremo de que casi siempre hablan más alto de lo que es necesario, que pronuncian con sobrada aspereza, tienen articularciones toscas y violentas; y hacen una mala elección de términos, etc. Pero me parece este extremo mucho menos vicioso que el otro, porque como la primera ley del que habla es hacer de modo que le entiendan, no ser entendido es el

1. No es esta una excepción; con mucha frecuencia los niños que menos se habían hecho entender, así que alzan la voz, atolemandran el mundo. Pero si fuese yo a detallar todas estas mendacencias, sería nunca acabar; todo lector racional verá que derivándose el exceso y el defecto del mismo abuso, ambos los corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo yo por inseparables: *siempre lo bastante, nunca sobrado*. Establecida la primera, la segunda es su necesaria consecuencia.

Nota

mayor yerro que pueda cometer. Jactarse de no tener acento, es jactarse de quitar a las frases la gracia y energía. El acento es el alma del razonamiento, el que le da respiración y vida. Menos miente el acento que las palabras; y acaso por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de mojararse de otro, sin que lo conozca el burlesco. Al acento proscrito se han suscitado maneras de pronunciar ridículas, afectadas, sujetas a la moda, como especialmente se notan en los jóvenes cortesanos. Esta afectación de que en general sea tan repugnante y desagradable para las otras naciones la primera vista de un francés. En vez de acento en su habla, usa tonillo; y no es modo de que nadie se incline a su favor.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contrairan los niños, nada significan, y se precavan o remedian con la mayor facilidad, pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quedo o tímido, criticándolo le sin cesar el tono y deslindando todos sus vocablos, nunca se olvidan. El hombre que aprendiere a hablar sin salir de los tocadores de las señoras, mal se hará entender al frente de un batallón, y poco respicio impondrá al pueblo en un motín. Enseñad primero a los niños a que hablen con los hombres; que cuando sea necesario bien sabrán hablar con las mujeres. Criados en el campo vuestros hijos con toda la rusticidad campesina, adquirirá la voz más sonora, no contrairán el tartamudeo confuso de los niños de la ciudad, ni tampoco se les pedarán las expresiones y el tono del lugar, porque viviendo en su compañía el maestro desde su nacimiento, y más exclusivamente de día en día, con la corrección de su idioma precaverá o borrará la impresión del de los laboradores. Hablará Emi-

el "acento"

Solo lo necesario

lio su lengua con tanta corrección como yo, pero la pronunciará con más claridad y la articulará mucho mejor.

El niño que empieza a hablar sólo debe escuchar las palabras que pueda entender, y no decir más que las que pueda articular. Los esfuerzos que hace para ello le excitan a que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla con más claridad. Cuando empieza a balbucear, no nos atañemos mucho en adivinar lo que quiere decir; pretendiendo que siempre le escuchan, es una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno; bastenos darle con prontitud lo necesario; a él le toca darse a entender para pedir lo que sea. Todavía menos debemos exigir de él que hable, que bien sabrá hacerlo sin que se lo digan, así que conozca lo útil que para él es.

Cierto es que se nota en los que empiezan a hablar muy tarde que nunca lo hacen con tanta claridad como los demás; pero no se les ha quedado entorpecido el órgano por haber empezado a hablar tarde, sino por que al contrario, empiezan tarde; porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿por qué habrían de hablar más tarde que los demás? ¿Tienen acaso menos ocasiones, o les excitan menos a ello? Muy al na esta tardanza, luego que la echan de ver, es causa de que se afanan mucho más por hacerlos medio pronunciar, que a los que han articulado antes; y este mal entendido afán puede contribuir mucho a que contrairan un hablar confuso cuando con menos precipitación hubieran podido perfeccionarse más.

Los niños a quienes dan mucha prisa para que hablen no tienen tiempo de aprender a pronunciar bien, ni de concebir con exactitud lo que les hacen decir; mas cuando los dejan ir a su paso, se ejercitan primero en las sílabas de pronuncia-

ción más fácil y juntando con ellas poco a poco algunas significaciones, que por sus ademanes entendemos, antes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que antes las entiendan. Como nadie les apurra para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significación que les damos, y cuando están completamente ciertos de ella, entonces las admiten.

El más grave mal de hacer hablar a los niños antes de tiempo, no es el que las primeras conversaciones que con ellos tengamos y las palabras primeras que digan no sean para ellos de significación alguna, sino que tengan otra distinta que para nosotros, sin que lo conozcamos; de suerte que cuando al parecer nos responden con mucha exactitud, hablan sin entendernos y sin que les entendamos nosotros. Por lo común se debe a semejantes equivocos la admiración que algunas veces nos causan sus razones, porque les atribuimos ideas que no tienen. Esta falta de atención nuestra al verdadero significado que para los niños tienen las voces de que se sirven, es, a mi parecer, la causa de sus primeros errores; errores, que aun después de curados, influyen en la forma de su inteligencia toda su vida. Más de una ocasión tendré en adelante de aclarar esto con ejemplos.

Redúzcase cuanto fuere posible el vocabulario del niño, que es gravísimo inconveniente que tenga más voces que ideas. Y sepa decir más cosas de las que puede pensar. Una de las razones porque los aldeanos tienen más exacto el entendimiento que los vecinos de las ciudades, creo es porque su diccionario es menos extenso. Tienen pocas ideas, pero las comparan muy bien.

A la par se hacen todos los primeros desarrollos de la infancia; casi a un mismo tiempo aprende el niño a hablar, a comer, a andar.

Nota

Ésta es propiamente la época primera de su vida. Antes no es más de lo que era en el vientre de su madre; no tiene idea ni afecto alguno; apenas tiene sensaciones; ni aun siente su propia existencia.

Vivit, et est vitæ nescius ipse
*suae.*¹⁹

¹⁹ Vive, y no sabe él mismo si está en vida.

OVID. *Trist.* lib. 3.

LIBRO CUARTO

¡Con qué velocidad pasamos por ésta Tierra! Antes que conozcamos el uso de la vida, ya es ido el primer cuarto: el cuarto postrero huye cuando hemos cesado de disfrutarla. Primero no sabemos vivir; en breve ya no podemos; y del intervalo que separa estos dos extremos inútiles, los tres cuartos del tiempo restantes se los llevan el sueño, la fatiga, el dolor, la sujeción, todo género de penalidades. La vida es corta, no tanto por lo poco que dura, cuanto porque de eso poco apenas hay rato que gozemos de ella. Vano es que la hora de la muerte esté distante del punto del nacimiento; sobrado breve será la vida, si no se llena bien este espacio.

Dos veces, por decirlo así, nacemos; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. Sin duda yerran los que miran a la mujer como un hombre imperfecto; la analogía exterior milita en favor de ellos. Hasta la edad núbil no descubren las criaturas de ambos sexos apariencia ninguna que las distinga; el mismo semblante, la misma figura, el mismo color, en todo son iguales: criaturas son los chicos, y criaturas las chicas; un mismo nombre califica seres tan semejantes. Los varones a quienes estorban el ulterior desarrollo del sexo, toda su vida conservan esta conformidad, y siempre son criaturas adultas; y las mujeres, que no la pierden, parece que bajo muchos aspectos nunca sean otra cosa.

Sin embargo, en general no está destinado el hombre a permanecer siempre en la niñez, pues sale de ella en la época que ha prescrito la Naturaleza, y aunque bien fugaz

este instante crítico, su influjo se extiende muy adelante.

Como antecede de lejos a la tormenta el bramido de la mar, así anuncia esta tempestuosa revolución el murmullo de las nacientes pasiones, y una sorda fermentación avisa que se acerca el peligro. Mudanza de genio, frecuentes enfados, agitación continua de ánimo tornan casi indisciplinable al niño; sordo ahora a la voz que oía con docilidad, es el león con la calentura; desconoce a quien le guía, y no quiere ya ser gobernado.

Con los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su exterior. Desenvuélvese su fisonomía, y se imprime en ella su sello característico; pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo sus mejillas: muda su voz, o más bien la pierde; no es niño, ni hombre, y no puede tomar el habla de uno ni de otro. Sus ojos, los órganos del alma, que hasta ahora nada decían, hallan su expresión y su lengua; animalos un ardor naciente; todavía reina la santa inocencia en sus vivas miradas, empero ya han perdido su primera sencillez: y advierte que pueden decir mucho; empieza a saber bajarlas y a sonrojarse; se hace sensible antes de saber lo que siente, y está inquieto sin motivo para estarlo. Despacio puede todo esto venir, y dejarte tiempo todavía; pero si es sobrado impaciente su viveza, si se convierte en furia su arrebató, si de un instante a otro se enternece y se irrita, si vierte llanto sin causa, si, cuando se arrima a los objetos que empiezan a serle peligrosos, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si

se estremece cuando la mano de una mujer toca su mano, si ante ella se turba y se intimida; Ulises, cuando Ulises, mira por ti; abiertas están las odres que con tanto afán guardabas cerradas; sueltos están ya los vientos; no abandones un punto el timón, o todo se ha perdido.

Este es el segundo nacimiento de que he hablado: aquí nace de verdad el hombre a la vida, y nada humano es ajeno de él. Hasta aquí nuestros afanes no han sido otra cosa que juegos de niños; ahora es cuando adquieren verdadera importancia. Esta época, en que se concluyen las educaciones ordinarias, es propiamente aquella en que ha de empezar la nuestra; mas para exponer bien este nuevo plan, tomemos desde antes el estado de las cosas que tienen relación con él.

Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación: luego tan vana como ridícula empresa es intentar destruir las, que es censurar la Naturaleza, y querer reformar la obra de Dios. Si dijera Dios al hombre que antiquitase las pasiones que le da, querría Dios y no querría, y se contradeciría a sí propio. Nunca dictó tan desatinado precepto, no hay escrita semejante cosa en el corazón humano; y lo que quiere Dios que haga un hombre, no hace que otro hombre se lo diga; se lo dice él mismo, y lo escribe en lo íntimo de su corazón.

Al que quisiera estorbar que naciesen las pasiones, casi por tan loco le tendría yo como al que quisiese aniquilarlas; y ciertamente me habrían entendido muy mal los que creyesen que semejante proyecto hubiera sido el mío hasta aquí.

sin cesar se enriquece con nuevas aguas, y en que apenas se encontrarian algunas gotas de las suyas primitivas. Nuestras pasiones naturales son muy ceñidas; instrumentos de nuestra libertad, y que conspíran a nuestra conservación: todas cuantas nos esclavizan y nos destruyen, no nos las da la Naturaleza, nos las apropiamos nosotros en detrimento suyo.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y principio de todas las demás, la única que nace con el hombre, y mientras vive nunca le abandona, es el amor de sí mismo: función primitiva, innata, anterior a cualquiera otra, cuyas modificaciones en cierto sentido son todas las demás; y en éste son todas, si que de remos, naturales. Pero la mayor parte de estas modificaciones, tienen causas extrañas, sin las cuales nunca existirían; y estas modificaciones, lejos de sernos provechosas, nos son perjudiciales, pues mudan su primer objeto, y pugnan con su principio: entonces se encuentra el hombre fuera de la Naturaleza y se pone en contradicción consigo mismo.

Siempre es bueno el amor de sí mismo, pero conforme al orden. Encargado con especialidad cada uno de su propia conservación, su más importante y primera solicitud debe ser el velar sobre ella continuamente: ¿y cómo ha de estar siempre en vela, si no le mueve el más vivo interés?

Por tanto, es preciso que nos amemos para conservarnos, y que nos amemos más que todas las cosas: por consecuencia inmediata de este mismo afecto, amamos lo que nos conserva. Todo niño se aficiona a su nodriza: Rómulo se debió aficionar a la loba que le daba el pecho. Esta afición es al principio meramente maquinal. A todo individuo le atrae lo que favorece su bienestar, y le repele lo que le perjudica: esto no es más que un ciego instinto. Lo que trasforma en afecto este instinto, en amor la afición, la aver-

sión en odio, es la intención manifiesta de perjudicarnos o sernos útil. Nadie se apasiona por los seres insensibles que siguen el impulso que les han dado; pero aquellos de quienes esperamos daño o beneficio en fuerza de su disposición interna, de su voluntad, los que vemos que libremente obran en nuestro favor o en contra nuestra, nos inspiran afectos análogos a los que nos manifiestan. Buscamos lo que nos sirve, pero amamos lo que nos quiere servir; huímos lo que nos perjudica, pero aborrecemos lo que quiere hacernos mal.

El primer afecto de un niño es amarse a sí propio; y el segundo, que del primero se deriva, amar a los que le rodean; porque en el estado de flaqueza en que se halla, sólo conoce las personas por la asistencia y las atenciones que recibe. Primero la afición que tiene a su nodriza y a su niñera no es más que hábito: las busca porque las necesita, y porque se encuentra bien con ellas; es más egoísmo en él que benevolencia. Mucho tiempo es necesario para que comprenda que no sólo le son útiles, sino que quieren serlo, y entonces es cuando empieza a quererlas.

Por tanto, un niño es naturalmente inclinado a la benevolencia, porque ve que todo cuanto a él se acerca tiene propensión a asistirle. Y de esta observación saca el hábito de un afecto propio a su especie; pero al paso que explaya sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas o pasivas, se despierta el afecto de sus relaciones con otro, y produce el de las obligaciones y preferencias. Tómase entonces el niño imperioso, celoso, engañador y vengativo. Si le obligan a que obedezca, como no ve para qué sirve lo que le mandan, lo atribuye a anhelo, a intención de atormentarle, y se enfurece. Si le obedecen a él, así que algo se le resiste, lo mira como una rebeldía, como una determinación de hacerle mal: aporrea la silla

o la mesa, porque le ha desobedecido. El amor de sí mismo, que sólo a nosotros se refiere, está contento cuando se hallan satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio que se compara, nunca está contento ni puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto a los demás, también exige que nos prefieran los demás a ellos; cosa que no es posible. De este modo nacen del amor de sí las pasiones caprichosas y blandas, y del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que hace al hombre esencialmente bueno, es tener pocas necesidades, y compararse poco con los demás; y esencialmente malo, el tener muchas necesidades y adherirse mucho a la opinión. Fácil es ver por este principio cómo se pueden encaminar a lo bueno o a lo malo todas las pasiones de los niños y los hombres. Verdad es que no pudiendo siempre vivir solos, con dificultad vivirán siempre buenos, y que necesariamente crecerá esta dificultad aumentándose sus relaciones: y en esto, particularmente los riesgos de la sociedad nos hacen más indispensables la diligencia y el arte para precaver en el corazón humano la depravación que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio que conviene al hombre es el de sus relaciones. Mientras que sólo se conoce por su ser físico, se debe estudiar en sus relaciones; con las cosas, que es el empleo de su niñez; cuando empieza a sentir su ser moral, se debe estudiar en sus relaciones con los hombres, que es el empleo de toda su vida, comenzando desde el instante a que hemos llegado.

Luego que necesita el hombre una compañera, ya no es un ser aislado, ni está solo su corazón. Con esta nacen todas sus relaciones con su especie, y todas las afecciones de su alma; y en breve su pasión primera hace que fermenten todas las demás. La inclinación del instinto es indeterminada: un sexo es atraído ha-

cia otro; éste es el movimiento de la Naturaleza. La elección, las preferencias, el cariño personal, son producto de las luces, las preocupaciones y el hábito: es menester conocimientos y tiempo para hacernos aptos para el amor; sólo después de juzgar amamos, y no preferimos hasta haber comparado. Formanse estos juicios sin que pensemos en ello, mas no por eso son menos reales. Digan lo que quieran, siempre honrarán los hombres el amor verdadero; porque, si bien nos descarrían sus arrebatos, y no excluye del pecho que le siente cuando apreciables, sin las cuales no fuera el amante capaz de serlo. Esta elección que dicen ser opuesta a la razón, proviene de ella. Al amor le pintan ciego, porque tiene ojos más lince que los nuestros, y ve relaciones que no podemos distinguir. Toda mujer sería igualmente buena para quien no tuviese idea ninguna del mérito ni la belleza, y la más próxima sería siempre la más amable. Tan lejos está de que venga el amor de la Naturaleza, que es el freno y la regla de sus inclinaciones: por él, fuera del objeto amado, nada es un sexo con respecto al otro.

La preferencia que uno da, quiere alcanzarla; el amor debe ser mutuo. Para ser amado, es preciso hacerse amable; para ser preferido, es preciso hacerse más amable que ningún otro, al menos a los ojos del objeto amado. De aquí la primera contemplación de sus semejantes; las primeras comparaciones con ellos; la emulación, las rivalidades; los celos. Lleno el pecho de un afecto que rebosa, anhela por verse fuera; en breve de la necesidad de una dama nace la de un amigo. El que siente cuán suave es ser amado, quisiera que todo el mundo le amara; y cuando todos aspiran a preferencias, no puede menos de haber muchos mal satisfechos. Con el amor y la amistad nacen las discusiones, los

odios y las maldades. Sobre tantas pasiones diversas, veo que se erige la opinión un trono incontrastable, y que los estúpidos mortales, siervos de su imperio, fundan su propia existencia en ajenos juicios.

Ensanchad estas ideas, y vereis donde proviene a nuestro amor propio la forma que le es natural; y cómo cesando de ser un afecto absoluto, el amor de sí mismo, se convierte en alíveo en los ánimos fuertes, en vanidad en los apocados, y en todos se alimenta a costa del prójimo. No teniendo germen esta especie de pasiones en el corazón de los niños, no pueden brotar por sí solas; nosotros somos los que las plantamos, y nunca echan en ellos raíces, como no sea por nuestra culpa. Mas no sucede lo mismo en el corazón del mancebo; hágase lo que se quiere en él. Así que es tiempo de variar de método.

Empecemos con algunas importantes reflexiones acerca del estado de que aquí se trata. No ha deteminado de tal modo la Naturaleza el tránsito de la infancia a la pubertad que en los individuos no varíe según los temperamentos, y en los pueblos según los climas. Saben todos las diferencias que en esta parte se observan en los países fríos y en los cálidos, y ve cada uno que se forman los temperamentos ardientes antes que los demás; pero es fácil engañarse acerca de las causas, atribuyendo con frecuencia a lo físico lo que se debe imputar a lo moral; que es uno de los más frecuentes abusos de la filosofía de nuestro siglo. Lentas y tardías son las instrucciones de la Naturaleza; las de los hombres casi siempre prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos, y les da una precoz actividad, que no puede menos de enervar y debilitar primero a los individuos, y más tarde a la especie. Más cierta y más general observación que la de la eficacia de los climas, es que

siempre es más temprana la pubertad y la potencia del sexo en los pueblos insitridos y cultos que en los ignorantes y bárbaros. Tienen los niños una rara sagacidad para penetrar por medio de los melindrosos adornos de la decencia las malas costumbres que encubren. El apurado estilo que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo misterioso que afectan correr ante sus ojos, son cebos que incitan su curiosidad. Por el modo como obran con ellos, es claro que lo que fingien ocultarles, eso quieren que aprendan; y de todas cuantas instrucciones les dan, ésta es la que más les aprovecha.

Consultad la experiencia, y vereis hasta qué punto acelera este desatado método la obra de la Naturaleza, y estraga el temperamento. Esta es una de las causas principales de que degeneren las castas en las ciudades. Exhaustos muy en breve los jóvenes, se quedan pequeños.

"En las ciudades, dice Buffon, y entre la gente rica acostumbra a alimentos abundantes y suculentos. Llegan los niños antes a este estado; en el campo y entre la gente pobre, son más tardíos, porque se alimentan poco y mal; necesitan dos o tres años más. (Hist. natural del hombre.) Admito la observación, mas no la aplicación, puesto que en los países donde los aldeanos comen mucho y viven muy bien, como en el Valois y en ciertos parajes montuosos de Italia, por ejemplo el Friuli, es también más tardía que en los pueblos grandes la edad de pubertad, aunque en éstos, por contentar la vanidad, muchas veces comen muy escasamente, y por comprar una gala, no comen lo suficiente. Asombra en estas montañas el ver muchachos grandes, fuertes como hombres, que todavía tienen aguda la voz y sin bozo la cara, y muchachas altas, muy bien formadas, que no dan señal ninguna periódica de su sexo: diferencia que a mí ver únicamente proviene de que con la sencillez de sus costumbres, quedándose más tiempo serena y tranquila su imaginación, pone más tarde su sangre en fermentación, y hace menos precoz su temperamento.

endebles, mal formados, envejecen en vez de crecer, como destallece y muere antes del otoño la vida que forzarón a dar fruto en la primavera.

Es preciso haber vivido en pueblos rudos y sencillos, para saber hasta qué edad puede una venturosa ignorancia dilatar la inocencia de los niños. Un espectáculo que causa risa y ternura es ver ambos sexos entregados a la confianza de su corazón, en la flor de la edad y la hermosura prolongar los cándidos juegos de la niñez. Y con su familiaridad misma manifestar lo puro de sus deleites. Finalmente, cuando llega a casarse esta amable mocedad, ambos esposos, que mutuamente se entregan las primicias de su persona, se quieren más uno a otro; y una porción de hijos sanos y robustos son prenda de una unión que nada puede alterar, y fruto de la cordura de sus primeros años.

Si no menos por efecto de la educación que por la acción de la Naturaleza varía la edad en que adquiere el hombre la conciencia de su sexo, de aquí se infiere que puede acelerarse y retardarse esta edad según el modo con que los niños se educuen; y si gana o pierde consistencia el cuerpo a proporción que se retarda o se acelera este progreso, también se comprende que cuanto más nos apliquemos a retardarle, más fuerza y vigor adquirirá un mozo. Todavía no hablo más que de los efectos meramente físicos; en breve veremos que los resultados no se ciñen a éstos.

Saco de estas reflexiones la solución de si conviene dar luz a los niños desde temprano acerca de los objetos de su curiosidad, o si vale más alucinarlos con modestos errores. Pienso que no conviene ni uno ni otro. En primer lugar, no les ocurre esta curiosidad sin haber dado motivo a ella; por tanto, se ha de hacer de manera que no les venga a la idea. En segundo, cuestiones que no está uno forzado a resolver,

no exigen que engañemos al que no las propone: más vale imponerle silencio que responderle con una mentira. Poco extrañará esta ley, si hemos tenido cuidado de sujetarle a ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si nos resolvemos a responderle, sea con la mayor sencillez, sin misterio, sin empacho, y sin sonrisa. Mucho menos peligroso es satisfacer la curiosidad del niño, que incitarla.

Sean siempre graves, cortas, resolutivas vuestras respuestas, y no parezca nunca que vaciláis. No es necesario añadir que han de ser verdaderas: es imposible enseñar a los niños el riesgo de que mientan a los hombres, sin que sientan los hombres el riesgo más grave de mentir a los niños. Una sola mentira del maestro que él descubra, dio para siempre al traste con todo el fruto de la educación.

En ciertas materias lo que más convendría a los niños fuera una absoluta ignorancia, pero sepan muy temprano lo que no es posible escondérselos siempre. Menester es que no se despierte de maneta alguna su curiosidad: o que se la satisfagan antes de la edad en que no carece de peligro. En esta parte pende mucho vuestra conducta con vuestro alumno, de su particular situación, de las sociedades que frecuenta, de las circunstancias en que preveais que podrá hallarse, etc. Aquí importa no dejar nada a la casualidad; y si no estais cierto de lograr que hasta los diez y seis años no sepa la diferencia de los sexos, enseñádsela antes que cumpla los diez.

No me gusta que afecten con los niños un estilo muy apurado, ni que se hagan largos circunloquios, que conozcan ellos, por no querer llamar las cosas con su verdadero nombre. En estas materias las buenas costumbres siempre tienen mucha sencillez; empero mancillada la imaginación con el vicio, torna delicado el oído, y fuerza a que se aclare sin cesar la expresión. Los términos los

cos no tienen malas consecuencias; lo que hemos de huir son las ideas lascivas.

Aunque el pudor sea innato al linaje humano, naturalmente no le conocen los niños. Con el conocimiento del mal nace el pudor: ¿y cómo han de tener un afecto que se origina de aquí, si no tienen ni deben tener este conocimiento? Darles lecciones de pudor y honestidad, es enseñarles que hay cosas torpes y deshonestas e inspirarles secreto deseo de saberlas. Tarde o temprano se salen con ello, y la primera chispa que prende la imaginación, infaliblemente acelera el incendio de los sentidos. Quien se sonroja ya es culpado, pues la inocencia verdadera de nada se avergüenza.

Los niños no tienen los mismos deseos que los hombres; pero expuestos, como ellos, a la santidad que repugna a los sentidos, las mismas lecciones de bien parecer. Seguid el espíritu de la Naturaleza, que colocando en el mismo lugar los órganos de los secretos deleites y de las asquerosas necesidades, nos inspirará las mismas atenciones en edades distintas, aquí por una idea, allá por otra; por la modestia al hombre; al niño por la limpieza.

Sólo un medio eficaz veo para que conserven los niños su inocencia; y es que todos cuantos les rodean la amen y respeten, sin lo cual todo el recato que con ellos procuran usar, tarde o temprano se desmiente; una sonrisa, un guiño de ojos, un ademán que se escape, les dicen cuanto se esforzaban en callarles; pues les basta, para saberlo, ver que han querido esconderse. La delicadeza de expresiones y circunloquios que usan entre sí las personas cultas, como suponen lúces que no deben tener los niños, es con ellos del todo impertinente; mas cuando honramos de veras su sencillez, con facilidad tomamos con ellos los términos que les convienen. Hay cierto candor de conversacion que sienta bien y place a la inocencia; y éste es el verdadero estilo que debía al niño de una pedregrosa curiosidad. Hablándole de todo con sencillez, no le dejamos sospechar que algo más quede por decirle. Juntado con las palabras torpes las ideas desagradables que anuncian, se ahoga el primer fuego de la imaginación: no le vedamos que pronuncie estas palabras, ni que tenga estas ideas; pero sin que él lo piense, le infundimos repugnancia a que las recuerde. ¡Y de cuántos atoladeros saca esta libertad candida a los que, tomándola en su propio corazón, siempre dicen lo que conviene, y lo dicen siempre como lo sienten!

¿Cómo se paren los niños? Cuestion peligrosa que naturalmente ocurre a los muchachos, y cuya discreta o necia respuesta decide alguna vez de sus costumbres y salud, para toda su vida. El modo más corto que imagina una madre para zafarse de ella sin engañar a su hijo, consiste en hacerle callar. Eso estaría bien, si de antemano le hubieran acostumbrado a ello en las preguntas indiferentes, y no sospechara que había misterio en este nuevo estilo. Pero rara vez se ciñe la madre a eso. *Ése es secreto de las personas casadas*, le dirá: *los chicos no han de ser tan curiosos*. Muy bueno es eso para que salga la madre del paso: mas sepa que en revancha de esta especie de burla, no cesará el niño de indagar hasta saber el secreto de las personas casadas, y no tardará en aprenderle.

Permítanme referir una respuesta muy distinta que oí dar a la misma pregunta, y que me chocó más por que salió de boca de una mujer tan modesta en sus razones como en sus modales, pero que cuando era necesario sabía hollar a sus plantas en beneficio de su hijo y en observo de la virtud, el infundado temor del que dirán, y los fútiles donaires de los juglares. No hacía mucho tiempo que había arrojado el

niño con los orines una piedrecilla que le despedazó la uretra; pero se le había olvidado el pasado mal. *Mamá*, dijo, *¿cómo se paren los niños?* *Hijo mío*, respondió sin titubear la madre, *las mujeres los mean con dolores que a veces les cuestan la vida*. Ríase los locos, escandalice los necios; pero averigüen los sabios si hallarán respuesta más prudente y que con más acierto se encamine al fin.

La idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta de su imaginación la de una operación misteriosa; y las ideas accesorias de muerte y dolor envuelven aquella en un velo de tristeza que amortigua la imaginación y enfrena la curiosidad: el espíritu se ocupa todo en las consecuencias del parto, y no en sus causas. Las dolencias de la Naturaleza humana, objetos de asco, imágenes de sufrimiento, son las aclaraciones a que conduce esta respuesta, si la repugnancia que inspira, deja que el niño la pregunte. ¿Por dónde abrirán puerta a la inquietud de nacientes deseos diálogos dirigidos de esta manera? Bien veis, no obstante, que no se ha alterado la verdad, ni ha sido necesario engañar al alumno en vez de instruirle.

Vuestros niños leen, y en sus lecturas adquieren conocimientos que, si no leyeran, no tendrían. Si estudian, se inflama y aguzza la imaginación con el silencio del gabinete. Si viven en el mundo, oyen una extravagante jerigonza, ven ejemplos que les hacen eco: tanto les han persuadido que eran hombres, que todo cuanto hacen los hombres, luego averigüen cómo a ellos pudiera convertirse; menester es que les sirvan de pauta las acciones ajenas, pues que les sirven de ley los ajenos juicios. Los criados que de ellos pendan, les halagan a costa de las buenas costumbres; nodrizas chistosas les dicen, cuando tienen sólo cuatro años, dichos que la más descarada no se atrevería a pronunciar delante de ellos, si tuvieran quince. En

breve olvidan ellas lo que dijeron, pero ellos no olvidan lo que oyeron. Las conversaciones indecentes disponen a las costumbres de un hombre relajado: el lacayo bribón hace al niño disoluto; y el secreto del uno, sirve de fianza al del otro.

El niño educado conforme a su edad está solo: no conoce otras afecciones que las del hábito; a su hermana la quiere como a su madre, y como a su perro a su amigo. No siente que es de sexo ninguno, de ninguna especie: igualmente extraños son para él el hombre y la mujer: nada de cuanto dicen o hacen lo refiere él a sí propio; no lo ve ni lo oye, o no pone en ello atención ninguna, ni le interesan sus ejemplos: ni sus razonamientos: nada de esto hace impresión en él. Por este método no le inculca un artificioso error, déjole si en la ignorancia de la Naturaleza. Llega tiempo en que cuida la misma Naturaleza de dar luces a su alumno, y ya entonces le ha puesto en estado de aprovecharse sin riesgo de las lecciones que le da. Éste es el principio: no es del caso circunstanciar las reglas, y pueden servir de ejemplo los medios que he propuesto con motivo de otros objetos.

¿Queréis establecer orden y regularidad en las pasiones nacientes? Ensanched el espacio durante el cual se desenvuelven, para que tengan tiempo de irse colocando a medida que van naciendo. Entonces no las coordinas el hombre, sino la Naturaleza; y vuestra tarea se cibe a dejarla que ponga en orden su trabajo. Si estuviera solo vuestro alumno, nada tendríais que hacer; pero todo cuanto le rodea inflama su imaginación. Arrástrale el torrente de las preocupaciones, y para retenerle es fuerza empujarle en sentido contrario, que el sentimiento refrene la imaginación, y que la razón ponga silencio a la opinión de los hombres. La sensibilidad es el manantial de todas las pasiones, y la imaginación determina su corriente. To-

do ser que siente sus relaciones debe comoverse cuando éstas se alteran, y cuando imagina cree imaginar otras que más se adaptan a su naturaleza. Los errores de la imaginación transforman en vicios todas las pasiones de los seres limitados, hasta las de los ángeles, si los hay, pues para que supiesen qué relaciones se adaptan mejor a su naturaleza, fuera preciso que conociesen la de todos los seres.

Por tanto, todo el compendio de la humana sabiduría con respecto a las pasiones, se cifra: 1º en conocer las verdaderas relaciones del hombre, tanto en la especie como en el individuo; 2º en coordinar, conforme a estas relaciones, todos los afectos del alma.

¿Pero es árbitro el hombre de coordinar sus afectos según tales o cuales relaciones? No cabe duda, como pueda dirigir su imaginación a tal o cual objeto, o de darle tal o cual hábito. Además: no tanto tratamos aquí de lo que un hombre puede hacer en sí mismo, cuanto de lo que podemos hacer con nuestro alumno, eligiendo las circunstancias en que le hayamos de colocar. Explicar los medios a propósito para mantenerle en el orden de la Naturaleza, es decir de qué modo puede salir de él.

Mientras que permanece su sensibilidad cenida a su individuo, no hay cosa alguna moral en sus acciones: sólo cuando se comienzan a exhibir fuera de él, toma, primero los afectos, y luego las nociones del bien y el mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Así que desde luego es preciso parar en este primer punto nuestras observaciones. Estas son dificultosas, porque para hacerlas es menester desearchar los ejemplos que a la vista tenemos, e indagar aquellos en que se efectúan, conforme al orden de la Naturaleza, los desarrollos sucesivos.

Un niño amoldado, culto, civilizado, que sólo espera la potencia

Para poner en práctica las instrucciones que ha recibido, nunca se engaña acerca del instante en que le viene esta potencia. En vez de aguardarla, la acelera; excita en su sangre una precóz fermentación; mucho antes de sentir deseos, sabe cuál debe ser el objeto de ellos. La Naturaleza no le excita, sino que él la fuerza; nada tiene aquélla que enseñarle cuando le hace hombre, que ya lo era por el pensamiento mucho antes de serlo en realidad.

Más lentos y más graduales son los pasos de la Naturaleza. Poco a poco se inflama la sangre, se elaboran los espíritus, y se forma el temperamento. El sabio artífice, que dirige la fábrica, está atento a perfeccionar todos sus instrumentos antes de ponerlos en acción; antecede a los primeros deseos una larga inquietud, los alucina una larga ignorancia, y desea uno sin saber qué. Agítase y fermenta la sangre; procura brotar fuera cierta superabundancia de vida. Amánanse los ojos y recorren los demás seres; empieza el mancebo a interesarse por aquellos que tiene cerca y a sentir que no fue formado para vivir solo: así se abre el corazón a los afectos humanos, y se hace capaz de cariño.

El primer afecto de que es capaz un joven criado con esmero, no es el amor, es la amistad. El primer acto de su naciente imaginación es manifestarle que tiene semejantes, y antes que el sexo le mueve la especie, ésta es otra utilidad que se saca de prolongar la inocencia; apróvechase de la naciente sensibilidad para sembrar en el corazón del manantial de las primeras semillas de la humanidad. Beneficio tanto más precioso, cuanto éste es el único tiempo de la vida en que pueden las mismas solicitudes coger ópinos frutos.

Siempre he visto que los manebos estragados desde temprano, y abandonados a las mujeres y a la disolución, eran inhumanos y crueles; hacíalos impacientes, vengativos y furiosos la fogosidad de su

temperamento: llena su imaginación de un objeto solo, se negaba a todo lo demás; no conocían compasión ni misericordia, y al menor de sus detalles hubieran sacrificado padre, madre, y el universo entero. Por el contrario, al mozo educado con una feliz sencillez, le incitan los primeros movimientos de la Naturaleza a compasivo corazón se comueve con las penas de sus semejantes; se estremece de placer cuando vuelve a ver a su camarada; saben sus brazos estrecharse en lazos de cariño, y sus ojos verter lágrimas de ternura; si desagrada, siente vergüenza, si ofende, descensuelo. Si le hace vivo, arrebatado, iracundo una sangre que se inflama, descubre, pasado un instante, toda la bondad de su corazón en la elusión de su arrepentimiento; llora, gime por la herida que ha hecho; a precio de su sangre que haría rescatar la que ha vertido; apágase todo su arrebató; y toda su altivez se humilla ante la conciencia de su yerro. ¿Ha sido él el ofendido? En la vehemencia de su enojo, una disculpa, una palabra, le desarma: perdona los agravios ajenos con tan buena voluntad como resarcir los suyos. No es la adolescencia la edad de la venganza ni de la enemistad, sino la de la comiseración, la clemencia y la generosidad. Si, lo sostengo y no temo que me desmienta la experiencia: un niño que no es de mala índole, y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, a esta edad es el más generoso, el mejor, el más amante, y el más amable de los hombres. Nunca os dijeron tal cosa: bien lo creo: educados vuestros filósofos en toda la corrupción de los colegios, están muy distantes de saber eso.

La flaqueza del hombre es la que le hace sociable: nuestras comunes miserias son las que excitan nuestros corazones a la humanidad: nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo cariño es señal de insu-

fiencia: si no tuviera cada uno de nosotros necesidad de los demás, nunca pensaría en unirse con ellos. Así de nuestra misma enfermedad nace nuestra dicha frágil. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario: Dios sólo disfruta de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros se forma idea de ella? Si un ser imperfecto se pudiera bastar a sí propio, ¿de qué, según nosotros, disfrutaría? Estaría solo, y sería miserable: No concibo que el que nada necesita pueda amar algo, ni que el que nada ama pueda ser feliz.

De aquí se sigue que nos aficionamos a nuestros semejantes, no tanto por el sentimiento de sus contentos, cuanto por el de sus penas; porque en estas vemos mejor la identidad de nuestra naturaleza, y la fianza del cariño que nos tienen. Si nos unen por interés nuestras necesidades, comunes, por afecto nos unen nuestras miserias comunes. Me nos amor que envidia inspira a los demás la presencia de un hombre feliz; con gusto le echaríamos en cara que usurpa un derecho que no tiene, gozando de una felicidad exclusiva: nuestro amor propio también padece, haciéndonos ver que este hombre no necesita de nosotros. Empero, ¿quién no se compadecce del desgraciado que ve sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males, si sólo un deseo bastara para ello? La imaginación, más nos hace poner en lugar del miserable que del hombre feliz, y sentimos que el primero de estos estados nos atañe más de cerca que el último. Dulce es la piedad, porque sustituyéndonos al que padece, sentimos, no obstante, la satisfacción de no padecer como él; y amarga la envidia, porque la presencia de un hombre feliz, lejos de subrogar al envidioso en su lugar, le causa el desconuelo de no verse en él. El uno parece que nos exime de los males que sufre, y el otro que nos priva de los bienes que disfruta.

Por lo tanto, si queréis excitar y

mantener en el pecho de un mozo los primeros movimientos de la naciente sensibilidad, y enderezar su carácter hacia la beneficencia y la bondad, no hagáis brotar en él, con la engañosa imagen de la felicidad humana, la soberbia, la vanidad, la envidia: no expongáis a sus ojos la pompa de las cortes, el fausto de los palacios, los atractivos del teatro; no le lleveis a las tertulias y las brillantes asambleas; no le hagáis ver lo exterior de la alta sociedad hasta que le apreciéis por sí propio. Enseñarle el mundo antes que conozca a los hombres, es estragarle y no formarle, engañarle y no instruirle.

Los hombres no son naturalmente ni reyes, ni potentados, ni corteses, ni ricos: todos nacieron pobres y desnudos, sujetos todos a las miserias de la vida, a los pesares, a los males, a las necesidades, a toda especie de duelos; condenados, en fin, a muerte. Esto sí que es propio del hombre; de ello no está exento ningún mortal. Así, empezad estudiando en la naturaleza humana lo que de ella es más inseparable, lo que mejor constituye la humanidad.

A los diez y seis años sabe el manco qué es sufrir, porque ya ha sufrido; mas apenas sabe que también sufren otros seres, pues verlos sin sentirlo no es saberlo; y como cien veces he dicho, el niño que no imagina lo que sienten los demás, no conoce otros males que los suyos propios. Mas cuando el primer desarrollo inflama su imaginación, empieza a sentirse en sus semejantes, a moverse con sus querrelas, a padecer con sus duelos. Entonces la triste pintura de la humanidad doliente, debe excitar en su pecho la ternura primera que haya experimentado.

Si no es fácil notar este instante en vuestros hijos ¿de quién os quejáis? Tan presto los enseñáis, a que finjan afectos, y les haceis que hablen su idioma, qué, como siempre os explicáis en el mismo estilo. Vuel-

ven contra vosotros mismos vuestras lecciones, sin dejaros medios ninguno para que distinguáis cuando habiendo cesado de mentir, empiezan a sentir lo que dicen. Ved, empero, a mi Emilio: de la edad a que le he conducido, ni sintió, ni mintió jamás. Antes de saber qué es querer, a nadie ha dicho yo te quiero; no le han prescrito qué semblante había de poner cuando entrara en el cuarto de su padre, su madre o su ayo enfermos; no le han enseñado el arte de afectar la tristeza que no tenía. No ha fingido que lloraba la muerte de nadie, porque no sabe qué cosa es morir. En sus modales descubre la misma insensibilidad que hay en su corazón. Indiferente para todo, menos para sí, como todos los niños, por nadie se toma interés; y lo que le distingue de los demás, es que no afecta que se le toma, y no es falso como ellos.

Habiendo Emilio reflexionado poco acerca de los seres sensibles, tarde sabrá qué es padecer y morir. Empezará a agitar sus entrañas los quejidos y los gritos; la vista de la sangre que corre le hará volver los ojos; gran angustia le causarán las convulsiones de un animal moribundo, antes que sepa de dónde le vienen estos nuevos movimientos. No los tendría si hubiera permanecido bárbaro y estúpido; si estuviera más instruido sabría cuál es su fuente: ya ha comparado sobradamente para no sentir nada, y no las lastantes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer afecto relativo que mueve el pecho humano, según el orden de la Naturaleza. Para tornarse piadoso y sensible, menester es que sepa el niño que hay seres semejantes a él, que padecen lo que ha padecido; que sienten los dolores que ha sentido, y otros de que debe tener idea como que también puede sentirlos. Y electivamente, ¿cómo nos dejamos mover de la piedad, si no es trasluciendo fuera de nosotros, identificán-

donos con el ser que padece; dejando, por decirlo así, nuestro ser por tomar el suyo? Sólo en cuanto juzgamos que él padece, padecemos nosotros y padecemos en él, no en nosotros. De manera que ninguno se vuelve sensible hasta que se antima su imaginación, y empieza a trasladarle fuera de sí propio.

¿Pues qué tenemos que hacer para excitar y mantener esta naciente sensibilidad, y para guiarla y seguirla en su natural declive, sino es presentarle al mozo objetos en que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazón, que le dilaten y le esplayen en los demás seres, que hagan que en todas partes se halle fuera de sí; desviar con esmero los que le coarcan, le reconcentran y ponen tirante el muelle del yo humano; quiero decir, en términos más claros, excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las halagüeñas y suaves pasiones que naturalmente agrandan a los hombres, y estorban que nazcan la envidia, la codicia, el rencor, todas las pasiones crueles, y repulsivas, que no sólo hacen, por decirlo así, nula, sino también negativa la sensibilidad, y son perpetuo torcedor de quien las experimenta. Creo que puedo resumir todas las reflexiones anteriores en dos ó tres máximas concisas, claras y fáciles de comprender.

Máxima primera

“No es propiedad del corazón humano ponerse en el lugar de los que son más felices que nosotros; pero sí en el de los que son más dignos de compasión.”

Si se encuentran excepciones a esta máxima, son más aparentes que reales. Así que nadie se sustituye en lugar del rico o del potente con quien se estrecha; y aun cuando es sincera esta intimidad, no hace otra cosa que apropiarse parte de su bien-estar. Algunas veces es amado aquél en su desgracia; pero mientras está

en prosperidad no tiene otro amigo verdadero que quien, sin dejarse llevar de las apariencias, no obstante su prosperidad, más le compadece que le envidia.

Nos mueve la felicidad de ciertos estados de la vida rústica y pastoral, por ejemplo. La envidia no envenena el embeleso de contemplar felices estos buenos zagales, y verdaderamente nos interesan. ¿Por qué? Porque reconocemos ser ámbros de bajar a este estado de inocencia y serenidad que sólo ideas gratas excita, y que para poder disfrutarle, con querer basta. Siempre gusta ver sus recursos, contemplar su propio caudal, aun cuando no se quiera hacer uso de él.

De aquí se infiere que para excitar a un mozo a que sea humano, lejos de hacer que admirado contemple el brillante destino de los demás, es menester enseñarsele por su aspecto triste, y hacérsele temer. Entonces por una evidente consecuencia se debe allanar el una vereda para la felicidad, sin seguir las huellas de nadie.

Máxima segunda

“Sólo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se reputa exento.”

Non ignara mali, miseris succurrere disco.”

No conozco cosa más hermosa, más profunda, más afectuosa, más cierta, que este verso

¿Por qué no tienen compasión los reyes de sus vasallos? Porque cuentan con que nunca han de ser hombres. ¿Por qué son tan duros los ricos con los pobres? Porque no tienen miedo de llegar a serlo. ¿Por qué desprecia tanto la nobleza a la

No bisoña en desdichas, a los ítes. Aprendí a socorrer.

Viro. Enclid. lib. I.

plebe? Porque nunca un noble será plebeyo. ¿Por qué son generalmente los turcos más humanos, más hospitalarios que nosotros? Porque como en su gobierno totalmente arbitrario siempre son precarias y vacilantes la fortuna y el poder de los particulares, no contemplan el aban timiento y la miseria como un estado que es ajeno de ellos, y mañana puede ser cada uno lo que hoy es aquel a quien favorece. Esta reflexión que sin cesar se repite en las novelas orientales, les comunica no sé qué ternura que no encuentra el lector en todos los aderezos de nuestra seca moral.

No acostumbreis, pues, a vuestro alumno a que desde el ápice de su gloria contemple las penas de los fligidos, los atanes de los miserables, ni esperéis enseñarle a que de ellos se compadezca, si los mira como ajenos. Hacedle entender que la suerte de estos desventurados puede ser la suya: que todos sus males le pueden sobrevenir: que mil casos inevitables y no previstos le pueden sumir en ellos de un instante a otro. Enseñadle a que no mire como estables la cuna, la salud, ni las riquezas: hacédele ver todas las vicisitudes de la fortuna: presentadle ejemplos, de personas que de puesto más encumbrado que el suyo, han caído en abismo más hondo que aquel en que ve a estos desventurados: poco importa que haya o no sido por su culpa: ahora no se trata de eso, ni él sabe todavía qué cosa es culpa. No excedáis nunca la esfera de sus conocimientos, ni le ilu mineis con otras luces que las proporcionadas a su capacidad: no necesita saber mucho para conocer que no le puede responder toda la prudencia humana de si dentro de una hora ha de estar vivo o muerto; de si antes que sea noche no le hará

1 Parece que esto empieza a mudar: las condiciones van siendo más estables, y más duros también los hombres.

crujir los dientes el dolor nefrítico: si dentro de un mes ha de ser rico o pobre: si dentro de un año estará remando y aguantando el rebenque en una galera argelina. Y no le digais todo esto con frialdad, como si le enseñaseis la doctrina cristiana; vea, sienta las humanas calamidades, removed, atemorizad su imaginación con los peligros que sin cesar cercan a todo mortal: contemple en torno suyo abiertas todas estas insondables simas, y estrechése con vos al otros describirlas, de miedo de despeñarse en sus abismos. Así le haremos tímido y medroso, direis. Luego veremos; mas por ahora empecemos haciéndole humano, que es lo que más nos importa.

Máxima tercera

“La compasión que tenemos del mal ajeno, no se mide por la caridad de este mal, sino por el sentimiento que atribuimos a los que le padecen.”

Tanto compadecemos a un desdichado, cuanto creemos que él se reputa digno de compasión. Más limitado de lo que parece es el sentimiento físico de nuestros males; mas por lo que verdaderamente somos dignos de lástima, es por la memoria que nos hace sentir su continuidad. Y por la imaginación que nos extiende al tiempo venidero. Esta pienso yo que es una de las causas que nos endurecen con los males de los animales más que con los de los hombres, aunque igualmente nos debiera identificar con ellos la común sensibilidad. No nos dolemos de una mula que está en su caballeriza, porque no presumimos que mientras come el pienso, contemple los palos que ha recibido y las fatigas que la esperan. Tampoco nos dolemos de un carnero que vemos paciendo, aunque sepamos que en breve ha de ser degollado, porque juzgamos que no prevé su suerte. Así nos endurecemos por extensión sobre el des-

tino de los hombres, y se consuelan los ricos del mal que hacen a los pobres, suponiéndolos tan estúpidos que no lo sienten. Generalmente es timo yo, lo que aprecia cada uno la felicidad de sus semejantes, por el caso que me parece hace de ellos. Cosa natural es valuar en poco la dicha de las personas que uno tiene en poco. Así no os choque que los políticos traten con tanto desdoro al pueblo, ni que afecten la mayor parte de los filósofos que tienen por tan malo al hombre.

El pueblo es lo que compone el linaje humano; es tan poco lo que no es pueblo, que no vale la pena de cortarse. El hombre es el mismo en todas las condiciones; y si es así, las más numerosas son las que más respeto merecen. A los ojos de un pensador desaparecen todas las distinciones civiles: las mismas pasiones, los mismos afectos ve en un sujeto ilustre que en un colopio: sólo distingue el estío, y un colorido con más o menos adornos; si alguna diferencia esencial los separa, es en detrimento de los más dismutados. La plebe se manifiesta como ellas, y no es amable; pero es fuerza que los hombres decentes se disfrazen: si se dejasen ver como ellos son, causarían horror.

También dicen nuestros sabios que hay la misma dosis de pena y de bienestar en todas las condiciones. Máxima tan absurda como imposible de sustentar, porque, si todos son felices en igual grado, ¿qué necesidad tengo yo de incomodarme por nadie? Quédece cada uno como está; maltraten al esclavo, padezca el enfermo, perezca el desvalido; que nada consiguen con mudar de estado. Hacen una enumeración de las penas del rico, y manifiestan la vaciedad de sus contentos: ¡qué torpe sofisma! Las penas del rico no provienen de su estado, sino de él solo que abusa de su condición. Aunque fuera todavía más desventurado que el pobre, no sería digno de compasión, porque todos sus

males son obra suya, y está en su mano ser feliz; mas las penalidades del miserable le vienen de las cosas, se agrava. No hay costume que pueda quitarle el sentimiento físico de la fatiga, del desfallecimiento, del hambre; ni el entendimiento recito, ni la sabiduría, valen para eximirle de los males de su estado. ¿Qué adelanta Epicuro con prevenir que su amo le va a romper una piedad? ¿Deja de romperse la piedad por eso? Con su mal junta el de la inteligencia. Aunque fuera la plebe tan inteligente como estúpida la suponemos, ¿qué otra cosa pudiera ser de lo que es? ¿Qué otra cosa pudiera hacer de lo que hace? Estudiad las personas de esta clase, y vereis que con otro estilo tienen tanta perspicacia y más razón que vosotros. Respetad vuestra especie; considerad que esencialmente consta de la colección de pueblos; y que aun cuando se quitaran de ellos todos los reyes y todos los filósofos, poco se echaría de ver, y no andaría peor el mundo. En una palabra, enseñad a vuestro alumno a que ame a todos los hombres; hasta a los que los desestiman; haced que no se coliguen en clase ninguna, sino que en todas se halle; hablad en su presencia con ternura del género humano, con lastima a veces, mas nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas verdades y otras semejantes, bien opuestas a las trilladas, conviene introducirse en el corazón del mancebo para excitar en él los primeros movimientos de la Naturaleza, para desenvolverse y dilatarse respecto a sus semejantes. Importa también que con estos movimientos vaya mezclado cuanto menos interés personal fuere posible, especialmente ni vanidad, ni emulación, ni vanagloria, ni ninguno de aquellos afectos que nos fuerzan a compararnos con los demás; porque nunca hacen estas comparaciones sin cierta impresión de odio contra

aquellos que, aunque no sea más que en nuestra estimación propia nos disputan la preferencia. Fuerza es entonces cegarse o enojarse, ser un torto o un perverso; procuremos evitar esta alternativa. Tarde o temprano, dicen, se han de encender estas peligrosas pasiones, mal que nos pese. No lo niego: cada cosa tiene su tiempo y lugar; sólo digo que no debemos contribuir a su nacimiento.

Este es el espíritu del método que conviene prescribirse. Aquí son inútiles los circunstanciados ejemplos, porque empieza ya la división casi infinita de caracteres; y cada ejemplo que yo diese, acaso no convenría a uno entre cien mil. De esta edad empieza también en el mancebo hablar la verdadera función de observador y de filósofo, que sabe el arte de sondear los corazones mientras se ataña en formarlos. En tanto que todavía no piensa en disfrazarse, porque aún no lo ha aprendido el mozo, a cada objeto que le presentaban se echa de ver en su ademán, en sus ojos, en sus acciones, la impresión que en él hace; en su semblante se leen todos los movimientos de su alma: a puro acecharlos, se consigue prevenirlos y al cabo dirigirlos.

Generalmente se nota que la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos, el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto trasmite a los sentidos objetos que sufren, embarga más pronta y generalmente a todos los hombres. Como la idea de destrucción es más compuesta, no hace la misma impresión; más tarde y con menos vigor mueve la idea de la muerte, porque nadie ha hecho la experiencia de morir; es preciso haber visto cadáveres, para sentir las congongas de los agonizantes. Pero cuando una vez se ha formado bien en nuestro ánimo esta imagen, no hay espectáculo más horrible a nuestros ojos, ya sea a causa de la idea de total destrucción que entonces presenta a los sentidos, o ya porque

sabiendo que es inevitable este instante para todos, se siente uno conmovido más vivamente con una situación que está cierto no puede menos de ser la suya algún día.

Estas diversas impresiones tienen sus modificaciones y sus grados, que pendien del carácter particular de cada individuo y de sus anteriores hábitos; pero son universales, y nadie está totalmente exento de ellas. Unas hay más tardías y menos generales, que son más peculiares de los pechos sensibles; estas son las que se reciben de las penas morales, de los dolores internos, de las aflicciones, de las largas pesadumbres, de la tristeza. Hombres hay que sólo los mueven gritos y llantos; nunca les arrancaron un suspiro los sordos y dilatados sollozos de un pecho sofocado de pesar; nunca la presencia de un andar abaritado, de un rostro macilento y aplomado, de unos ojos amortecidos y exhaustos ya de lágrimas, los han hecho llorar; nada significan para ellos las penas del ánimo; el suyo nada sienten; echades el fallo; no esperéis de ellos otra cosa que inflexible rigor, dureza de corazón y crueldad. Integros y justos podrán ser, mas nunca clementes, generosos y piadosos. Digo que podrán ser justos, si es posible que lo sea el hombre no misericordioso.

No os deis, sin embargo, prisa a juzgar de los mozos por esta regla, especialmente de los que educados como deben serlo, no tienen ninguna idea de las penas morales, que nunca les han causado; porque reptito que sólo pueden compadecer los males que conocen; y esta aparente insensibilidad, que sólo procede de ignorancia, en breve se convierte en ternura, así que empiezan a sentir que en la vida humana hay mil dueños que no conocían. En cuanto a mi Emilio, como en su niñez ha tenido sencillez y recto discernimiento, cierto estoy de que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande, porque la verdad de los afectos tiene

ínfima conexión con lo justo de las ideas.

¿Pero a qué viene recordarlo aquí? Mas de un lector, sin duda, me echará en cara que he prometido a mi alumno una constante felicidad. Desventurados, moribundos, espectáculos de miseria y dolor, ¡qué felicidad, qué gustos para un corazón que empieza a vivir! Su triste institutor, que tan placida educación le destinaba, sólo le ha hecho nacer para que sufra. Esto dirán: ¿y qué me importa? Hacerle feliz es lo que yo he prometido, y no hacer que lo pareciese. ¿Es culpa mía, si alucinados siempre por la apariencia, se os antoja la realidad?

Consideremos a dos mancebos que han concluido su primera educación, y entran en el mundo por dos puertas opuestas. De repente se encarama el uno al Olimpo, se introduce en la más lucida sociedad; le llevan a la corte, a las casas de los grandes, de los ricos, de las lindas damas. En todas partes supongo que le obsequian, y no examino el efecto que estos agasajos hacen en su razón; quiero que los resista. Vuelan a encontrarle los deleites; cada día le divierten objetos nuevos, y a todo se entrega con un interés que es cautiva. Le veis atento, diligente, curioso; os impresiona su admiración primera; presumís que está contento; pero contemplad la situación de su alma; creéis que goza, y yo creo que padece.

¿Qué es lo que mira así que abre los ojos? Una muchedumbre de pretendidos bienes que no conocía, cuya mayor parte sólo un instante están a su disposición, y que parece se le muestran sólo para que su privación le cause más desconuelo. Si se pasea en un palacio, su inquietud curiosidad hace ver que se enoja en su interior, porque no es así la casa de sus padres. Todas sus preguntas os dan a entender que sin cesar se compara con el amo de esta casa; y todo cuanto en este paralelo

se queda el inferior, aumenta su vanidad irritándola. Si encuentra un mozo mejor vestido que él, le veo que en secreto murmura de la avarencia de sus padres. ¿Lleva él ropa de más precio? Tiene el sentimiento de ver que otro le eclipsa o por su cuna, o por su ingenio, y que están desatridas todas sus galas al lado de un vestido de paño común. ¿Luce él solo en una tertulia? ¿Se pone en puntillas para que le vean mejor? ¿Quién no se encuentra con una secreta disposición a censurar el ufano y vanidoso ademán de un mozueto presumido? En breve se mancomuna todo: inquietante las miradas de un hombre grave; no tardan en llegar a sus oídos las bur-las de un zumbón mordaz; y aunque sólo uno le desdeñase, el menosprecio de éste envenena al momento los aplausos de los demás.

Démoselo todo, no le escaseemos ni el mérito, ni las gracias; sea buen mozo, agudo, amable, obsequiado de las mujeres; pero como le obséquian antes que él las quiera, más pronto le volverán loco que enamorado: tendrá aventuras, pero no ar-dor ni pasión para disfrutar de ellas. Siempre adivinados sus deseos, sin tener nunca tiempo para que nazcan en el seno de los deleites, sólo siente el quebranto de la sujeción: el sexo destinado a hacer feliz al suyo le harta y fastidia, antes de conocerle; si sigue tratándole, no es más que por vanidad; y aun cuando le tomara verdadera afición, no será el único mozo, el único brillante, el único amable, ni serán siempre unas Artemisas sus damas.

Nada digo de los chismes, alevo-sías, bastardías, y todo género de pesares imprescindibles de semejante vida. La experiencia del mundo causa de él: sólo hablo de los que-brantos anejos a la ilusión primera.

¡Qué contraposición para el que, encerrado en el seno de su familia y sus amigos, se ha visto único objeto de todas sus atenciones, y se mete de repente en un orden de co-

sas en que es tenido en tan poco, que se encuentra como anegado en una esfera extraña, el que por tanto tiempo fue el centro de la suya! ¡Cuántas afrentas, cuántos desaires ha de aguantar, antes que pierda entre los extraños las preocupaciones de su mucha valía, que le inspiraron y alimentaron en él los suyos! Cuando niño, todo le cédía, todo acudía en torno de él a su mandato: mozo, tiene que ceder a todo el mundo; y si se descuida un poco y conserva su antiguo porte, ¡con cuán duras lecciones se va a ver precisado a volver en sí! El hábito de alcanzar con facilidad el objeto de sus deseos le incita a desear mucho. Y hace que sienta privaciones continuas. Todo cuanto le agrada se le antoja; cuanto tienen los otros quisiera tenerlo él; todo lo codicia, a todo el mundo envidia, en todas partes quisiera dominar; le roe la vanidad; su corazón no-vel se inflama en ardor de desenfrenados deseos; con ellos se engañan el rencor y los celos; de consuno toman vuelo todas las voraces pasiones; su agitación le acompaña en el tráfico del mundo; le sigue todas las noches a su morada; entra desazonado consigo y con los demás; duérmese lleno de cien proyectos vanos, desasosegado con mil fantasías; y hasta en sus sueños le retrata su soberbia los ilustros bienes, cuyo deseo le acongoja, y que no ha de poseer en su vida. Este es vuestro alumno: veamos el mío.

Si es un objeto de tristeza el primer espectáculo que en él hace impresión, luego que vuelve en sí, es contento lo primero que siente. Al ver de cuántos males está exento, siente que es más feliz de lo que creía. Participa de las penas de sus semejantes, pero esta participación es voluntaria y suave. A un tiempo disfruta de la compasión que tiene a sus males, y de la dicha que de ellos le exime: se siente en aquel estado de fuerza que nos explaya más allá de nosotros, y hace que co-

loquemos en otra parte la actividad superflua para nuestro bienestar. Sin duda para dolerse del mal ale-no es necesario conocerle, pero no sentirle. Quien ha padecido o teme padecer, se duele de los que padecen, pero el que está padeciendo, sólo se duele de sí. Pues una vez que estando todos sujetos a las miserias de la vida, ninguno reparte con los otros más sensibilidad que la que al presente no necesita para sí propio, se infiere que debe ser muy suave el afecto de la comiseración, porque atestigua en favor nuestro; y por el contrario, siempre es desventurado un hombre duro, pues no le deja su corazón ninguna sensibilidad sobrante que pueda contribuir a los duelos ajenos.

Atribuímos demasiado a felicidad sus apariencias: la suponemos don-de menos se halla; la buscamos donde no puede estar: la alegría es señal muy equívoca de dicha. Muchas veces un hombre alegre es un desventurado que procura alucinar a los demás y atolondrarse a sí propio. Esas personas tan risueñas, tan despejadas, tan serenas en una concurrencia, casi todas son tristes y re-gañonas en su casa, y pagan sus criadas la pena de la diversión que dan a sus sociedades. El contento verdadero, ni es alegre, ni bullicioso; ce-loso de tan suave afecto, quien le disfruta piensa en él, le saborea, teme que se le evapore. Un hombre verdaderamente feliz habla poco, se oye menos, y reconcentra, por decirlo así, la felicidad en torno de su corazón. Los juegos estrepitosos, la turbulenta alegría encubren el tedio y los desabrimientos; pero la melancolía es amante de las suaves delicias: a los gustos más dulces, los acompañan la ternura y las lágrimas, y hasta el gozo excesivo antes saca llantos que risa.

Si a primera vista parece que contribuyen a la felicidad la variación y multitud de pasatiempos, y que debe abrir una vida igual, mirándolo más atentamente, hallamos que

por el contrario el hábito más suave del ánimo consiste en una moderación de gozos que deja poco sitio al deseo y al hastío. La inquietud de los deseos engendra la curiosidad y la inconstancia; y el vacío de los deleites turbulentos el aburrimiento. Nunca se aburre de su estado el que no conoce otro más gustoso. Los salvajes son los menos curiosos y que menos se aburren, de cuantos hombres hay en el mundo; para ellos todo es indiferente: no gozan de las cosas, sino de sí mismos; pasan la vida sin hacer nada, y no se aburren nunca.

El hombre de mundo está todo entero en su mascarilla. Como casi nunca está solo consigo mismo, es un extraño para sí, y no se halla a gusto cuando se ve forzado a entrar en su interior. Para este hombre lo que él es no es nada, lo que parece es el todo.

No puedo menos de figurarme, en el semblante del mozo de que antes he hablado, un no sé qué importuno, melindroso, afectado, que desagrada, que repugna a las personas sin afecto; y en el del mío una interesante y candida fisonomía, que manifiesta el contento y la verdadera serenidad del ánimo, que inspira estimación y confianza, y que parece que sólo espera los desahogos de la amistad, para brindar con la suya a los que a él se acercan. Creen muchos que la fisonomía es el mero desarrollo de los contornos que ya ha bosquejado la Naturaleza. Yo más bien creyera que además de este desarrollo, se van formando insensiblemente y adquieren fisonomía los rasgos del semblante humano con la frecuente y habitual impresión de ciertas afecciones del ánimo. Señálanse estas afecciones en el rostro, no hay cosa más cierta; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. De esta manera concibo yo que la fisonomía anuncia el carácter, y que alguna vez podemos juzgar de éste por aquélla, sin meternos en misteriosas

explicaciones que suponen conocimientos de que carecemos.

Sólo dos afectaciones bien señaladas tiene el niño, el gozo y el dolor: se rie o llora; para él no hay intermedios, pues sin cesar pasa de uno de estos movimientos a otro. Esta alternativa continua estorba que hagan en su rostro ninguna impresión constante, y que adquiera más sensible se conmueve con mayor viveza y constancia. Las impresiones ya más profundas estampan huellas que se borran con gran dificultad; y resulta del estado habitual del ánimo una colocación de rasgos que el tiempo hace indeleble. No es raro, sin embargo, ver hombres que en diferentes edades mudan de fisonomía. Muchos he visto yo en este caso, y siempre he hallado que los que había podido seguir y observar bien, habían también mudado de pasiones habituales. Esta observación sola, perfectamente confirmada, me parece decisiva, y no está fuera de su lugar en un tratado de educación, donde tanto importa juzgar de los movimientos del alma por los signos externos.

No sé si por no haber aprendido a imitar modales de convención, ni a fingir afectos que no tiene, será menos amable mi mancebo: aquí no tratamos de esto: sólo sé que será más amante; y se me hace muy difícil creer que el que se ama a sí solo pueda disrazarse tan bien que agrada de tanto como el que de su cariño a los demás saca un nuevo sentimiento de felicidad. En cuanto a este mismo sentimiento, presumo que basta con lo dicho para guiar en este punto a un lector de sana razón, y hacer ver que no me contradigo.

Vuelvo por tanto a mi método, y digo: Cuando se acerca la edad crítica, presentad a los mozos espec-táculos que los entrenen y no que los exciten: alucinad su naciente imaginación con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman

su actividad. Desviadlos de los pueblos grandes, donde el inmodesto traje de las mujeres acelera y adelanta las lecciones de la Naturaleza; donde todo presenta a sus ojos deleites que no deben conocer hasta que sepan escogerlos. Traedlos a su primera morada, donde la sencillez rústica no deja que las pasiones de su edad se desenvuelvan con tanta prontitud; o si los retiene en la ciudad su afición a las artes, precavid con esta misma afición una ociosidad peligrosa. Escoged con esmero sus sociedades, sus ocupaciones y sus pasatiempos: enseñadles sólo pinturas halagüeñas, pero modestas, que los conmuevan sin seducirlos, y que ceben su sensibilidad sin agitar sus sentidos. Considerad también que en todo hay excesos que temer, y que siempre las pasiones sin moderación causan mayores daños de los que se desea evitar. No se trata de hacer de vuestro alumno un enfermo, de afligir su vista con objetos continuos de penas y quebrantos, de llevarle de enfermo a enfermo, de hospital en hospital, del patíbulo a la cárcel: apadarle, y no endurecerle con la escena de las humanas miserias, es lo que conviene. Si se le presentan mucho tiempo los mismos espectáculos, no sentirá la impresión de ellos, que a todo nos acostumbra el hábito; lo que se ve con frecuencia no se imagina, y la imaginación sola es la que hace que sintamos los ajenos males: así a puro ver morir y padecer, se tornan inhumanos los médicos y los clérigos. Conozca vuestro alumno la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes, pero no las presentes a cada paso. Un objeto tan sólo bien escogido y mantenido bajo el punto de vista que conviene, le dará materia para enternecerse y reflexionar por espacio de un mes. No tanto lo que ve, como el recapacitar lo que ha visto, es lo que determina el juicio que de ello forma: y la impresión duradera que recibe de un objeto, menos pro-

cede del objeto mismo, que del punto de vista bajo el cual se le excita a que se acuerde de él. Así valdrán dos con economía de ejemplos, imágenes y lecciones, embolarteis por mucho tiempo el aguijón de los sentidos, y entenderéis la Naturaleza, siguiendo sus propias direcciones.

Conforme vaya adquiriendo luces, escoged ideas que a ellas se referan; al paso que se inflaman sus deseos, buscad imágenes a propósito para reprimirlos. Un militar anciano, estimado no menos por sus costumbres que por su valor, me contó que siendo joven, su padre, hombre de razón, pero devoto, viendo que su temperamento naciente le arrastraba hacia las mujeres, nada omitió para contenerle; pero conociendo al fin que a pesar de todos sus afanes nada conseguía, se resolvió a llevarle a un hospital de sífilíticos, y sin prevenirselo le metió en una sala donde con curas horrosas desventurados los desordenes que las habían motivado. A la vista de escena tan asquerosa, que repugnaba a todos los sentidos, casi se cayó el mozo desmayado: "Anda, miserable disoluto, díjole entonces con tono vehemente su padre, sigue la villana inclinación que te arrastra: en breve será mucha fortuna la tuya, si te admiten en esta sala, donde víctima de las dolencias más infames, precisará a tu padre a que dé gracias a Dios por tu muerte." Lúntas estas cortas razones con el energético espectáculo que se le presentaba, tanta impresión le hicieron que nunca se le borró. Condenado por su profesión a pasar su nocedad en guarniciones, quiso mejor aguantar la mola de sus camaradas, que imitar su disolución. "He sido hombre, me dijo, he tenido flaquezas; pero nunca he podido mirar sin horror una mujer pública." Maestro, pocos razonamientos: aprended a escoger los sitios, los tiempos, las personas: dad luego vuestras lecciones

en ejemplos, y estad cierto de su eficacia.

De poca importancia es el empleo de la niñez: lo malo que en ella se introduce tiene remedio, y lo bueno que se hace se puede hacer más tarde. Pero no sucede lo mismo en la primera edad en que verdaderamente empieza a vivir el hombre. Nunca dura esta edad lo suficiente para el uso que de ella debe hacerse; y exige su importancia una conatinuada sollicitud: por eso insisto tanto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retardarlo todo cuando fuere posible. Haced lentos y seguros los adelantos; estorbad que se haga hombre el mancebo cuando nada le falta ya para serlo. Mientras crece el cuerpo, se forman y se elaboran los espíritus destinados a dar fuerza a las fibras y bálsamos a la sangre: si haceis que tomen distinto curso, y que lo que estaba destinado a la perfección de un individuo sirva para la formación de otro, permanecen ambos en un estado de flaqueza, y se queda imperfecta la obra de la Naturaleza. También las operaciones intelectuales se resisten de esta alteración, y tan endeble el alma como el cuerpo, sólo desempeña funciones desmayadas y flacas. Ni el valor ni el ingenio penden de miembros fuertes y robustos; y bien conocido que no acompañe la fuerza del ánimo a la del cuerpo, si no están bien dispuestos por otra parte los desconocidos órganos de la comunicación de ambas sustancias; empero, aun cuando fuere buena la disposición múltipla de éstos, siempre obrarán sin energía, si no tienen otro principio que una sangre apurada, empobrecida y privada de aquella sustancia que da acción y fuerza a todos los muelles de la máquina. Generalmente se nota más vigor de alma en los hombres que en su mocedad se preservaron en agua, corrupción prematura, que en aquellos cuyo desarrollo empezó en cuanto se pudieron aban-

donar a él: y ésta es sin duda una de las causas porque exceden comúnmente en valor y razón los pueblos de sanas costumbres a los que las tienen estragadas. Estos se lucen únicamente en no sé qué mezzquinas dotes delicadas y menudas que llaman ellos agudeza, sagacidad, sutileza; pero las vastas y nobles funciones de sabiduría y razón que honran y distinguen al hombre con dignas acciones, con virtudes, con afanes verdaderamente útiles, no se hallan más que en los primeros.

Lamentan los maestros que el ardor de esta edad hace la mocedad indisciplinable, y bien veo que es así: ¿pero no es de ellos la culpa? ¿No saben que en cuanto han dejado que corra esta llama por los sentidos, no es posible darla otra dirección? ¿Los fríos y pesados sermones de un pedante borran en el espíritu de su alumno la imagen de los deleites que ha concebido? ¿Desterrarán los deseos que atormentan su corazón? ¿Amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso sabe? ¿No se irritará contra los estorbos que se oponen a la única felicidad de que tiene idea? ¿Y qué otra cosa vera en la dura ley que le prescriben sin poder hacer que la entienda, que la enemiga y la voluntariedad de un hombre que se afana por atormentarle? ¿Es extraño que recíprocamente se enoje él y le aborrezca?

Bien sé que haciéndose fácil puede hacerse uno menos insufrible, y conservar una autoridad aparente: pero no veo para qué sirva la autoridad que el ayo conserva en su alumno fomentando los vicios que debería enfrenar: es como si, por calmar un fogoso caballo, le hostigara el picador a que se tirara por un despeñadero.

Este ardor de la adolescencia lejos de ser un impedimento para la educación, por él se perfecciona y se perfila; él es quien da un asidero en el corazón de un mozo, cuando llega a ser más fuerte que vos.

Sus afecciones primeras son las riendas con que dirigis todos sus movimientos; libre era, y ya le veo esclavizado. Mientras que nada amaba, solamente dependía de sí propio y de sus necesidades; así que ama, depende de su cariño. De este modo se forman los vínculos primeros que le estrechan con su especie. No os figureis que dirigiendo a ésta su sensibilidad naciente, abrace al principio a todos los hombres, y que la expresión de linaje humano signifique algo para él. No, que primero se ceñirá esta sensibilidad a sus semejantes, y para él sus semejantes no son las personas desconocidas sino aquellas con quienes tiene intimidad; las que le costumbre le ha hecho que quiera o que necesite; las que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir como los suyos; las que están expuestas a las penas que ha padecido, y que se complacen en los contentos que ha disfrutado; en una palabra, aquellas en quienes para él es más notoria la identidad de naturaleza, y por tanto, tiene más inclinación a quererlas. Antes de haber cultivado de millaneras su índole, y de hacer repetidas reflexiones acerca de sus propios afectos y de los que observe en los demás, podrá llegar a generalizar sus nociones individuales bajo la idea abstracta de humanidad, y a reunir a sus particulares afecciones las demás que pueden completamente identificarle con su especie.

Haciéndose capaz de cariño, se hace sensible a los demás, y por lo mismo atento a las señales de este cariño. ¿Veis qué nuevo imperio vais a granjearos en él? ¡Con cuánta

El cariño puede existir sin correspondencia, no así la amistad, que es una permuta, un contrato como los demás, pero el más sagrado de todos. La palabra amigo no tiene otro correlativo que ella misma. Es un picaro todo hombre que no es amigo de su amigo; porque no se puede granjear la amistad como no sea pagándola, o firmando que se paga.

tas cadenas habéis ceñido su corazón, antes que él lo echase de ver! ¡Qué ha de sentir cuando mirando por sí contemple lo que habéis hecho por él, cuando se pueda comparar con los demás manebos de su edad, y compararos a vos con los otros ayos! Digo cuando él lo vea; pero tened cuenta con no decirselo, que entonces no lo verá él. Si exigís de él el obediencia en pago de los afanes que por él os habéis tomado, pensará que le habéis cogido en un lazo, y dirá entre sí que, cuando fingáis servirle sin interés, pretendáis cargarle con una deuda, y atar-le con un contrato sin su consentimiento. Vano será alegar que lo que exigís de él es por su bien; al cabo sin contar con él habéis hecho en su beneficio. Cuando un desventurado toma el dinero que fingen darle, y se encuentra comprometido contra su voluntad lamentáis la injusticia: ¿pues no sois todavía más injusto cuando pretendéis que pague vuestro alumno el valor de afanes que no había admitido?

La ingratitud sería más rara si fueran menos frecuentes los beneficios a usura. Lo que nos hace bien lo amamos; íes un afecto tan natural! La ingratitud no se alberga en el corazón humano, más sí el interés; y menos hay favorecidos ingratos, que bienhechores interesados. Si me vendéis vuestras dádivas, ajustaré el precio que por ellas quiero pagar; pero si fingís que me dais para venderme luego a como queirais, cometeis un fraude; pues lo que hace inapreciables los dones, es que sean gratuitos. El corazón sólo admite lo que de sí propio: el que quiere encadenarle le da suelta, y quien le deja libre le encadena.

Cuando tira el pescador el cebo al agua, viene el pez, y se está quieto sin recelo; pero cuando cogido del anzuelo que el cebo escondía, siente que tiran, procura escaparse. ¿Es el pescador el bienhechor, y el pez el ingrato? ¿Se ha visto alguno que

olvide a su bienhechor aun cuando éste no se acuerde de él? Por el contrario, siempre habla de él con gusto, no piensa en él sin entremetarse: si halla ocasión para hacerle ver, con algún inesperado servicio, que se acuerda de los suyos, ¡con qué júbilo interior satisface entonces su gratitud! ¡con cuánto alborozo se da a conocer! ¡con qué gozo dice: ya es llegada mi vez! Ésta es la voz de la Naturaleza, que nunca hubo quien pagase con ingratitud un beneficio verdadero.

Pues si la ingratitud es un afecto natural, y no destruis por culpa vuestra su eficacia, estad cierto de que cuando empiece vuestro alumno a conocer lo que valen vuestros afanes, será agradecido, con tal que vos mismo no les pongais precio, y que os granjearán en su corazón una autoridad que nada podrá destruir. Pero antes que consigáis esta ventaja, tened cuenta con no privaros de ella alegándole su valor. Ensalzarle vuestros servicios, es hacerlos inagradables; y olvidáros de ellos, es acordárselos. No mentéis nunca lo que os debe, sino lo que a sí propio se debe, hasta que sea tiempo de tratarle como hombre. Dejadle toda su libertad para tormentarle docil; huid de él para que os busque; enalteced su alma hasta el noble afecto de la gratitud, no habiéndole nunca más que de su interés. No he querido que le digesen era por su bien lo que hacían, hasta que estuviese en estado de entenderlo, porque en esta expresión sólo hubiera visto vuestra dependencia, y os habría mirado como criado suyo. Pero ahora que empieza a sentir qué cosa es querer, también siente lo suave del vínculo que puede estrechar a un hombre con lo que quiere: y en el celo que hace que sin cesar os afanáis por él, ya no ve la adhesión de un esclavo, sino el cariño de un amigo. Ahora bien, cosa ninguna puede tanto con el corazón humano como la voz bien conocida de la amistad; porque sa-

hemos que siempre nos habla por nuestro interés. Podemos creer que se engaña un amigo, más no que quiere engañarnos. Algunas veces nos resistimos a sus consejos, pero nunca los despreciamos.

Al fin entramos en el orden moral: acabamos de dar el segundo paso de hombre. Si aquí fuera lugar oportuno, probaría a demostrar cómo de los primeros movimientos del corazón se originan las primeras voces de la conciencia, y cómo de los afectos de amor y odio nacen las primeras nociones del bien y el mal. Hiciera ver que *justicia y bondad* no sólo son palabras abstractas, meros seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma iluminada por la razón, y que sólo son un progreso coordinado de nuestras primitivas afecciones; que no es posible establecer ninguna ley natural por la razón sola, y sin acudir a la conciencia; y que es fantástico todo el derecho de la Naturaleza, si no va fundado en una necesidad natural en el corazón humano. Pero consi-

3. Ni aun el precepto de obrar con otro como quisieramos que obraran con nosotros, tiene otro fundamento verdadero que el sentimiento y la conciencia; porque ¿qué razón exacta milita para obrar, siendo yo, como si fuera otro, con especialidad estando moralmente cierto de no hallarme nunca en caso idéntico? ¿Y quién me dice que con seguir puntualmente esta máxima, haya de lograr que también la sigan conmigo? El malo se aprovecha de la prohibición del justo y de su propia injusticia: y tiene mucha satisfacción en que sea justo todo el mundo menos él. Digan lo que quieran, este convenio no es muy ventajoso para los hombres de bien. Empero, cuando me identifica con mi semejante la fuerza de un alma expansiva, cuando me siento, por decirlo así, en él, por no padecer yo, no quiero que él padezca; me interesa el por mi amor y se halla la razón del precepto en la misma naturaleza que me inspira el deseo de mi bienestar, de quiera que sienta mi existencia. De donde infiero que no es cierto estriben los preceptos de la ley

dero que no debo componer aquí tratados de metafísica y moral, ni cursos de estudio de ningún género; bástame con señalar el orden y el progreso de nuestras sensaciones y conocimientos con relación a nuestra naturaleza. Otros acaso demostrarán extensamente lo que yo no hago más que indicar.

No habiendo mi Emilio contemplado hasta ahora más que a sí propio, la primer mirada que pone en sus semejantes, le incita a compararse con ellos, y el primer afecto que excita en él esta comparación, es anhelar el primer puesto. Este es el punto en que se convierte el amor de sí en amor propio, y empieza a brotar todas las pasiones que con éste tienen conexión. Mas para resolver si entre estas pasiones las que en su carácter hayan de disminuir han de ser blandas y humanas, o crueles y dañadoras; si han de ser de benevolencia y misericordia, o de codicia y envidia, es necesario saber en qué sitio se reconocerá entre los hombres, y que remover para colocarse en el lugar que pretende ocupar.

Para guiarle en esta investigación, habiéndole ya hecho ver a los hombres por los accidentes comunes de la especie, es preciso manifestárselos ahora por sus diferencias; y aquí se le debe dar a conocer la medida de la desigualdad natural y civil, y la pintura de todo el orden social. Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad: los que quieran tratar aparte la política y la moral no entenderán palabra de una ni otra. Aplicándonos primero a las relaciones primitivas, observamos la impresión que deben hacer en ellos deberes, y las pasiones que de ellas dependen en sola la razón, y que tienen más sólido y seguro cimiento. El principio de la justicia humana es el amor de los hombres derivado del amor de sí mismo. El Evangelio cifra el cimiento de toda la moral en el sumario de la ley.

ben originarse, y vemos que por el progreso de las pasiones se multiplican y estrechan recíprocamente estas relaciones. No tanto la fuerza de los brazos como la moderación de los ánimos es la que hace a los hombres independientes y libres. Aquel que pocas cosas desea, con pocas personas está conexo; pero confundiendo siempre nuestros varios deseos con nuestras necesidades físicas, los que cimentaron la sociedad humana en estas últimas, han reputado causas los que eran efectos, y así se han descarriado en todos sus racionios.

En el estado de naturaleza hay una igualdad de hecho indistinguible y real, porque no es posible que en este estado sea tan grande la mera diferencia de hombre a hombre, que constituya dependiente a uno de otro. En el estado civil hay igualdad de derecho vana y fantástica, porque los mismos medios destinados para mantenerla sirven para destruirla; y porque agregada la fuerza pública al más fuerte para oprimir al débil, rompe la especie de equilibrio en que nos había puesto la Naturaleza. De esta primera contradicción se derivan todas las que se notan en el orden civil entre la realidad y la apariencia. Siempre será sacrificada la muchedumbre al corto número, y el interés público al particular; siempre servirán de instrumentos para la violencia y armas para la iniquidad. Los especiosos nombres de subordinación y justicia: de donde se colige que las clases distinguidas que pretenden ser útiles para las demás, efectivamente son útiles sólo para sí propias a costa de las demás; y por esto debemos juzgar del aprecio en que según la justicia y la razón, merecen ser tenidas. Fáltanos ver si la jerarquía

4. El espíritu universal de las leyes de todo país es siempre auxiliar al fuerte contra el débil, y al que tiene contra él que no tiene: inconveniente que es inevitable y no admite excepción.

que se han tomado contribuye más a la felicidad de los que la ocupan, para saber el juicio que debe formar cada uno de nosotros acerca de su propia suerte. Este es el estudio que ahora nos importa; más para que saquemos fruto de él, es necesario conocer primero el corazón humano.

Si sólo se tratase de hacer ver a los mozos la máscara del hombre, no habría necesidad de enseñársela, que de sobra la verían ellos; pero como el hombre no es su máscara, y no queremos que se dejen engañar del relumbrón, cuando les pintéis el hombre, retratadle como él es, no para que le tomen odio, sino para que le tengan lástima, y no se le quieran parecer; que éste es, a mi ver, el más juicioso afecto que a un hombre pueda inspirar su especie.

Con este fin, importa seguir aquí un camino opuesto al que hasta ahora hemos seguido, y antes instruir al mozo por la experiencia ajená que por la suya propia. Si le engañan a él los hombres, les tomará aborrecimiento; pero si le respetan, y ve que mutuamente se engañan, les tendrá lástima. Decía Pitágoras que era parecido el espectáculo del mundo al de los juegos olímpicos: los unos ponen tienda, y sólo piensan en su ganancia; los otros aventuran su persona, y buscan la gloria; los otros se contentan con ver los juegos.

Desearía que fuera tan selecta la sociedad de un mancebo, que tuviera buena opinión de los que con él viven, y que le enseñáramos a conocer tan bien el mundo, que la tuviese mala de todo cuanto en él hacen. Sepan que naturalmente es bueno el hombre; sientalo en sí, y juzgue de su prójimo por sí mismo; empero vea cómo deprava y pervierte la sociedad a los hombres; encuentre en las preocupaciones de éstos la causa de todos sus vicios; tenga inclinación a estimar a cada individuo, mas desprecie la muchedumbre; vea que todos llevan casi

una misma máscara, pero sepa que hay rostros más hermosos que la máscara que los encubre.

Preciso es confesar que este método tiene sus inconvenientes, y que es difícil de poner en práctica: porque si desde tan temprano se hace observar, y le ejercitais en que aache con tanta atención las acciones ajenas, le hareis maldiciente y satírico, decisivo y pronto a fallar: se acostumbrará a la odiosa satisfacción de hallar en todo sinistras interpretaciones, y a no mirar bien ni aun lo que es bueno. A lo menos se hará al espectáculo del vicio, y verá sin horror a los malos como se acostumbra uno a ver sin compasión a los desventurados; y en breve, la perversidad general, y no tanto le servirá de lección cuanto de disculpa, diciendo en su interior que si es tal el hombre, él no debe querer ser de otro modo.

Si quereis instruirle por principios, y hacerle que con la naturaleza del corazón humano conozca la aplicación de las causas-externas que convierten en vicios nuestras inclinaciones, trasladándole intempestivamente, de los objetos sensibles a los intelectuales, usais de una metafísica que no está en estado de entender; incurriendo en el inconveniente, que hasta aquí con tanto afán hemos evitado, de darle lecciones que lo parezcan, y de sustituir en su inteligencia la experiencia y la autoridad del maestro a su experiencia propia y al adelanto de su razón.

Para remover ambos obstáculos a la par, y poner a su alcance el corazón humano sin arriesgarse a enseñarle el suyo, quisiera yo enseñarle los hombres a lo lejos, en otros tiempos y en otros países, de suerte que pudierais ver la escena sin poder nunca obrar en ella. Esta es la época de aprender la historia: con ella llega en los corazones sin las lecciones de la filosofía: con ella, mero espectador, los verá sin interés ni pa-

sión, como juez, no como cómplice ni como acusador.

Para conocer a los hombres, es necesario verlos en sus obras. En el mundo los oímos hablar; muestran pero éstas se hallan patentes en la historia, y los juzgamos por los hechos. Hasta sus dichos sirven para valuarlos, porque comparados lo que dicen con lo que hacen, vemos a un tiempo lo que son, y lo que quieren parecer: cuanto más se encubren, mejor los conocemos.

Por desgracia este estudio adolece de inconvenientes y riesgos de varias especies. Es difícil colocarse en un punto de vista desde el cual podamos juzgar con equidad a nuestros semejantes. Uno de los vicios principales de la historia, consiste en que retrata mucho más a los hombres por sus malas acciones que por las buenas: como sólo toma interés por las revoluciones y las catástrofes, mientras que crece y prospera un pueblo en la bonanza de un gobierno pacífico, nada habla de él; ni emplea a mentarle hasta que éste, no pudiéndose ya bastar a sí propio, se ingiere en los negocios de los comarcanos, o deja que éstos se metan en los suyos: no le ilustra hasta que ya está decadente; principiando todas nuestras historias por donde debieran concluir. Con mucha puntualidad tenemos la historia de los pueblos que se destruyen, la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican, que son tan felices y tan discretos que nada tiene que decirnos de ellos; y con efecto, aun en nuestro tiempo, vemos que los gobiernos que mejor se conducen son aquellos de que menos se habla. Sólo el mal sabemos, apenas forma época el bien. Solamente los malos son famosos; los buenos son puestos en olvido o ridiculizados. Semjante el tiempo a un río caudaloso, dice Bacon, aquello más ligero y menos sólido, es lo que nos trae: todo lo que más peso tiene, se va al fondo, y se queda tragado en su

vasto cauce. De este modo, la historia, como la filosofía, calumnia sin cesar al linaje humano.

Además falta mucho para que los hechos que describe la historia sean la pintura exacta de cómo sucedieron; pues mudan de forma en la cabeza del historiador, amoldándose por sus intereses, y romando color en sus preocupaciones. ¿Quién es el que sabe colocar al lector exactamente en el sitio de la escena, para que vea un suceso tal como fue? Todo lo difraza la ignorancia o la parcialidad. Aun sin alterar un rasgo histórico, con sólo ensanchar o estrechar las circunstancias que a él se refieren, ¡cuántos distintos semblantes le podemos dar! Poniendo un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas parecerá el mismo, y con todo no habrá variado otra cosa que la mirada del espectador. ¿Basta, en obsequio de la verdad, contarme un hecho verdadero, si me le hacen ver de distinto modo que sucedió? ¡Cuántas veces un árbol más o menos, un peñasco a mar de derecha o izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento, han decidido el éxito de una batalla, sin que nadie lo haya conocido! ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota o la victoria, tan resueltamente como si se hubiera encontrado en todas partes? Ahora bien, ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuando no se la razón de ellos? ¿Ni qué lección me puede dar un suceso cuya verdadera causa ignoro? Una me da el historiador, pero se la fragua él; y la crítica misma con que tanta bulla meten, no es más que el arte de conjeturar, de escoger entre muchas mentiras la que se da más aire a la verdad.

¿No habeis leído nunca las guerras civiles de Granada, o cualesquiera otro libro de la misma especie? El autor elige un suceso conocido; acomodándole luego a sus ideas, adornándole con circunstancias que nunca inventa, con personajes que nunca

existieron, y con retratos imaginarios, hacina ficciones y más ficciones para amenizar la lectura. Poca diferencia veo entre estas novelas y pinturas históricas, como no sea que el novelista se abandona más a su propia imaginación, y el historiador se cine más a la ajena: a lo cual añadiré, si quieren, que aquél se propone un objeto moral, bueno o malo, y éste no se cura de eso.

Me dirán que interesa menos la fidelidad de la historia que la verdad de las costumbres y caracteres; y que como esté bien pintado el corazón humano, poco importa que sea fiel la narración de los sucesos: porque añaden, al cabo ¿qué se nos da de hechos que hace dos mil años sucedieron? Tienen razón, si están dibujados los retratos conforme al natural; pero si la mayor parte no tienen otro modelo que la imaginación del historiador, ¿no incurrimos en el inconveniente que queremos evitar, otorgando a la autoridad de los escritores lo que queremos quitar a la del maestro? Si sólo pinturas de fantasía nos da ver mi alumno, más quiero que seá el dibujo de mi mano que de la de otro; pues a lo menos se las adaptaré mejor.

Los historiadores que juzgan, son los peores para un mancebo. Hechos, hechos, y juzgue el propio; que así aprenderá a conocer a los hombres. Si le guía sin cesar el juicio del autor, no hace otra cosa que ver por ojos ajenos; y así que éstos le faltan, no ve nada.

Dejó aparte la historia moderna, no sólo porque no tiene fisonomía marcada, y nuestros hombres son todos parecidos, sino porque nuestros historiadores, atentos sólo a lucirse, no piensan más que en hacer retratos con colores muy vivos, y que no se parecen a nada. En general, los antiguos hacen menos re-

¡ Véanse Dávila, Guichardino, Estrada, Solís, Maquiavelo, y a veces el mismo De Thon. Vertot es casi el único que sabía pintar sin hacer retratos.

tratos, y gastan menos agudeza y más sentido en sus juicios; y todavía entre éstos es menester mucho tino para escoger bien: no se han de tomar al principio los más juiciosos, sino los más sencillos. No quisiera poner en manos de un manco a Polibio, ni a Salustio; Tácito es el libro de los ancianos, pues los mozos no son capaces de entenderle. Aprendamos a ver en las acciones humanas los primeros contornos del corazón del hombre, antes de querer sondear sus abismos; y sepan leer bien en los hechos antes de leer en las máximas. Sólo a la experiencia conviene la filosofía en máximas: nada debe generalizar la juventud: toda su instrucción se ha de ceñir a reglas particulares.

A mi ver, el verdadero dechado de los historiadores es Tucídides. Cuenta los hechos sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en estado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto refiere lo pone a vista del lector; lejos de interponerse entre los lectores y los sucesos, se conde: y cree uno que ve, no que lee. Por desgracia siempre habla de guerras y en todas sus narraciones casi no vemos otra cosa que batallas, y es la que menos instruye. La misma discreción y el mismo defecto tienen la retirada de los diez mil, y los comentarios de César. Sin retratos ni máximas, pero fluido, cándido, lleno de las circunstancias más capaces de agrandar y de interesar, el buen Herodoto acaso fuera el mejor de los historiadores, si no degeneraran con frecuencia estas mismas circunstancias en pueriles similitudes, más propias para estragar el gusto de la juventud, que para formarle: por tanto, su lectura necesita discernimiento. Nada digo de Tito Livio, ya llegará su turno: pero es político, es retórico, es todo cuanto no conviene para esta edad.

En general, la historia tiene el defecto de que sólo menciona hechos sensibles y señalados, los cuales pu-

den fijarse con nombres, lugares y fechas; pero siempre permanecen desconocidas las causas y progresivas causas de estos hechos, que no se pueden asignar del mismo modo. Muchas veces atribuyen a una batalla perdida o ganada el motivo de una revolución que ya se había hecho inevitable antes de esta batalla. La guerra no hace más que manifestar sucesos, determinados ya por causas morales que rara vez saben ver los historiadores.

El espíritu filosófico ha llamado a este objeto las reflexiones de varios escritores de este siglo; pero dudo que la verdad salga más depurada de su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos la manía de sistemas, ninguno procura ver las cosas como son, sino cómo concuerdan con su sistema.

Añádase a estas reflexiones, que la historia manifiesta mucho más las acciones que los hombres; sólo en ciertos instantes privilegiados los coge, con sus vestidos de ceremonia; sólo al hombre público expone, el cual se ha ataviado para ser visto: no le sigue dentro de su casa, de su gabinete, en medio de su familia, de sus amigos; sólo le pinta cuando está representando, y harlo más nos retrata su traje que su persona.

Para empezar el estudio del corazón humano quisiera mejor la lectura de las vidas particulares; porque entonces en vano se esconde el hombre; pues a todas partes le persigue el historiador; no le deja parar un instante, ni un rincón en que se pueda zafar de los penetrantes ojos del espectador; y cuando piensa el uno que más escondido está, mejor le da a conocer el otro. "Aquellos, dice Montaigne, que escriben las vidas, cuanto tratan más de los consejos que de los sucesos, más de lo que sucede adentro que de lo que acontece fuera, tanto más me gustan; por eso Plutarco es mi hombre."

Verdad que es muy distinta la indole de los hombres o de los pue-

blos, del carácter del hombre en particular, y que fuera imperfectísimo nuestro conocimiento del corazón humano, si no le examináramos también en la muchedumbre. Pero no es menos cierto que antes de juzgar de los hombres es preciso estudiar al hombre, y que quien perfectamente conociese las inclinaciones de cada individuo, podría combinar todos sus efectos en el pueblo entero.

También aquí es menester recurrir a los antiguos, por las razones que ya he dicho, y además porque desterradas del estilo moderno todas las circunstancias familiares y bajas, aunque verdaderas y características, con tanto adorno aparecen los hombres en las vidas privadas de nuestros autores, como en la escena del mundo. No menos severa en los escritos que en las acciones, la docencia sólo permite ya decir en público lo que permite que en público se haga; y como no es posible mostrar a los hombres sino en perpetua representación, no los conocemos más en nuestros libros que en nuestros teatros. Cien veces se harán y tornarán a hacer las vidas de los reyes, sin que tengamos suetonios.^a

Plutarco se aventaja en estas mismas menudencias en que no osamos meternos. Tiene gracia inimitable para retratar a los grandes varones en las cosas menudas; y es tan feliz en la elección de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademán, le bastan para caracterizar a su héroe. Con un chiste vuelve Aníbal el valor a su ejército asustado, y le hace marchar riendo a la batalla que le dio la Italia. Agésilao, a caballo en una caña, me hace querer al vencedor del gran rey: César, atravesando una pobre aldea

Uno solo de nuestros historiadores, que imitó a Tácito en las grandes pinceladas, se ha atrevido a imitar a Suetonio, y a veces a copiar a Comienos en las piquetas; y esto mismo, que da valor a su libro, ha sido motivo de crítica en nuestro país.

y discutiendo con sus amigos, sin pensar lo deja ver al picaro que decía querer sólo igualarse a Pompeyo: Alejandro bebe una purga sin decir palabra, y éste es el más hermoso instante de su vida: Aristides escribe su propio nombre en una comcha, y justifica así su mote: Filopemeno, tirando la capa, corta leña en la cocina de su huésped. Este es el arte verdadero de pintar. No se manifiesta la fisonomía en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones; en frioleras es donde se descubre el natural. Las cosas públicas, o son muy comunes, o tienen mucho aderezo, y la dignidad moderna casi no permite a nuestros historiadores que hablen de algunas otras.

Indisputablemente fue Turena uno de los más claros varones del siglo pasado, y un escritor ha sabido hacer interesante su vida con menudas circunstancias que le dan a conocer, y le hacen amar, pero ¡cuántas se ha visto precisado a suprimir, que le hubieran hecho más conocido y más amado! Una sola citaré, que sé de buen origen, y que Plutarco se hubiera guardado de omitir, pero que Ramsai no se hubiera atrevido a escribir, aun cuando la hubiese sabido.

Un día de verano, que hacía mucho calor, estaba asomado a la ventana de su antecámara el vizconde de Turena, en chupetín blanco, y en gorro; llega uno de sus criados, y engañado con el vestido, cree que es un pinche de cocina. Con quien tenía mucha familiaridad. Acercase honnidamente por detrás, y con mano no muy ligera, le pega una terrible palmada en las nalgas. Vuélvese al instante el aporreado: mírale el criado, y conoce temblando a su amo. Hincase de rodillas fuera de sí: "Excelentísimo señor, pensé que era Jorge." — Y aunque hubiera sido Jorge, dice Turena estrégándose el trasero, no venía al caso pegar tan fuerte. Miserables, esto es lo que no os atrevéis a decir. Pues no tengáis

nunca naturalidad, ni entrañas: templead, endureced vuestros corazones de acero en vuestra vil decencia; y en fuerza de dignidad haceros despreciables. Pero tú, buen manco, que lees este rasgo, y sientes enternecido toda la blandura de ánimo que aun en el primer movimiento acreditada, lee también las miserias de este gran varón, así que se trataba de su cuna y su nombre. Contempla que este mismo Turena era quien ponía cuidado en ceder el sitio preferente en todas partes a su sobrino, para que viesen que este niño era caudillo de una casa soberana. Junta estas contraposiciones, ama la Naturaliza, desprecia la opinión, y conoce al hombre.

Poquísimas personas hay capaces de comprender el efecto que en el espíritu novel de un manco produce esta manera. Cargados con libros desde nuestra infancia, acostumbrados a leer sin pensar, nos hace malos como ya tenemos dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto hacen, porque estamos fuera de la Naturaliza, y por nosotros juzgamos a los demás. Empero representémos a un mozo educado según mis máximas; figurémos a mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos sin otro objeto que conservarle recto el juicio y sano el corazón; figurémos que, al levantar el telón, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, o mas bien que colocado detrás de la escena mira a los actores ponerse y quitarse sus trajes, y que cuenta las cuerdas y poleas, cuya torpe apariencia engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve, al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desdén, de su especie: se indignará contemplando a todo el linaje humano, hecho irrisión de sí propio.

envileciéndose con estos juguetes de criaturas; se afiligrá al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hombres.

Mediante las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escoge con un poco de tino y prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco las reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y más bien hecho que todas las vanas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando después de haber escuchado los novelescos proyectos de P. rro, le pregunta Cinceas qué utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin tanto afán disfrutarla, entonces sólo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexión, que hubiera él igualmente hecho, y que nunca se borrará de su ánimo, porque no halla en éste ninguna otra preocupación contraria que pueda estorbar su impresión. Cuando luego, leyendo la vida de este disparatado, halle que todos sus vastos designios vinieron a parar en morir a manos de una mujer, en vez de maravillarse de este pretendido heroísmo, ¿qué otra cosa ha de ver en todas las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las artes de tan consumado político, que otros tantos pasos en busca de la malhadada teja que con una ignominiosa muerte debía acabar con sus proyectos y su vida?

No todos los conquistadores han sido muertos, ni a todos los usurpadores se les han frustrado sus empresas; felices parecieran muchos a los ánimos embebidos en las opiniones vulgares; mas el que, sin pararse en las apariencias, sólo juzga de la felicidad de los hombres por el estado de sus corazones, en sus triunfos mismos verá sus miserias; verá que con la fortuna crecen y to-

man más vuelo sus deseos y sus roedores cuidados; los verá correr hasta ahogarse, sin llegar nunca a la meta; los verá semejantes a aquellos viajeros inexpertos que por primera vez atraviesan los Alpes, y a cada montaña piensan que se los deían atrás, y cuando a fuerza de fatigas, han trepado a la cumbre, encuentran desalentados que se les oponen montañas aún más altas que las ya pasadas.

Después de avasallados sus conciudadanos y destruidos sus rivales, Augusto rigió por espacio de cuarenta años el más vasto imperio que ha existido; ¿pero le quitaba todo este inmenso poder que pegase con la cabeza en las paredes, y que aturdiese a gritos su palacio, pidiendo a Varo sus legiones exterminadas? Aun cuando hubiera vencido a todos sus enemigos, ¿para qué le hubieran servido sus inútiles triunfos, si en torno suyo le nacía sin cesar todo género de pesares, y sus amigos más queridos aspiraban a quitarle la vida, viéndose reducido a llorar la ignominia o la muerte de todos sus deudos? Quiso el desventurado gobernar el mundo, y no supo gobernar su casa. ¿Qué resultó de esta negligencia? Vio morir en la flor de su edad a su sobrino, a su hijo adoptivo, a su yerno; su nieto tuvo que comer el pelote de su cama para prolongar algunas horas su miserable existencia; su hija y su nieta, después de haberle curado de infamia, murieron, una de hambre y miseria en una isla desierta, y otra en la cárcel a manos de un corchete; finalmente, él mismo, postrera reliquia de su malhadada familia, se vio forzado por su propia mujer a dejar por sucesor suyo a un monstruo. Tal fue la suerte de este árbitro del mundo, tan célebre por su felicidad y su gloria.

¿Cómo he de creer que uno solo de los que tanto las admiran, quisiese comprarlas a este precio?

He tomado por ejemplo la ambición, pero lecciones semejantes pre-

senta el juego de todas las humanas pasiones al que quiere estudiar la historia para conocerse, y tomarse sabio a costa de los muertos. Se acerca el tiempo en que tendrá la vida de Antonio una instrucción más inmediata para el manco que la de Augusto. En los extraños objetos que a su vista se presentan durante sus nuevos estudios, no se reconocerá Emilio a sí propio; pero sabrá de antemano apartar la ilusión de las pasiones antes que nazcan; y al ver que en todos tiempos han obcecado a los hombres, vivirá prevenido de que también podrán obsecarlo a él, si de ellas se deja arrastrar. Bien sé que estas lecciones no le son muy adaptables, y que acaso cuando se necesitan serán insuficientes y tardías; más acordaos que no son esas las que he querido sacar de este estudio. Cuando le impetecé, me propuse otro fin; y ciertamente, si este fin no se consigue, la culpa será del maestro.

Considerad que en cuanto se ha desvenuelto el amor propio, sin cesar se pone en acción el yo relativo, y nunca observa el manco a los otros sin volver sobre sí, y compararse con ellos. Por tanto se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes después que los haya examinado. Por el modo como hacen que lean la historia los jóvenes, veo que los transforman, por decirlo así, en todos los personajes que ven; que hacen esfuerzos para que se supongan unas veces Cicerón, otras Trajano, otras Alejandro; que los desalientan cuando entran dentro de sí; y que a cada uno le inspiran el desconsuelo de no ser más que él propio. Ciertas utilidades tiene este método, que yo no disputo; mas si en estos parale-

La preocupación es la que siempre fomenta en nuestros pechos la impetuosidad de las pasiones. Quien sólo ve lo que es, y sólo estima lo que conoce, poco se apasiona. Los errores de nuestros juicios excitan el ardor de todos nuestros deseos.

los sucediere una sola vez que quiera más mi Emilio ser otro que él, aunque este otro fuere Sócrates, aunque fuere Catón, todo falló: quien empieza a tenerse por extraño, no tarda en olvidarse enteramente de sí.

Los filósofos no son los que mejor conocen a los hombres, pues sólo los miran por entre las preocupaciones de la filosofía; y no conozco estado ninguno en que tantas haya. Más sano juicio forma de nosotros un salvaje que un filósofo. Este siente sus vicios, se indigna con los nuestros, y dice: Todos somos malos; el otro nos contempla sin emoción, y dice: Sois locos. Tiene razón, porque nadie hace el mal por hacerle. Mi alumno es este salvaje, con la diferencia de que como Emilio ha reflexionado más, ha comparado más ideas, y ha visto más de cerca nuestros errores, está con más atención contra sí propio, y sólo falla en lo que conoce.

Nuestras pasiones son las que nos irritan contra las de los demás; nuestro interés el que hace que aborrezcamos a los malos; si no nos hiciesen mal ninguno, les tendríamos más lástima que odio. El mal que nos hacen los malos, es causa de que nos olvidemos del que se hacen a sí propios. Con más facilidad les perdonáramos sus vicios, si pudiéramos saber cuánto castigo les da por ello su mismo corazón. Sentimos la ofensa, y no vemos el castigo; aparentes son las ventajas, interna la pena. No menos atormentados están los que piensan que cogen el fruto de sus vicios, que si no hubieran salido con su designio; el objeto ha variado, la zozobra es la misma; en vano hacen alarde de su fortuna, y nos esconden su corazón; su conducta no les descubre a su despecho; más para verle bien, es menester que no se le parezca el nuestro.

Nos seducen en los otros las pasiones que son comunes con las nuestras, y nos repugnan las que perjudican a nuestros intereses; por

una inconsecuencia que de ellas proviene, vituperamos en los demás lo que quisiéramos imitar. Son inevitables la aversión y la ilusión, cuando se ve uno forzado a sufrir de otro el mal que haría si se hallase en su lugar.

¿Pues qué sería necesario para observar a los hombres? Tener mucho interés en conocerlos, y mucha imparcialidad para juzgarlos; un pecho tan sensible que concibiese todas las pasiones humanas, y tan sereno que no las experimentase. Si en la vida hay un instante propicio para este estudio, es el que he escogido para Emilio; antes le hubieran sido ajenos los hombres; más tarde se hubiera parecido a ellos. La opinión, cuya acción ve, no adquirió imperio en él todavía, ni las pasiones, cuyo efecto siente, han agitado aún su pecho. Es hombre, y le interesan sus hermanos; es equitativo, y juzga a sus semejantes. Es cierto que si los juzga bien, no querrá estar en lugar de ninguno de ellos, porque yendo fundado el blanco de cuantos afanes se toman en preocupaciones que él no tiene, le parece un blanco en el aire. Todo cuanto él desea, lo tiene a la mano. ¿De quién ha de pender, pues se basta a sí propio, y está exento de preocupaciones? Tiene brazos, moderación, salud,¹⁰ pocas necesidades, y con qué satisfacerías. Criado en absoluta libertad, el más grave mal que concibe, es la servidumbre. Compadecce a esos miserables reyes esclavos de todo cuanto les obedece; a esos fingidos sabios encadenados con su vana reputación; a esos necios ricos, mártires de su fausto; y a esos que hacen gala de su sensualidad, viviendo siempre empalagados por dar a entender que se deleitan. Compadecería a un enemigo

¹⁰ Creo que puedo contar sin escrupulo su salud y constitución robusta entre las ventajas que por su educación ha logrado, o más bien entre los dones de la Naturaleza que esta educación le ha conservado.

que le hiciera daño, porque en su maldad vería su miseria, y diría entre sí: Cuando este hombre se ha puesto en la necesidad de hacerme mal, ha hecho que penda su suerte de la mía.

Otro paso más, y tocamos a la meta. El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso; hierne con frecuencia la mano que de él se sirve, y rara vez hace provecho sin causar estrago. Considerando Emilio su lugar en el género humano, y viéndose tan felizmente colocado, le vendrá tentación de honrar su razón con lo que es efecto de la vuestra, y de atribuir a mérito suyo lo que ha debido a su dicha. Dirá entre sí: Soy sabio, y los hombres son locos. Los compadecerá despreciándolos; dándose el parabién, se tendrá en más; y sintiéndose más feliz que ellos, se reputará más acreedor a serlo. Este es el error más temible, porque es el más difícil de desarraigarse. Si se hubiera de quedar en este estado, poco le habrían aprovechado todos nuestros afanes; y si necesario fuera escoger, tal vez preferiría yo la ilusión de las preocupaciones a la de la soberbia.

Los varones claros no se engañan acerca de su superioridad, que la ven, la sienten, y no por eso son menos modestos. Cuanto más poseen, más conocen lo mucho que les falta. Menos los envanece su elevación sobre nosotros, que los humilla el sentimiento de su miseria; y en los bienes exclusivos que disfrutan, tienen sobrada rectitud de razón para vanagloriarse de una dádiva que les fue hecha. Puede el hombre de bien estar ufano de su virtud, porque es suya; pero ¿por qué ha de estarlo un hombre de talento? ¿Qué hizo Jorge Juan para no ser Torres? ¿Qué hizo Cervantes para no ser Avellaneda?

Aquí es otra cosa todavía mucho más diferente. Quedémonos siempre en el orden común. A mi alumno no le he supuesto un ingenio trascendental, ni un entendi-

miento obtuso; le he escogido en una inteligencia ordinaria, para hacer ver lo que puede la educación en el hombre. Los casos raros están fuera de regla. Así, cuando a consecuencia de mis afanes, prefriere Emilio su modo de ser, ver y sentir al de los demás, tiene razón; pero cuando por eso se cree de más excelente naturaleza, y de mejor índole que la de ellos, Emilio se equivoca: es fuerza desengañarle, o precaver antes el error, a fin de que ya no sea tarde cuando queráramos desvanecerle.

De todas las locuras se puede sanar a un hombre que no sea loco, menos de la de vanidad; ésta sólo se corrige con la experiencia, si algo de ella puede corregirse, en su cuna tal vez podamos estorbar que tome incremento. No os metais en largos argumentos para probar al manco que es hombre como los demás, y expuesto a las mismas flaquezas: haced que lo experimente, o no lo sabrá nunca. Aquí estamos en un caso de excepción a mis propias reglas, que es el de exponer voluntariamente a mi alumno a todos los desmanes que le puedan probar no es más discreto que nosotros. De mil mancras se repetiría la aventura del titiritero; dejaría que los adulares sacasen de él el partido que se les antojara: si unos atolondrados le hacían cometer algún disparate, le dejaría que sintiese sus consecuencias: si unos tahures le persuadían a que jugase con ellos, les dejaría que le trampeasen su dinero; ¹¹ de-

¹¹ Verdad es que con dificultad caerá nuestro alumno en este lazo, teniendo tanto en qué entretenerse, no aburriéndose en su vida, y sabiendo apenas para qué sirve el dinero. Como los dos móviles con que a los niños conducen son el interés y la vanidad, sirven estos mismos dos móviles a las rameras y a los buscones para que se apoderen de ellos al llegar a mozos. Cuando veis que despiertan su codicia con premios y recompensas, que de diez años los aplauden en un acto público del colegio, también veis cómo

jaría que le hisonjearan, que le despojaban, que le vaciaban el bolsillo; y cuando viéndole sin un cuarto, hiciesen burla de él, les daría las gracias en su presencia por las lecciones que se hubiesen tomado el trabajo de darle. Los únicos lazos de que le preservaría con esmero, serían los de las cortesanas; y la única contemplación que con él tendría sería participar de todos los riesgos que le dejara correr y de todos los desaires que consintiera le hiciesen. Todo lo aguantaría en silencio, sin quejarme, sin echarse en cara, sin articular una palabra: y estad cierto de que con esta prudencia nunca desmentida, todo cuanto por él me vea padecer, le hará más impresión que lo que él mismo padeciere.

No puedo menos de reprender aquí la pretendida dignidad de los ayo, que por representar el imperlinente papel de sabios, desairan a sus alumnos, tratándolos con afectación como si fueran niños, y dislinguándose siempre de ellos en todo cuanto los obligan a hacer. Muy lejos de abairar así su pecho juvenil, no omittáis cosa ninguna para elegir su ánimo: hacedlos iguales vuestros, para que así lo sean; y si todavía no pueden ellos subir hasta vos, bañados sin escrupulo ni vergüenza hasta ellos. Contemplad que vuestra honra se cifra más en vuestro alumno que en vos; tomad parte en sus yerros, para que se emmiende de ellos; cargaos con su ignominia, para borrarla; imitad a aquel valiente romano, que viendo huir su ejército y no pudiendo reunirle,

a los veinte les harán soltar el bolsillo en un garrito o en una mancha. Siempre se puede apostar a que el mas adelantado del aula será con el tiempo el más jugador y el más disoluto. Los medios que no se usaron en la niñez no están suictos a los mismos abusos en la mocedad. Pero no pierda el lector de vista que es máxima constante mia suponer siempre que sucederá lo peor. Primero procuro precever el vicio, y luego le supongo, a fin de poner remedio.

echó a correr al frente de sus soldados, gritando: "No huyen, que siguen a su capitán." ¿Cedió esta acción en su desdoro? Lejos de eso: con sacrificarla aumentó su gloria. La fuerza de la obligación y la hermosura de la virtud nos arrastra involuntariamente, y derrocañ nuestras desatinadas preocupaciones. Si me dieran una botelada de empeñando mis obligaciones junto a Emilio, lejos de vengarme, me alharía en todas partes de haberla recibido; y dudo que se hallase hombre tan villano que por eso no me respetara más todavía.

No quiere decir esto que deba poner el alumno las luces del maestro tan cortas como las suyas, y que se deja seducir con tanta facilidad. Buena es esta opinión para un niño que, no sabiendo ver ni comparar nada, pone todo el mundo a nivel suyo, y sólo se fia de aquellos que efectivamente saben ni velarse con él. Pero un mancebo de la edad de Emilio, y de tanta razón como él, no es tan necio que así se deje alucinar, ni sería bueno que lo fuese. De otra especie es la confianza que debe tener en su ayo; debe estribar en la autoridad de la razón en la superioridad de juces, en las ventajas que ya es capaz de conocer el mancebo, y cuya utilidad aprecia para sí. Convencido está por una larga experiencia de que le quiere su conductor; ahora se debe convenir de que es un hombre discreto, ilustrado, que desea su felicidad, y sabe lo que puede proporcionarle. Debe saber que por su propio interés le conviene escuchar sus consejos. Ahora: si se deja el maestro engañar como el discípulo, perdería el derecho de darle lección, y exigir de él deferencia. Aun menos debe suponer el alumno que a sabiendas le dele el maestro caer en lazos, y que ponga aschanzas a su simplicidad. Pues ¿qué se ha de hacer para evitar estos dos inconvenientes? Lo mejor y más natural: ser sincero y sencillito como él; av-

sarle de los riesgos a que se exponen; manifestárselos con claridad, palpablemente, pero sin exageración, sin enojo, sin pedantes circunloquios, especialmente sin dictarle como preceptos vuestros consejos, hasta que se convirtieran en tales, y se haga absolutamente preciso este estilo imperioso. Y si después de esto se empeña, como sucederá con mucha frecuencia, no le digáis entonces más palabra, seguidle, imitadle con alegría, osadamente; abandonad, divertidos tanto como él, si fuere posible. Si las consecuencias se hacen muy serias, siempre estais a punto de deterneirlas; y entre tanto el mozo que ve vuestra previsión y condescendencia, ¡cuánta impresión le hará la una, y cuánto le enternecerá la otra! Todos sus yerros son otros tantos lazos que os da para contenerle, cuando sea mementar. Lo que constituye aquí el mayor arte del maestro, es traer a pelo las ocasiones, y dirigir de tal manera las exhortaciones, que de antemano sepa cuándo ha de ceder, y cuándo se ha de obstinar el joven, para rodearle por todas partes con las lecciones de la experiencia, sin exponerle nunca a riesgos muy graves.

Advertidle de sus yerros antes que los cometa: cuando los haya cometido, no se los reprendais, pues no hariais más que excitar y enfurecer su amor propio. Lección que repugna no aprovecha. No sé que mayor sandez que la expresión: "No te lo habia yo dicho?" El mejor modo de hacer que se acuerde de lo que le ditamos, es hacer como que lo hemos olvidado. Por el contrario, cuando le veáis confuso por no haberos creído, templad su humillación con buenas palabras. Ciertamente os tomará cariño, viendo que por él os olvidáis de vos, y que en vez de aumentar su dolor le consoláis. Más si a su desconsuelo añades reprensiones, os tomará rencor, y tendrá empeño en no daros oídos, aunque sólo sea por probaros que

no es de vuestro dictamen sobre la utilidad de vuestros consejos. La manera de consolarle también puede ser para él una lección más útil porque no desconfía de ella. Si le decís: "presumo que otros mil incurran en iguales yerros", dejais chatada su vanidad, y le corregis con apariencias de compadeceros de él; porque es disculpa que deja muy mortificado al que se precia de valer más que los otros hombres, el consolarle con su ejemplo; es hacerle entender que por mucho puede aspirar a crear que no valen más que él.

El tiempo de los yerros es el de las fábulas, que censurando al culpado bajo un disfraz extraño, le instruyen sin ofenderle; y entonces comprende que no es mentira el apólogo, por la verdad que a sí propio se aplica. El niño que nunca fue engañado con alabanzas no entiende palabra de la fábula que antes examiné; pero el atolondrado que acaba de servir de irrisión a un adulator, conoce maravillosamente que el cuervo era un majadero. Así de un hecho saca una máxima; y la experiencia, que presto hubiera olvidado, se graba en su juicio con el auxilio de la fábula. No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse con la experiencia ajena o con la suya propia. En los lances que es peligrosa esta experiencia, saca de la historia su lección; cuando no puede traer la prueba muy funestas consecuencias, bueno es que quede el mancebo expuesto a ella; y luego, por medio del apólogo, se compendian en máximas los casos particulares que conoce.

No es decir con esto que se deban desenvolver ni aun enunciar estas máximas. La cosa más vana y peor entendida, es la moralidad con que concluye la mayor parte de las fábulas: como si no debera hallarse difundida esta moralidad en todo el contexto de cada una, de manera que fuese palpable para el lector. Pues ¿por qué poniendo al fin esta

moralidad, le quitan la satisfacción de encontrarla él por sí? El talento de instruir consiste en que el discípulo tome gusto a la instrucción; y para ello no ha de quedar de tal manera pasiva su inteligencia en todo cuanto le digais, que nada absolutamente tenga que hacer para entenderlos. Menester es que el amor propio del maestro deje siempre algún lugar al suyo: menester es que pueda decir para sí: "Concibo, pe-netro, obro, me instruyo." Una de las cosas que hacen inaguantable el pantalón de la comedia italiana, es el afán que se toma por explicar al público las simplezas que éste entiende de sobra. No quiero que un ayo sea pantalón, y mucho menos un autor. Siempre se ha de dar uno a entender, más no siempre lo ha de decir todo: el que hace esto poco dice, porque al fin nadie le escucha. ¿Qué significan los cuatro versos que añade Samaniego a la fábula del león y el ratón? ¿Se teme que no le hayan entendido? ¿Necesita tan buen pintor poner debajo de lo que pinta, el nombre, como Orbanaja? Lejos de generalizar así su moralidad, la particulariza, la ciñe en algún modo a los ejemplos que cita, y estorba que se aplique a otros. Quisiera que antes de poner en manos de un mozo las fábulas de este excelente autor, se quitasen todas las conclusiones en que se toma el trabajo de explicar lo que con tanto donaire como claridad acaba de decir. Si vuestro alumno no entiende la fábula sin la explicación, estád cierto de que tampoco con ella la entenderá.

También convendría dar a estas fábulas un orden más didáctico y más conforme con el progreso de los afectos y luces del mancebo. ¿Dónde hay cosa más desatinada que seguir puntualmente el orden numérico del libro, sin tener cuenta con la ocasión ni la necesidad? Por ejemplo, la zorra y las uvas. Luego la cierva y la vena. Luego el asno cargado de aliguas, etc. Todavía ten-

go ojeriza al dichoso asno, porque recuerdo haber visto a un hijo de un marqués, destinado a ser gentil-hombre a quien todo el día estaban hablando de tan ilustre destino, que leyó esta fábula, la cogió de memoria y la repitió cien y cien veces, sin ocurrirle nunca el más leve reparo contra el oficio que le querían dar. Por mi parte nunca he visto que hiciera un niño aplicación sólida de las fábulas que aprendía, ni tampoco que nadie procurara que hiciese tal aplicación. La instrucción moral es el pretexto de este estudio; pero el verdadero objeto de la madre y del niño no es otro que hacer ocupar toda una concurrencia en orle decorar sus fábulas; por eso se le olvidan todas cuando llega a mozo, y no se trata de decirlas de corrido, sino de aprovecharse de ellas. Repito que es propio de hombres solamente el instruirse en las fábulas: y este es el tiempo de que Emilio empiece.

Señalo desde lejos, porque tan poco quiero decirlo todo, las sendas que desvían del camino recto, para que se sepan evitar. Creo que siguiendo la que he indicado, comparará vuestro alumno el conocimiento de los hombres y de sí mismo lo más barato posible; y le ponéis en ocasión de contemplar los vaivenes de la fortuna sin envidiar la suerte de sus validos, y de estar satisfecho consigo sin reputarse por más sabio que los demás. También habeis empezado por hacerle actor para hacerle espectador: es preciso concluir, porque desde las butacas se ve la apariencia de los objetos, pero en las tablas se ven como realmente son. Para abarcar la totalidad, es preciso colocarse en el punto verdadero de vista: y acercarse para ver los pormenores. ¿Pero con qué título se introducirá un joven en los negocios del mundo? ¿Qué derecho tiene para que le inicien en estos tenebrosos misterios? Entredos de galanteos ciñen los intereses de su edad: todavía solo de sí dispone, que

es como si de nada dispusiera. La más vil de las mercaderías es el hombre, y de nuestros importantes derechos de propiedad siempre el de la persona es el que menos vale.

Quando veo que en la edad de mayor actividad se ciñen los estudios de los mancebos a objetos meramente especulativos, y luego sin la menor experiencia los lanzan fuera de tiempo en el mundo y su tráfico; hallo que no menos pugnan con la razón que con la Naturaleza, y no extraño que tan pocas gentes sepan conducirse. ¿Qué idea tan extravagante ha sido el enseñarnos tantas cosas inútiles, mientras que en nada es tenido el arte de obrar? Pretenden formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si debiera cada uno de nosotros vivir solo meditando en una celda, o tratando de negocios fútiles con personas indiferentes. Pensáis que enseñáis a vivir a vuestros hijos, cuando les enseñáis ciertas contorsiones de cuerpo y ciertas expresiones de rutina que nada significan. Yo también he enseñado a vivir a mi Emilio, que ha aprendido a vivir consigo mismo, y además a ganar su pan. Pero esto no basta. Para vivir en el mundo, es preciso que sepa tratar con los hombres, que conozca los instrumentos que en ellos influyen; es preciso que calcule la acción y reacción del interés particular en la sociedad civil, y que prevea con tanta exactitud los sucesos, que rara vez se engañe en sus empresas, o a lo menos que tome siempre los mejores medios para llevarlas a cabo. Las leyes no permiten a los jóvenes que cuiden sus asuntos propios, ni que dispongan de su caudal: ¿pero de qué les servirían estas precauciones, si no pudiesen adquirir experiencia alguna hasta la edad prescrita? Nada habrían adelantado con la dilación, y tan rudos estarían de veinte y cinco años como de quince. Sin duda se ha de estorbar que un joven obcecado por su ignorancia, o engañado por sus pasiones, se perjudique a sí

propio; pero en cualquiera edad es permitido ser benéfico, en cualquier edad puede uno, bajo la dirección de un hombre prudente, amparar a los menesterosos que sólo necesitan un apoyo.

Las nodrizas y las madres se afician a las criaturas por los afectos que éstas les cuestan; el ejercicio de las virtudes sociales planta en lo interior de los corazones el amor de la humanidad, y haciendo bien nos hacemos buenos: no conozco práctica más segura. Ocupad a vuestro alumno en todas cuantas buenas obras están a su alcance; sea siempre su interés el de los desvalidos: no los asista solo con su bolsillo, sino también con sus solicitudes; sirvalos, amparélos, conságrales su persona y su tiempo; hágase su agente de negocios; que en su vida puede desempeñar más noble empleo. ¡Cuántos oprimidos que nunca hubieran sido escuchados, alcanzarán justicia, cuando por ellos la solicite con aquella esforzada entereza que infunde; la práctica de la virtud; cuando se franquee las casas de los ricos y poderosos; cuando vaya, si es necesario, a echarse a los pies del monarca para que oiga la voz de los menesterosos, a quienes su miseria cierra todos los caminos y que por miedo de recibir castigo por los males que padecen, ni aun se atreven a quejarse.

¿Haremos de Emilio un caballero andante, un enderezador de entretos, un paladín? ¿Se irá a meter en los asuntos públicos, a hacer de sabio y defensor de las leyes; con los grandes, con los magistrados y con el príncipe; de procurador a casa de los jueces, y de abogado en los tribunales? Nada de todo eso sé. Los nombres de escarnios y frustería no mudan la esencia de las cosas. Hará todo cuanto vea que es bueno y provechoso, y nada más; y bien sabe que todo aquello que desdice de su edad no puede ser provechoso ni bueno. Sabe que consigo mismo ha contraído sus primeras obligaciones;

que deben desconfiar los jóvenes de sí propios, ser circunspectos en su conducta, respetuosos delante de las personas de mayor edad, mirados y recatados para no hablar sin que venga al caso, modestos en las cosas indiferentes, pero valientes para hacer bien, y resueltos para decir verdad. Así eran aquellos ilustres romanos que, antes de ser admitidos en los cargos, gastaban su mocedad en perseguir el delito y patrocinar la inocencia, sin otro interés que el de instruirse en servicio de la justicia y en amparo de las buenas costumbres.

No gusta Emilio de bulla ni de quimeras, no sólo entre los hombres, mas tampoco entre los animales.

— Mas si le buscan quimera, ¿cómo se habrá de conducir? Respondo que nunca tendrá quimeras, ni dará margen para que con ellas tengan. Pero finalmente, proseguirán, ¿quién está libre de un mentís o de una bofetada de un malcriado, de un borracho, o de un picaro, que por tener la satisfacción de quitar a uno la vida, le quita primero la honra? Eso es otra cosa: el honor de los ciudadanos no ha de estar a merced de un malcriado, de un borracho, ni de un bribón, y es tan imposible preservarse de semejante desmán, como de que le caiga encima, una letra. Una bofetada, un mentís recibido y aguantado, producen efectos civiles que la prudencia no puede precaver, y de que no puede resarcir al agraviado, tribunal ninguno: entonces la insuficiencia de las leyes le restituye su independencia: es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él, el único intérprete y ministro de la ley natural; se debe justicia, y él solo puede hacerla; y no hay en la Tierra gobierno ninguno tan desatinado que, no la hiciese él. Le castigue en este caso. No digo que deba desafiarse, que es una extravagancia; digo, sí, que se debe justicia, y que es el único dispensador de ella. Sin tanta inútil pragmática contra los duelos, si fuera soberano, yo respondo que no se daría nunca una bofetada ni un mentís en mis estados, y eso por medio muy sencillo en que no se meterían los tribunales. Sea como fuere, Emilio sabe la justicia que se debe a sí propio en este caso, y el etem-

males. Nunca azuca dos perros para que riñan, ni hace que un perro corra tras un gato. Este espíritu práctico es efecto de su educación, que no habiendo dado pábulo al amor propio y a una alta opinión de sí mismo, le han impedido que busque por las vejaciones de un poderoso case sus delicias en la dominación y en la desdicha ajena. Padece cuando ve padecer, que es un efecto natural. Lo que hace que se endurezca un joven, y tenga gusto en ver atormentar a un ser sensible, es que por una reflexión de vanidad se contempla exento de las mismas penas por su discreción o su superioridad. El que ha sido preservado de esta disposición de ánimo no puede incurrir en el vicio que de ella es consecuencia. Así Emilio gusta de la paz; la imagen de la felicidad es halagüeña para él; y mira como medio de participar de ella el contribuir a producirlo. No he supuesto que cuando ve desventurados se ciese a aquella comiseración estéril y cruel que se limita a compadecerse de los males que pueden remediar. En breve le da su activa beneficencia luces que con un pecho más duro no hubiera adquirido, o hubiera adquirido mucho más tarde. Si ve reinar la discordia entre sus camaradas, procura reconciliarlos; si ve afligidos, se informa del motivo de su aflicción; si ve que dos sujetos se aborrecen, quiere averiguar la causa de su enemistad; si ve que gime un oprimido por las vejaciones de un poderoso y un rico, averigua las malas artes que encubren estas vejaciones; y en el interés que le inspiran todos los desvalidos, nunca son para él indiferentes los medios de poner fin a sus males. ¿Pues qué tenemos que hacer para sacar utilidad de estas disposiciones de un modo que no sólo que debe a la seguridad de las personas de honor. No pende del hombre de más entera estorbar que le insulten; pero sí pende de él que no se vayan alabando mucho tiempo de haberle insultado.

desdiga de su edad? Regular sus solicitudes y sus conocimientos, y emplear su fervor en aumentarlos.

No me canso de repetirlo; todas las lecciones que déis a la juventud, reducidas a ejemplos y no a razones; nada aprendan en los libros de cuanto les puede enseñar la experiencia. ¡Qué proyecto tan extravagante es ejercitarlos en que hablen sin tener nada que decir; creer que les hacen sentir en los bancos de un aula la energía del idioma de las pasiones, y toda la fuerza del arte de la persuasión, sin que tenga interés en persuadir a nadie cosa alguna! Todos los preceptos de la retórica parecen mera palabrería a quien no ve cómo ha de usarlos en beneficio suyo. ¿Qué importa a un estudiante saber cómo hizo Anibal para determinar a sus soldados a que pasaran los Alpes? Si en vez de esas magníficas arengas, le dijésemos lo que ha de hacer para persuadir a su catadrático a que le dé asueto, estád cierto de que pondría más atención en vuestras reglas.

Si quisiese enseñar la retórica a un joven cuyas pasiones estuviesen ya todas desenvueltas, sin cesar le presentaría objetos capaces de lisonjear estas pasiones, y examinaría con él qué estilo debería usar con los demás hombres para inducirlos a que fuesen propios a sus deseos. Pero no está Emilio en situación tan ventajosa para el arte oratoria; cedido en lo físico a casi sólo lo indispensable, menos necesaria de los demás que los demás necesitan de él; y como nada tiene que pedirles para sí, lo que les quiere persuadir no le importa tanto que le cause sensible conmoción. De aquí se sigue que generalmente debe usar un estilo sencillo y poco figurado. Por lo común se explica con propiedad, y sólo para que le entiendan. Es poco sentencioso, por que no ha aprendido a generalizar sus ideas; y usa pocas imágenes, porque rara vez se apasiona.

Sin embargo, no quiere esto de-

cir que sea flemático y frío, pues ni su edad, ni sus costumbres, ni sus inclinaciones se lo permiten: en el ardor de la adolescencia, contenidos y desfilados en su sangre los espíritus vivificantes, producen en su juvenil corazón un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus corazones, y se manifiesta en sus acciones. Su estilo ha tomado acento; y alguna vez vétemente. El notable afecto que le inspira le da elevación y fuerza; penetrado del ternísimo amor de la humanidad, cuando habla transmite los movimientos de su ánimo; su generosa ingenuidad tiene un no sé qué, más embelador que la artificiosa elocuencia de los demás; o más bien es de verdad elocuente, pues no tiene más que manifestar lo que siente para comunicárselo a los que le escuchan.

Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que poniendo de esta manera en acción la beneficencia y sacando de nuestro buen o mal éxito reflexiones acerca de la causa de uno o de otro, pocos conocimientos útiles hay que no puedan cultivarse en el espíritu de un mozo, y que con todo el saber verdadero que se puede aprender en los colegios, aprenderá todavía una ciencia más importante de esta doctrina a los usos de la vida. No es posible que interesándose tanto por sus semejantes no aprenda muy temprano a pesar y valor las acciones, los gustos y las inclinaciones de éstos, y a atribuir generalmente su justo valor a lo que puede acarrear utilidad o detrimento al bien de los hombres, con más tino que aquellos que no interesándose por nadie, nada hacen por otro. Los que nunca tratan más que de sus propios asuntos, se apasionan en demasía para que puedan juzgar de las cosas con rectitud. Refiriéndolo todo a sí solos, y sacando solamente de su interés las ideas del bien y el mal, se llenan la cabeza de mil preocupaciones, y en todo cuanto puede oponer el menor

óbice a su utilidad, al punto ven el trastorno del universo.

Dilatando el amor propio sobre los demás seres, le transformaremos en virtud, y no hay pecho humano en que no se halle la raíz de ésta. Cuanto menos inmediata conexión tiene con nosotros el objeto de nuestra solicitud, menos temible es la ilusión del interés particular; cuanto más se generaliza este interés, más equitativo se hace, y el amor del linaje humano no es otra cosa en nosotros que el amor de la justicia. Por tanto, si queremos que Emilio ame la verdad, si queremos que la conozca, retemágnosle siempre lejos de sí mismo en los negocios. Mientras más consagra su solicitud a la felicidad ajena, más discreta y sagaz será aquella, y menos se engañará acerca de lo que es bueno o malo; pero no le constintamos nunca cégas preferencias, fundadas en excepción de personas, o en injusta pre-ocupación de ánimo. ¿Por qué ha de hacer perjuicio a uno por servir a otro? Poco le importará a quien le há de caer en suerte más dicha, con tal que contribuya el a la mayor dicha de todos; ése es el primer interés del sabio después del interés privado, porque cada uno es parte de su especie, y no de otro individuo.

Así que para estorbar que la piedad degenera en flaqueza, es preciso generalizarla, y explayarla a todo el género humano. Cuando no va acorde con la justicia no nos dejamos llevar de ella, porque entre todas las virtudes, la justicia es la que más contribuye al bien común de los hombres. Por razón, y por nuestro amor debemos todavía más compasión a nuestra especie que a sus prójimo; y es la mayor crueldad con los hombres la piedad que se tiene de los malos.

En cuanto a lo demás, no nos olvidemos de que todos estos medios por los cuales lanzo a mi alumno fuera de su propio ser, tienen no obstante una relación directa con él, puesto que no sólo resulta de ellos

un gozo interior, sino que haciéndole benéfico en provecho ajeno, trabaja en su propia instrucción.

Primero había presentado los medios, y ahora hago ver el efecto. ¡Cuán grandes ideas miro que poco a poco se coordinan en su cabeza! ¡Qué sublimes afectos sofocan en su pecho el germen de las mezquinas pasiones! ¡Qué rectitud de juicio, qué atinada razón observo forman en él con el cultivo de sus propensiones, con la experiencia que aprisiona los deseos de un alma grande en el estrecho sitio de la posibilidad, y hace que un hombre superior a los demás, no pudiendo ensalzarlos hasta su esfera, sepa bajarse a la de ellos! En su entendimiento se graban los verdaderos principios de la justicia, los verdaderos dechados de la hermosura, todas las relaciones morales de los seres, y todas las ideas de orden; ve el lugar de cada cosa, y la causa que de él la desvía; ve lo que puede hacer bien, y lo que le estorba; conoce, sin haberlas experimentado, las ilusiones y la acción de las pasiones humanas.

Sigo adelante, arrastrado por la fuerza de las cosas, pero sin engañarme acerca del juicio que van a formar mis lectores. Mucho tiempo hace que me ven en los países de la fantasía, y yo los veo siempre en los de la preocupación. Aunque me aparto tanto de las opiniones vulgares, no por eso dejo de tenerlas presentes en el entendimiento; y las examino y las medito, no para seguir las, ni para desechárlas, sino para pesarlas en la balanza de la razón. Siempre que ésta me fuerza a que me desvíe de ellas, tengo ya por sabido, instruido por la experiencia, que no me han de imitar; sé que empeñados en no creer posible más que lo que ven, se persuadirán de que el joven que aquí figura es un ser imaginario y fantástico, porque se diferencia de aquellos con quienes le comparan: sin hacerse cargo de que es fuerza que se diferencie

de ellos, puesto que habiendo sido educado de un modo totalmente distinto, movido de afectos diametralmente contrarios, instruido de diversa manera que ellos, sería mucho más extraño que se les pareciera que no que fuese cual yo le supongo. Éste no es el hombre del hombre, es el hombre de la Naturaleza; y ciertamente debe ser muy extraño a sus ojos.

Al empezar esta obra, nada suponía que no pudiese observar todo el mundo lo mismo que yo, porque hay un punto, que es el nacimiento del hombre, del cual todos igualmente salimos; pero cuanto más adelantamos, yo para cultivar la Naturaleza, y vosotros para depravarla, más nos desviamos unos de otros. A los seis años se diferenciaba poco mi alumno de los vuestros que aún no habíais tenido lugar para distinguirse; ahora en nada se parecen; y la edad de hombre formado, a que se va acercando, le debe mostrar de una manera absolutamente diversa, si no he perdido todas mis tareas. La suma de lo que han adquirido puede que con poca diferencia sea igual por una y otra parte; pero las cosas que han adquirido no son parecidas. Os choca encontrar en él unos afectos sublimes de que no hay en los otros ni el menor germen; pero considerad que éstos son ya todos filósofos y teólogos, antes que sepa siquiera Emilio qué cosa es filosofía, ni que haya oído aún nombrar a Dios.

Aunque me dijese: "Nada de cuanto suponéis existe; los mozos no son así, tienen tal o cual pasión, hacen esto o lo otro"; es como si afirmasen que un peral nunca es un árbol alto, porque los que vemos en nuestros jardines todos son enanos.

Ruego a estos jueces tan prontos en censurar, consideren que lo que dicen lo sé yo lo mismo que ellos; que verosísimamente he meditado más tiempo, y que no teniendo interés alguno en engañarlos, tengo

derecho para exigir se tomen más espacio para averiguar en qué me engañó; que examinen bien la constitución del hombre; que sigan los primeros desarrollos del corazón en tal o cual circunstancia, para que vean cuánto puede diferenciarse un individuo de otro por sola la fuerza de la educación; que comparen luego la mía con los efectos que le atribuyo, y me digan en qué he descuido mal; y nada me quedará que responderles.

Lo que más me hace afirmarlo, y según creo, me disculpa de ello, es que en vez de dejarme llevar del espíritu de sistema, otorgo lo menos posible al raciocinio, y sólo me fío de la observación. No me fundo en lo que he imaginado, sino en lo que he visto. Verdad es que no he limitado mis experimentos al recinto de los muros de un pueblo, ni a una sola clase de personas; mas después de haber comparado tantas clases y pueblos cuantos he podido ver en el espacio de una vida consagrada a observarlos, he quitado como artificial, lo que pertenecía a un pueblo y no a otro y era peculiar de un estado y no de otro; y sólo he mirado como propio sin disputa del hombre, lo que era común a todos, de cualquier edad, clase y nación que fuesen.

Ahora, si conforme a este método seguís desde su niñez a un mozo que no haya recibido forma particular, y que pendía lo menos posible de la autoridad y la opinión ajena, ¿a quién pensáis se parecerá, a mi alumno o a los vuestros? Esta me parece sea la cuestión que ha de resolverse si me he extraviado.

No empieza el hombre con facilidad a pensar; pero así que empieza, ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y ejercitado una vez el entendimiento en la reflexión, ya no puede permanecer en sosiego. Así pudéramos creer que hago mucho, o muy poco; que no es naturalmente el espíritu humano tan pronto en abrirse; y que después

de haberle dado medios fáciles que no tiene, le retengo sobrado tiempo encerrado en un círculo de ideas que ya debe haber salido.

Mas considerad lo primero que, si queremos formar el hombre de la Naturaleza, no por eso tratamos de hacerle un salvaje, y relegarle en lo enmarañado de las selvas; sino de que metido en el torbellino social, no se deje arrastrar de las pasiones, ni de las opiniones de los hombres; de que vea por sus ojos y sienta por su corazón: y de que no le gobierne ninguna autoridad, como no sea la de su propia razón. En tal estado, claro es que la multitud de objetos que en él hacen impresión, los frecuentes afectos que le mueven, los diversos medios de satisfacer sus necesidades reales, le deben dar muchas ideas que nunca hubiera tenido, o que hubiera adquirido con más lentitud. Se ha acelerado el progreso natural del ánimo, pero no se ha invertido. El mismo hombre que debe permanecer estúpido en las selvas, debe tomarse racional y sensato en las ciudades, cuando en ellas sea mere espectador. No hay cosa más a propósito para hacer a uno sabio, que las locuras que ve sin tener parte en ellas; y aun aquel que de ellas participa, se instruye, con tal que no se alicume ni le engañe el error de los que las cometen.

Considerad por otra parte, que limitados por vuestras facultades a casi ningún asidero a las nociones abstractas de la filosofía, y a las ideas meramente intelectuales. Para llegar a ellas, es menester desprendernos del cuerpo a que con tanta fuerza estamos adheridos, o hacer de objeto en objeto un progreso gradual y lento; o finalmente, salvar con velocidad y casi de un salto, el intervalo, con un paso gigante de que no es capaz la niñez, y para el cual aun los adultos necesitan muchos escalones hechos expresamente para ellos. El primero de estos escalones es la primera idea abstrac-

ta; pero con mucha dificultad concibo cómo se pensó en construirle. El Ser incomprendible que todo lo abarca, que da movimiento al mundo, y forma todo el sistema de los seres, ni es visible a nuestros ojos, ni palpable a nuestras manos, ni accesible a ninguno de nuestros sentidos: patente está la obra, pero oculto el artífice. No es pequeño negocio conocer al fin que existe; y cuando nos preguntamos ¿quién es? ¿dónde está? se confunde y se desbena nuestra inteligencia, y no sabemos qué pensar.

Quiere Locke que empecemos por el estudio de los espíritus, y luego pasemos al de los cuerpos. Así se anda por la senda de las preocupaciones, la superstición y el error, no por la de la razón, ni la de la Naturaleza bien ordenada, que eso es taparse los ojos para aprender a ver. Es preciso haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formarse noción de los espíritus, y sospechar que existen. El orden contrario sólo sirve para establecer el materialismo.

Y en efecto, una vez que nuestros sentidos son los primeros instrumentos de nuestras luces, los seres corpóreos y sensibles serán los únicos de que inmediatamente tengamos idea. La palabra *espiritu* no tiene significación ninguna para quien no ha filosofado. Para la pobre y para los niños un espíritu es un cuerpo. ¿No imaginan espíritus que gritan, hablan, dan golpes y meten bulla? Pues me confesarán que espíritus que tienen brazos y lenguas mucho se parecen a cuerpos. Por eso todos los pueblitos del mundo, sin exceptuar los judíos, se firguaron dioses corpóreos. Nosotros mismos, con nuestros términos de Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos verdaderos antropómorfos. Confieso que nos enseñan a decir que Dios está en todas partes; pero también creemos que el aire está en todas partes, a lo menos en nuestra atmósfera; y la mis-

ma voz de *espiritu* no significa en su origen otra cosa que *soplo* y *vientito*. Cuando se acostumbra una persona a decir palabras que no entiende, fácil es hacerle que diga cuanto se quiera.

La conciencia de nuestra acción en los demás cuerpos debió al principio hacernos creer que, cuando obraban éstos en nosotros, era de un modo semejante a aquel con que nosotros obramos en ellos. Así empezó el hombre animando todos los seres cuya acción sentía. Conociéndose menos fuerte que la mayor parte de estos seres, y no sabiendo hasta dónde alcanzaba su potencia, la supuso ilimitada, haciendo dioses en cuanto hizo cuerpos. En los primeros tiempos, asustados los hombres con todo, no vieron cosa ninguna muerta en la Naturaleza. Tan lenta como la idea del espíritu fue para formarse en ellos la de la materia, porque también ésta es una abstracción. De suerte que llenaron de dioses sensibles el universo. Los astros, los vientos, las montañas, los ríos, los árboles, las ciudades, y hasta las casas, todo tenía su alma, sus dios, y su vida. Los muñecos de Laban, los *manitos* de los negros, todas las obras de la Naturaleza y de los hombres fueron las primeras divinidades de los mortales; el politeísmo fue su primera religión, y lo será siempre de todo hombre flaco y medroso que no tenga tan cultivado el espíritu que reuna el sistema total de los seres en una sola idea, y dé significado a la voz *sustancia*, que en la realidad es la mayor de las abstracciones. Por tanto, todo niño que cree en Dios, necesariamente es idólatra o a lo menos antropomorfista; y si la imaginación ha visto una vez a Dios, milagro será que le conciba luego el entendimiento. A este error justamente nos lleva la idea de Locke.

Cuando hemos llegado, no sé cómo, a la idea abstracta de la sustancia, vemos que, para admitir una

sustancia única, sería forzoso suponer en ella cualidades incompatibles que mutuamente se excluyen, como el pensamiento y la extensión; ésta que esencialmente es divisible, y aquel que excluye toda divisibilidad. Concebimos por otra parte que el pensamiento, o si se quiere el sentimiento, es una cantidad primitiva, inseparable de la sustancia a que pertenece; y que lo mismo es la extensión, con respecto a su sustancia. De donde se infiere que los seres que pierden una de estas cualidades, pierden la sustancia a que pertenece ésta: por consiguiente, que la muerte no es más que una separación de sustancias, y que los seres en que se hallan reunidas estas dos cualidades, se componen de las dos sustancias a que dichas cualidades pertenecen.

Considerad ahora la distancia que todavía media entre la noción de las dos sustancias y la de la Naturaleza divina; entre la incomprendible idea de la acción de nuestra alma en nuestro cuerpo, y la de la acción de Dios en todos los seres. Las ideas de creación, de aniquilación, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia; las de los divinos atributos; todas esas ideas que a tan pocos hombres es dado ver tan confusas y tan oscuras como son, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe, porque no comprende nada de ellas, cómo se han de presentar con toda su fuerza, esto es, con toda su oscuridad, a inteligencias bisonas, ocupadas todavía en las primeras operaciones de los sentidos. Y que sólo conciben lo que tocan? En vano están abiertos alrededor nuestro los abismos de lo infinito; no sabe un niño asustarse de ellos, porque no pueden sondear su profundidad ojos tan débiles. Para los niños todo es infinito; a nada saben poner límites; y no porque hacen la medida larga, sino porque tienen corto el entendimiento; y casi siempre he notado que el infinito le colocan antes más acá que más allá de las di-

mensiones que conocen. Un espacio inmenso más le valuarán por sus pies que por sus ojos; y no le entenderán hasta más allá de donde pueden ver, sino hasta más allá de donde pueden ir. Si les hablan del poder de Dios, le tendrán por casi tan fuerte como su padre. Como en todas cosas su conocimiento es para ellos la medida de las posibilidades, siempre lo que les dicen lo reputan menor de lo que saben. Así son los juicios naturales de la ignorancia y la fluidez de entendimiento. Ayax hubiera temido entrar en liza con Aquiles, y reta a Júpiter a la pelea, porque conoce a Aquiles, y a Júpiter no. Un aldeano suizo, que se tenía por el más opulento de los hombres, y a quién le procuraba explicar qué cosa era un rey, preguntaba con altivo ademán, si podría el rey tener cien vacas en la montaña.

Bien preveo que no pocos lectores extrañarán verme seguir toda la edad primera de mi alumno sin hablarle de religión. A los quince años aún no sabía si tenía un alma, y acaso no es tiempo de que lo aprenda a los diez y ocho; porque, si lo aprende antes que sea oportuno, corre peligro de no saberlo en toda su vida.

Si hubiera de pintar la estupidez entadosa, retrataría un pedante enseñando el catecismo a unos niños: si quisiera volver loco a un niño, le obligaría a que explicara lo que dice cuando da la doctrina. Me objetarán que siendo misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, aguardar a que sea capaz de concebirlos el espíritu humano, no es aguardar a que el niño sea hombre, sino a que ya el hombre no sea. A eso respondo lo primero, que hay misterios que es imposible, no sólo que un hombre los conciba, sino que los crea; y no veo lo que se adelanta con enseñárselos a los niños, como no sea enseñarles desde temprano a mentir. Digo además que para admitir los misterios, es necesario comprender a lo menos que

son incomprensibles, y los niños no son siquiera capaces de esta comprensión. No hay verdaderos misterios para la edad en que todo lo es. Es necesario crear en Dios para es el principio de la sangrienta intolerancia, y causa de todas esas varias instrucciones que han dado un golpe de muerte a la razón humana, acostumbrándola a que se contenté con voces. Sin duda no se debe perder un punto para merecer la salvación eterna; pero si basta, para alcanzarla, repetir ciertas palabras, no veo inconveniente en que llenen tanto el cielo de maricas y papagayos.

La obligación de crear supone posibilidad. El filósofo que no cree obra mal, porque hace mal uso de la razón que ha cultivado, y porque está en estado de entender las verdades que desecha. ¿Pero qué cree el niño que profesa la religión cristiana? lo que concibe; y concibe tan poco lo que le hacen que diga, que si le dicen lo contrario, lo adoptará con la misma docilidad. Asunto es de geografía la fe de los niños, y de no pocos adultos. ¿Serán premiados por haber nacido en Roma más bien que en la Meca? Al uno le dicen que se debe honrar a Mahoma, y dice que honra a Mahoma; al otro que se debe honrar a la Virgen, y dice que honra a la Virgen. Uno haría lo que el otro hace, si a entrambos mutuamente los trasladaran de morada. ¿Es posible que nos fundemos en dos afectos tan semejantes, para enviar el uno al cielo y el otro al infierno? Cuando dice un niño que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Pedro o en Juan que le dicen hay una cosa que se llama Dios, y lo cree a la manera de Eurípides.

Oh, Jove! que este nombre es de tu esencia
Lo que puede alcanzar mi inteligencia.
[ca.]

¹³ Plutarco, *Tratado del Amor*. Así empezaba la tragedia de Menalipo;

Nosotros afirmamos que ningún niño que muera antes de tener uso de razón será privado de la bienaventuranza eterna: lo mismo creen los católicos de los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan oído hablar de Dios. Luego hay casos en que puede uno salvarse sin creer en Dios; y estos casos se verifican, ya en la infancia, ya en la demencia, cuando no es capaz el espíritu humano de las operaciones necesarias para reconocer la Divinidad. Toda la diferencia que de vos a mí noto, consiste en que afirmáis que tienen esta capacidad los niños a los siete años, y que yo no se la otorgo ni aun a los quince. Bien esté yo equivocado, bien tenga razón, no se trata aquí de un artículo de fe, sino de una meta observación de historia natural.

En virtud del mismo principio, es claro que un hombre que ha llegado a viejo sin creer en Dios, no por eso será privado de su presencia en el otro mundo si su ceguedad no ha sido voluntaria, y digo que no siempre lo es. Lo confesais así de los locos a quienes una enfermedad priva de sus facultades espirituales, mas no de su cualidad de hombres, ni por consiguiente del derecho a los beneficios de su Creador. ¿Pues por qué no convenís también en lo mismo respecto de aquellos que desviados de toda sociedad desde su niñez, hayan tenido una vida absolutamente silvestre, privados de las luces que sólo se adquieren con el trato de los hombres? Porque está demostrado no ser posible que semejante salvaje pueda nunca elevar sus reflexiones hasta conocer al verdadero Dios. Nos dice la razón que sólo por sus culpas voluntarias es un hombre mercedor de

castigo, y que no se le puede imputar a delito una ignorancia invencible: de donde se infiere que ante la eterna justicia, todo aquel que creyera, si tuviese las necesarias luces, es reputado creyente, y que no había otros incrédulos castigados que aquellos que cierran su corazón a la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad a los que no están en estado de comprenderla; eso es querer sustituir la idea de la Divinidad, que tener idea ninguna de la Divinidad, que tenerlas soeces, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; pues menos mal es desconocerla que ultrajarla. Mas quisiera, dice el buen Plutarco, que creyesen que no había Plutarco en el mundo, que dijese era Plutarco injusto, envidioso, celoso y tan tirano, que exige más de lo que deja facultad para que hagan.

El mayor daño de las deformes imágenes de la Divinidad que imprimen en el espíritu de los niños, consiste en que permanecen en él toda la vida, y cuando son hombres no conciben otro Dios que el de los niños. En Suiza vi una buena y piadosa madre de familia, tan convencida de esta máxima, que no quiso instruir en la religión a su hijo en la primera edad, no fuese que satisfecho con esta ruda instrucción, se descuidase en tomar otra mejor cuando llegase a tener uso de razón oía este niño hablar siempre de Dios con recogimiento y reverencia; y cuando él quería hablar, le imponían silencio, como que era una materia muy sublime y muy alta para él. Este reato inculcaba su curiosidad, y su amor propio aspiraba al instante de conocer este misterio que con tanto estremo le ocultaban. Cuanto menos le hablaban de Dios, y menos consentían que él hablase, más se ocupaba de él: este niño veía a Dios en todas partes. Yo recelaría de este estilo misterioso, afectado con imprudencia, que exaltando en demasía la imaginación de un manco, le tocasse la cabeza, y al fin le

pero los clamores del pueblo de Atenas forzaron a Eurípides a que mudase este principio.

¹⁴ Acerca del estado natural del espíritu humano y de la lentitud de sus progresos, véase la primera parte del discurso sobre la desigualdad.

hiciesen un fanático en vez de hacerle un creyente.

Pero no temamos semeiante cosa de mi Emilio, pues desviando consistentemente su atención de todo cuanto excede a su capacidad, escucha con la más profunda indiferencia las cosas que no entiende. Hay tantas en que está habituado a decir: "Eso no es de mi competencia," que una más poco le importa, y cuando le empiezan a inquietar estas altas cuestiones, es porque no las ha oído agitar, sino porque encamina sus investigaciones hacia estas materias el natural progreso de sus luces.

Ya hemos visto por qué senda se acerca el espíritu humano cultivado a estos misterios, y sin reparo confesará que aun en el seno de la sociedad no alcanza a ellos hasta una edad, más adelantada. Pero como en la misma sociedad hay causas inevitables, por las cuales se acelera el progreso de las pasiones, si no aceleramos en la misma proporción el progreso de las luces que sirven para regular estas pasiones, saldríamos entonces verdaderamente del orden de la Naturaleza, y se rompería el equilibrio. Cuando no podemos impedir que se desenvuelvan las primeras con sobrada rapidez, es preciso encender con la misma luz que les han de corresponder de las segundas; de suerte que no se invierta el orden, que no se pare lo que debe ir junto, y que el hombre en todos los instantes de su vida no esté en este punto por una de sus facultades, y en aquel otro por las demás.

!Que dificultad miro suscitarse aquí! Dificultad tanto más grave, cuanto que consiste menos en las cosas que en la pusilanimidad de los que no se atreven a resolverla. Empecemos a lo menos teniendo ánimo para proponerla. Un niño debe ser educado en la religión de su padre: siempre le prueban con mucha facilidad y victoriosamente, que la tal religión, sea la que fuere, es la única verdadera; que todas las

demás son meras extravagancias y disparates. En este punto la fuerza de los argumentos pende absolutamente del país donde los proponen. Un turco que en Constantinopla tiene por ridículo el cristianismo, venga a ver lo que piensan del mahometismo en Madrid. En la cuestión religiosa es donde más participativamente se muestra tiranica la Opinión. Pero nosotros que en todo pretendemos quebrantar su yugo; que nada queremos dejar a la autoridad, y que nada queremos enseñar a nuestro Emilio que no pudiera él aprender por sí propio en cualquier país, ¿en qué religión le educaremos? ¿a qué secta agregaremos al hombre de la Naturaleza? Me parece que es muy obvia la respuesta; no le agregaremos a esta ni a la otra, pero le pondremos en estado de que elija aquella a que le conduzca el mejor uso de su razón.

Incedo per ignes
Suppositos ceneri doloso.¹⁵

No importa: hasta aquí el celo y la buena fe han suplido en mí la prudencia, y espero que no me abandonen estos auxiliares cuando más los necesito. Lectores, no receleis de mis precauciones indignas de un amante de la verdad; que nunca olvidaré mi emblema; pero séame lícito desconfiar de mis opiniones. En vez de deciros lo que yo pienso, os diré lo que pensaba uno que valía más que yo. Respondo de la veracidad de los hechos que voy a referir, y que realmente pasaron por el autor del escrito que traslado aquí. A vosotros toca ver si se pueden sacar de él reflexiones provechosas acerca de la materia que estamos tratando. No os propongo como regla el dictamen de otro, ni el mio; os les presento para que los examineis.

Treinta años hace que en una ciudad de Italia un mancoño expando. ¹⁵ Por acusas encendidas voy andando. Cubiertas bajo pérfidas cenizas.

triado se veía reducido a la última miseria. Había nacido calvinista; pero a consecuencia de una locura de joven, hallándose fugitivo, en pais extraño, y sin recurso, mudó de religión para comer. En esta ciudad había un hospicio para los conversos, y entró en él. Mientras le instruan sobre la controversia, le inspiraron dudas que no tenía, y le enseñaron lo malo que no sabía: oyó dogmas nuevos, vio costumbres todavía más nuevas, y estuvo en poco que fuese víctima de ellas. Qui-so escaparse, y le encerraron; se quejó, y le castigaron por sus quejas: a merced de sus tiranos, se vio tratado como delincuente por no haber querido ceder al delito. Fíjense el estado de su juvenil corazón los que saben cuánto enoja la primera prueba de la violencia y la injusticia a un pecho sin experiencia. Corrían de sus ojos lágrimas de rabia, sofocábale la indignación: imploraba el cielo y los hombres, de todo el mundo se fiaba, y de nadie era escuchado. Sólo veía criados violentos sujetos al infame que le ultrajaba, o cómplices del mismo delito, que escarnecían su resistencia; y le excitaban a que los imitara. Estaba perdido sin un honrado eclesiástico que por un asunto vino al hospicio, y que él halló modo de consultar secretamente. El eclesiástico era pobre; y necesitaba de todo el mundo; pero todavía necesitaba más de él el desventurado; y no dudó aquél en favorecer su evasión, a riesgo de ganarse un peligroso enemigo.

"El mozo que se había zafado del vicio para caer en la miseria, y que lidiaba sin fruto contra su estrella, creyó por un instante que la había vencido. Al primer crepúsculo de buena fortuna, se olvidó de su protector y de sus desgracias. En breve recibió el castigo de esta ingratitud; todas sus esperanzas se disiparon: en vano le favorecía su juventud, pues sus novelescas ideas todo lo echaban a perder. Como no poseía ni talento, ni maña suficiente para

allanarse una fácil vereda, ni sabía ser malo ni moderado; a tantas cosas aspiró que no la pudo conseguir; y habiendo recaído en su antigua miseria, sin pan y sin albergue, a pique de morir de hambre, se volvió a acordar de su bienhechor.

"Vuelve a él; le encuentra, y es bien recibido: su vista accion que eclesiástico una buena acción que había hecho; y siempre esta memoria regocija el alma. Este hombre era naturalmente humano y compasivo; sentía como suyas las penas ajenas, y las comodidades no habían emprendido su pecho; finalmente, su buena índole se había fortificado con las lecciones de la sabiduría y con una ilustrada virtud. Recibe al mancoño, le busca un albergue, le recomienda, y parte con él su pobre comida, que apenas bastaba para los dos. Mas hace; le instruye, le consuela, le enseña el arte dificultoso de sufrir con paciencia la adversidad. Hombres preocupados: ¿Huidrais aguardado esto de un sacerdote, y en Italia?

"Este honrado eclesiástico era un pobre presbítero saboyano, que por un lance de juventud se había indispuesto con su obispo, y había atravesado los montes buscando recursos que en su país no tenía. No le faltaba instrucción ni talento; y siendo de una presencia interesante, había encontrado protectores que le cobraron en casa de un ministro para ser ayo de su hijo. Prefería la pobreza a la dependencia, y no sabía el modo de conducirse con los grandes. No estuvo mucho tiempo con éste; pero cuando le dejó, conservó su estimación: y como vivía con prudencia, y se hacía querer de todo el mundo, se lisonjaba de que se reconciliaría al cabo con su obispo, y que le daría éste algún pobre curato en la montaña, para vivir los años que le quedaban: esto era el colmo de su ambición.

"Le arrastraba una inclinación natural por el mancoño fugitivo, y le examinó con atención. Vio que ya

La mala fortuna había marchitado su corazón; que el oprobio y el menosprecio habían abatido su valor; y que convertida en amargo despecho su altivez, en la injusticia y dureza de los hombres sólo le dejaba ver el vicio de su naturaleza, y lo fanático de la virtud. Había visto que la religión sólo sirve de disfraz al interés, y el culto sagrado de salvoconducto a la hipocresía: en la suavidad de las vanas disputas había visto el cielo y el infierno hechos premio o castigo de juegos de vocablos; había visto la sublime y primitiva idea de la Divinidad desfigurada con las desatinadas imaginaciones de los hombres; y convencido de que para creer en Dios era fuerza renunciar a la razón que de él hemos recibido, lo mismo desdenaba nuestros ridículos sueños, que el objeto a que los aplicamos: Sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada acerca de la generación de las cosas, se sumió en una estúpida ignorancia y un profundo desprecio a todos cuantos pensaban que sabían más que él.

“El olvido de toda religión, viene a parar en olvidarse de las obligaciones del hombre. Ya estaba anidado este camino hasta más de la mitad en el corazón del licencioso mancocho, aunque no era de mala índole; pero sofocándola poco a poco la incredulidad y la miseria, corría rápidamente a su pérdida, y con las costumbres de un pordiosero le aguardaba la moral de un ateuista.

“Aunque casi inevitable el mal, todavía no estaba absolutamente consumado. El mancocho tenía conocimientos; habían cultivado su educación, y estaba en aquella venturosa edad, en que fermentando la sangre empieza a dar calor al alma, sin esclavizarle al furor de los sentidos. La suya todavía tenía toda su elasticidad. Suplian la sujeción su tímido carácter y su vergüenza nativa, y prolongaban en él la época a que con tanto afán manteneis a vuestro alumno. El aborrecible ejem-

plo de una torpe depravación y de un vicio sin embelesos, lejos de animar su imaginación, la había amortiguado. Por mucho tiempo en vez de la virtud le sirvió de escudo la repugnancia para conservar su inocencia, que debía rendirse a más halagüeñas seducciones.

“El eclesiástico vio el peligro y los remedios; no le arredraron las dificultades; se complacía en su obra, y se resolvió a perfeccionarla, restituyendo a la virtud la víctima que había librado de las garras de la infamia. Tomó con calma la ejecución de su plan: animábase su esfuerzo con lo noble del motivo, y le inspiraba medios dignos de su celo. Cierro estaba, cualquiera que fuese el éxito, de que no sería tiempo perdido el que emplease en conseguirle; que siempre sale con su designio el que sólo quiere hacer bien.

“Empezó ganándose la confianza del joven con no venderle sus beneficios, no hacerse importuno, ni echarle pláticas, con ponerse siempre a su alcance, y hacerse chico para igualarse con él. Me parece que era un tierno espectáculo ver a un varón grave que se hacía camarada de un tunante, y la virtud que se acomodaba al vicio para triunfar de él con más seguridad. Cuando venía el atofondrado a darle parte de sus extravagancias y a explayarse con él, le escuchaba el sacerdote, le dejaba desahogarse; sin aprobar lo malo; en todo se interesaba; nunca paraba su charla con una imperitante censura; y el gusto con que creía el mozo que le escuchaba, aumentaba el que sentía en decirlo todo. Así hizo su confesión general sin pensar en confesarse.

“Después de bien estudiados sus afectos y su carácter, vio claro el sacerdote que, sin ser ignorante para su edad, se había olvidado, de cuanto le importaba saber. Y que el oprobio a que le había reducido la fortuna, sofocaba en él todo verdadero afecto del bien y el mal. Un grado hay de embrutecimiento que priva

de vida el alma; pues la voz interior no se hace oír de aquel que sólo piensa en mantenerse. Para preservar al desventurado mozo de esta muerte moral, empezó despertando en él el amor propio y la estimación de sí mismo: haciale ver un porvenir más dichoso en el buen empleo de su talento; reanimaba en su corazón un generoso ardor, contándole las nobles acciones de otros; y haciéndole admirarse a los que las habían hecho, le excitaba el deseo de hacer otras semejantes. Para desprenderle insensiblemente de su ociosa y yagabunda vida, le hacía que extraxera libros selectos; y fingiendo que necesitaba de estos extractos, mantenía en él el noble afecto de la gratitud. Le instruíla indirectamente con sus libros; le hacía que recobrase buena opinión de sí mismo a fin que no se reputara inútil para todo bien, y no quisiese torrar a hacerse despreciable a sus propios ojos.

“Por una friolera se conocerá el arte que usaba este hombre benéfico para que insensiblemente el corazón de su discípulo saliese de la bajza, sin que al parecer pensase él en instruírle. Era el eclesiástico de tan notoria prohibid y tan atinado discernimiento, que más querían muchas personas depositar en él sus limosnas, que en manos de los ricos curas de las ciudades. Cierro día que le habían dado un dinero para distribuírsele a los pobres, a título de tal tuvo el mancocho la osadía de pedirle parte de él. “No, le dijo el eclesiástico; somos hermanos, vos sois cosa mía, y no debo llegar a este depósito para mi uso. Luego de su propio dinero le dio lo que le había pedido. Lecciones de esta naturaleza rara vez dejan de surtir efecto en un corazón de mozo que no está totalmente estragado.

“Me canso de hablar en tercera persona, y es trabajo superfluo, por que bien conocéis, amado concludano, que yo mismo soy este desventurado fugitivo: me miro muy

distante de los desórdenes de mi mocedad, para no atreverme a confesarlos; y bien merece la mano que de ellos me libró, que aunque me cueste rubor, tribute alguna honra a sus beneficios.

“Lo que más impresión me hacía era ver en la vida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresía, la humanidad sin flaqueza, razonamientos siempre rectos y sencillos, y la conducta acorde siempre con ellos. No se informaba de sí los que asistía oían o no misa, si cesaban a menudo, si ayunaban los días de vigilia, si comían de viernes, ni veía les impusiese otras obligaciones semejantes, que el que no las desempeña, aunque se muera de hambre, ninguna asistencia tiene que esperar de los devotos.

“Animado por estas observaciones, lejos de hacer yo alarde en su presencia del atecado fervor de un nuevo converso, no le escondía mucho mi modo de pensar, y no veía que se escandalizase. A veces hubiera podido decir en mi interior: Me permite la indiferencia al culto que he abrazado, por la que ve que también profeso al en que he nacido; y sabe que ya no es mi desdén asunto de partido. Pero ¿qué había de pensar cuando algunas veces le veía aprobar dogmas contrarios a los de la Iglesia romana, y tener al parecer en poco todas sus ceremonias? Hubiérale creído protestante encubierto, si le hubiera visto observar con menos escrupulo aquellos mismos estilos de que parecía que hacía muy poco caso: pero sabiendo que a sus solas desempeñaba sus obligaciones de sacerdote con tanta puntualidad como a presencia del público, no sabía yo cómo explicar estas contradicciones. Exceptuando el defecto que en otro tiempo había ocasionado su desgracia, y de que no parecía muy bien enmendado, era ejemplo su vida, irrepreensibles sus costumbres, honestas y prudentes sus palabras. Viviendo con él en la mayor intimidad, cada día

aprendía a respetarle más; y habiéndome con tanta bondad ganado enteramente mi corazón, aguardaba con curiosa inquietud la hora de saber en qué principios fundaba la uniformidad de vida tan singular.

«No vino esta hora tan pronto. Antes de descubrirse con su discipulo, se esforzó a que fructificasen en él las semillas de razón y bondad que habia plantado en su alma. Lo más difícil de destruir en mí, era una altiva misantropía, cierta exasperación contra los ricos y los dthosos del mundo, como si lo fueran a mi costa, y me usurpasen su pretendida felicidad. Inclinábame en demasia a esta indignación la loca vanidad de la juventud, que pugna contra la humillación; y el amor propio, que mi Mentor procuraba despertar en mí, incitándome a la soberbia, presentaba aún más viles los hombres a mis ojos, y al odio de ellos juntaba el menosprecio.

«Sin impugnar directamente esta arrogancia, estorbó que se convirtiese en dureza de ánimo, y sin quitarme la estimación de mí propio, la hizo menos desdenosa con mi prójimo. Siempre desviando las vanas apariencias, y manifestándome los males verdaderos que encubren, me enseñaba a lamentar los errores de mis semejantes, a que me entrecieran sus miserias, y a tenerles más compasión que envidia. Movido a compasión de las humanas flaquezas por la íntima conciencia de las tuyas propias, veía en todas partes a los hombres víctimas de sus vicios y de los ajenos; veía a los pobres gimiendo bajo el yugo de los ricos, y a los ricos bajo el de las preocupaciones. «Creedme, me decía, lejos de disimularnos nuestros males, los aumentan nuestras ilusiones, que dan valor a lo que no le tiene, y millañadas, privaciones, que sin ellas no sentiríamos, nos toman sensibles. La paz del ánimo está cifrada en el menosprecio de cuanto puede alentarla: el que menos sabe disfrutar

de la vida, es el que más apreció hace de ellas; y aquel que con más anhelo aspira a la felicidad, siempre es el más miserable.» //

«¡Ah, qué tristes pinturas! exclamaba yo con amargura: si todo nos servido el nacer?, y si se ha de menospreciar hasta la misma felicidad, ¿quién es el que sabe ser feliz? «Yo soy, respondió un día el sacerdote, en un tono que me chocó. — ¡Vos feliz!, ¡con tan pocos bienes de fortuna, desterrado, perseguido, vos sois feliz! ¿Y qué habeis hecho para serlo? — Hijo mío, con mucho gusto os lo diré.»

«Díome a entender que, después de haber oído mis confesiones, me quería hacer las tuyas. «Vertere en vuestro pecho, me dijo dándome un abrazo, todos los sentimientos de mi corazón, y me veréis, si no como soy, a lo menos como yo mismo me veo. Cuando hayais oído toda mi confesión, cuando conozcáis bien el estado de mi alma, sabreis por qué me reputo feliz, y, si pensais como yo, lo que tenéis que hacer para serlo vos. Mas no son cosa de un instante estas confesiones; se requiere tiempo para explicarlos todo, cuanto pienso acerca del destino del hombre y del verdadero valor de la vida: busquemos hora y sitio cómodo para esta conferencia.»

«Manifesté deso de orle, y fue señalado el plazo para la siguiente mañana. Estábamos en verano; nos levantamos al rayar el día. Llevóme fuera de la ciudad, a una empinada colina, cuya falda atravesaba el Po, y desde donde por entre las feraces riberas que baña se descubría su curso; la inmensa cordillera de los Alps coronaba a lo lejos el país; los rayos del naciente sol, iluminaban ya los llanos, y con sus largas sombras delineando en las campiñas los árboles, los collados y las casas, enriquecían con mil y mil juégaos de luz el más hermoso espectáculo que pueda emblesar los humanos ojos. Parecía que la Natura-

leza se engalanaba ante nosotros con toda su magnificencia para ofrecer materia a nuestro coloquio. Aquí, después de contemplar silencioso y absorto estos objetos, el hombre de paz me habló de esta manera:

Profesión de fe del presbitero saboyano

«Hijo mío, no esperéis de mí profundos discursos, ni razonamientos científicos. No soy un gran filósofo, ni me curo mucho de serlo, pero tengo alguna vez sana razón, y siempre amé la verdad. No quiero argumentar con vos, ni menos probar a convenceros; bástame manifestaros lo que pienso con la sencillez de mi corazón. Consultad el vuestro duramente mi relato, que es todo cuanto os ruego. Si me engaño, no es con malicia; basta esto para que no me sea imputado mi error a delito: y aunque del mismo modo, os engañaseis vos, poco perjuicio resultaría. Si pienso bien, coniar es de ambos la razón, y tenemos el mismo interés en escucharla; ¿por qué no habéis de pensar como yo?»

«Nací pobre aldeano, destinado por mi condición a labrar la tierra; pero creyeron mejor que aprendiese a ganar el pan con el oficio de sacerdote, y hallaron medio para que pudiese estudiar. Verdaderamente ni mis padres ni yo pensábamos en indagar lo que era bueno, verdadero y útil, sino lo que era menester saber para recibir las órdenes. Aprendí lo que querían que aprendiese, dije lo que querían que dijese, me obligué como quisieron, y fui ordenado de sacerdote; mas pronto experimenté que cuando me obligué a no ser hombre, prometí más de lo que podía cumplir.

«Nos dicen que la conciencia es obra de las preocupaciones; no obstante, por experiencia propia sé que contra todas las leyes humanas se observa en seguir el orden de la Naturaleza. En vano nos prohíben esto o aquello; nunca el remordimiento

nos acusa con energía de lo que nos permite la Naturaleza bien ordenada, y con más razón de lo que nos prescribe. Oh, buen manco, todavía no se ha explicado a vuestros sentidos; vivid dilatado tiempo en el venturoso estado en que su voz es la de la inocencia; acordaos que más la ofende quien se le adelanta, que quien se le opone; menester es aprender primero a resistir, para saber cuándo es posible ceder sin culpa.

«Desde mi mocedad he respetado en el matrimonio la primera y más sacrosanta institución de la Naturaleza. Habíendome privado del derecho de sujetarme a él, me resolví a no profanarle, porque, no obstante mis aulas y mis estudios, siempre habia vivido una vida sencilla y uniforme, y habia conservado en mi espíritu toda la claridad de las primitivas luces, que no habían oscurecido las máximas del mundo, desviado por mi pobreza de las tentaciones que producen los sofismas del vicio.

«Esta determinación fue justamente lo que causó mi pérdida: mi respeto del tálamo ajeno puso mis culpas patentes; fue necesario espiar el escándalo: arrestado, suspenso, expulsado, fui víctima más de mis escrupulos que de mi incontinencia; y por las represiones que acompañaron a mi desgracia, quedé convencido de que basta muchas veces con agravar la culpa para evitar el castigo.

«Con pocas experiencias semejantes anda mucho camino un espíritu reflexivo. Al ver trastornadas con tristes observaciones las ideas que tenía de la justicia, de la honestidad y de todas las obligaciones humanas, cada día perdía alguna de las opiniones en que me habian criado; y no bastando las que me quedaban para formar un cuerpo que se pudiese sustentar por sí propio sentí que poco a poco se oscurecía en mi entendimiento la evidencia de los principios, hasta que finalmente reducido a no saber qué pensar, lle-